SARAH VALENTINE
ROSIE PROMISE



PROHIBIDO

REPETIR CON EL JEFE

JEFES PROHIBIDOS, 2

Índice

Prohibido repetir con el jefe
Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Nota de la autoras
¿Dónde puedes encontrarnos?

Tenemos un regalo para ti

Prohibido repetir con el jefe

Jefes prohibidos, 2

SARAH VALENTINE
&
ROSIE PROMISE

© Sarah Valentine, 2025
© Rosie Promise, 2025

Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

A quienes alguna vez se prometieron
no repetir un error…
y lo repitieron con gusto.

Prólogo
Freya

El ascensor se abre en la última planta y un zumbido suave de música jazz llega a mis oídos. El bar de la azotea parece sacado de una postal de Manhattan: hay lámparas elegantes suspendidas como si fueran luciérnagas, mesas con velas y copas de cristal relucientes acompañadas por las risas de la gente. Este parece un lugar donde nadie alza la voz y donde todo el mundo finge tener el control.

Candy me toma del brazo antes de que pueda dar un paso más.

—Ni se te ocurra irte antes de medianoche.

—¿Crees que me ha poseído Cenicienta? —le pregunto a mi amiga alzando una ceja.

—Ya sabes por qué te lo digo. Has entrado en el máster, joder. Esto hay que celebrarlo hasta que alguien nos eche de aquí —se ríe divertida.

—¿No era ese tu plan desde el principio?

—Correcto —asiente con la cabeza y me guiña un ojo justo antes de desaparecer entre dos camareros que caminan con bandejas llenas de copas de cóctel.

Respiro hondo y avanzo consciente del vestido negro que llevo, que se me ajusta al cuerpo más de la cuenta, del roce sutil de las medias de encaje en mis muslos y del calor que siento en mis mejillas, del que no tiene del todo la culpa el vino que he tomado en la cena. Esta noche tengo la sensación de que me recorre por dentro una corriente eléctrica suave, que me hace sonreír sin motivo. A lo mejor es la emoción de saber que dentro de nada el máster empezará de verdad o simplemente estoy un poco más alegre de lo normal por culpa de Candy y del tinto de la cena.

Nos instalamos en una mesa con vistas al *skyline*, y durante los primeros minutos me dejo arrastrar por la conversación de mis

amigas, los brindis, las risas y las promesas vacías sobre todo lo que vamos a hacer este año. Pero entonces, en un momento en el que levanto la mirada para pedir otra ronda, veo a un chico apoyado en la barra, está solo frente a un vaso bajo que contiene un líquido ambarino que imagino que debe ser whisky. Parece mayor que yo. Lleva un traje oscuro sin corbata y la camisa abierta un par de botones. Tiene la mandíbula cubierta por una barba incipiente y el pelo rubio algo despeinado. La forma en la que está inclinado hacia el libro que tiene delante, mientras con los dedos largos sujeta el lomo como si acariciara algo íntimo, hace que me tiemble el pulso sin razón.

No me está mirando, pero me encantaría que lo hiciera.

—¿Dónde te has ido? —pregunta una de las chicas chasqueando los dedos frente a mi cara para que vuelva la mirada hacia nuestra mesa.

—Allí —respondo sin pensar, con una risa que se me escapa indicando con la cabeza hacia donde está el rubio del whisky—. En la barra.

Las cinco giran el cuello al mismo tiempo para mirarlo como cinco halcones en busca de su víctima.

—¿El que está leyendo?

—Ese mismo —les confirmo.

—Uf. Tiene pinta de que folla mal, pero con intensidad…—dice Candy antes de dar un trago de su copa.

—O de que lee poesía y no cree en el compromiso —suelta otra.

—Lo raro es que esté leyendo en un sitio como este —añade Candy y se ríe.

Yo no digo nada. Solo lo miro y me obligo a no pestañear. No porque me intimide, sino porque hay algo hipnótico en su forma de estar. Pero cuando más concentrada estoy en él, alza la mirada y me ve. No sonríe ni hace ningún gesto, solo clava sus ojos verdes en los míos unos segundos. Lo justo para que todo dentro de mí se ponga en alerta.

—¿Freya? ¿Nos haces caso?

—Ahora vuelvo.

Me levanto antes de escuchar lo que dicen. Agarro mi bolso, cojo mi copa y camino hacia la barra con la seguridad de alguien que finge tenerla. Porque algo me dice que si no voy yo… él no vendrá.

Me coloco justo a su lado sin mirarlo. Dejo mi copa sobre la barra y me giro hacia él como si fuese lo más natural del mundo.

—¿Tú también te refugias en los libros cuando todo el mundo alrededor hace como que se lo pasa bien?

Él levanta una ceja sin moverse y sus ojos me recorren de arriba abajo. No lo hace con descaro, sino con una calma que me desarma. Como si ya me hubiese visto antes y supiera exactamente a qué huele mi cuello cuando sudo de placer.

—Depende del libro —responde.

—¿Y ese? —le pregunto mirando el libro.

Me enseña la portada y veo que es un autor ruso de los densos, de esos que uno solo lee si quiere que le partan el alma.

—Suena a trauma sin resolver —comento, y le doy un sorbo a mi copa.

—Quizá me atraen las cosas rotas —me responde encogiéndose de hombros.

—O las que no hacen preguntas.

—O las que no dan respuestas.

Nos miramos y de repente, me da la sensación de que lo que hay a nuestro alrededor desaparece, incluso el camarero que pregunta si quiero tomar algo más o mis amigas que me señalan desde lejos, como si esto fuese una película, o el temblor suave de mis rodillas que noto desde que me he acercado a él. En este momento, solo soy capaz de ver sus ojos verdes de mirada intensa.

—No tienes pinta de venir mucho a sitios como este —me suelta de pronto.

—¿Y tú sí?

—Yo tengo pinta de muchas cosas.

—Y aun así estás solo y leyendo a Dostoievski —le lanzo con una sonrisa torcida.

Él no me contesta. Deja el libro a un lado, toma su vaso y lo apura. Después se vuelve hacia mí y me sostiene la mirada tan cerca

que noto el leve olor a whisky y a menta que se cuela entre sus palabras.

—¿Estás sola?

—Depende para qué.

—Para no dar explicaciones.

Lo dice sin moverse ni tocarme, pero su propuesta ya está en el aire. No lleva nombre ni dirección, pero es clara, sucia, elegante y jodidamente tentadora.

Vuelvo la cabeza y veo que mis amigas me están mirando como si supieran exactamente lo que estoy a punto de hacer. Candy aplaude, otra chilla un «¡brava!», que hace que me ría mientras niego con la cabeza.

—¿Tus amigas te están animando a largarte con un desconocido?

—Mis amigas ya me conocen.

—¿Y tú?

—Yo me conozco menos —le digo y dejo la copa vacía sobre la barra.

Él no me pregunta mi nombre ni yo el suyo, pero nos levantamos al mismo tiempo y caminamos hacia el ascensor sin decir nada más. Cuando se cierran las puertas, él me mira de forma intensa a los ojos y se inclina hacia mí, despacio y me besa.

Su beso no tiene prisa, pero tampoco piedad. Me come la boca como si llevara toda la noche buscándola. Me agarra por la cintura con una sola mano y me pega a su cuerpo sin decir nada, porque ahora mismo lo último que necesitamos son palabras. Tiene los labios calientes y el aliento entrecortado, mientras con las yemas de los dedos aprieta la tela de mi vestido justo donde empieza la curva de mi cadera.

El ascensor desciende despacio y tengo la sensación de que estoy bajando en picado no sé muy bien a dónde.

No tengo ni idea cómo hemos llegado a esto, porque no me ha dicho ni su nombre, ni si mañana se acordará de que existo. Lo único que tengo claro ahora mismo es que tengo el pulso acelerado, las bragas empapadas y que quiero más.

Su lengua me roza el cuello como si estuviera marcando territorio. Le muerdo el labio inferior con rabia, pero también con deseo, y él gime muy bajo. Es un sonido áspero y contenido, que me humedece aún más. Cuando se abren las puertas del ascensor, continúa tomándome por la cintura hasta el final del pasillo, como si el mundo se hubiese reducido a eso: su mano en mi cuerpo y mis tacones avanzando sobre la moqueta, que cubre el suelo del pasillo del hotel, sin que yo sepa ni a qué habitación vamos.

Saca una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta, la acerca al lector y se enciende una luz verde sobre la manija. Clic. La puerta se abre y me deja entrar la primera, después pasa él y luego la cierra con suavidad.

La habitación es amplia y elegante. Aquí todo parece pensado para provocar, no para impresionar. Hay una cama enorme en el centro con sábanas negras y una lámpara pequeña sobre una mesa de cristal proyecta una luz suave, que hace el ambiente acogedor. Las cortinas, gruesas, no dejan pasar ninguna luz de fuera, por lo que el ambiente es oscuro e íntimo.

Me giro para decir algo. No sé qué, supongo que alguna frase estúpida o algo irónico, pero no me deja margen, porque me coge del cuello con una mano, sin fuerza, pero con firmeza, y me vuelve a besar. Esta vez lo hace con hambre y con furia. Como si hubiera estado conteniéndose desde que me vio y no pudiera más.

—Estás jugando con fuego —murmuro entre beso y beso, con los labios hinchados y la voz ronca.

—Entonces, quémame.

Me da la vuelta sin soltarme. Me empuja despacio contra la pared y me inmoviliza con su cuerpo, sin brusquedad, pero con una seguridad que me deja sin aire. Puedo notar su erección dura, palpitando contra mis nalgas, y un escalofrío me recorre entera. No me ha quitado ni una prenda, ni yo a él, pero siento que ya estoy desnuda por dentro.

Recorre mi cuello con sus labios. Me aparta el pelo con cuidado y baja por mi clavícula, me muerde justo donde empieza el tirante del vestido y noto cómo me humedezco aún más. Me siento vulnerable, expuesta y excitada hasta el límite. No me dice nada,

pero cada uno de sus gestos es una orden silenciosa, como si tuviera claro desde el principio cuál es mi punto débil.

Se agacha a mi espalda y sube el bajo del vestido con las dos manos, mientras me acaricia los muslos con los dedos abiertos en su ascenso y me muerde el glúteo con una suavidad que me hace gemir en voz baja. Después, me separa un poco las piernas con la rodilla y roza con los nudillos el encaje húmedo de mi ropa interior.

—Mira cómo estás… —susurra justo detrás de mí, con la boca pegada a mi oído.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Me da la vuelta con un movimiento brusco, se agacha a mi altura y me sube el vestido por encima de la cintura. Me baja las bragas muy despacio y sin dejar de mirarme a los ojos.

—Quiero verte la cara cuando te corras.

Me toma en brazos y me sube a la cama como si no pesara nada. Se quita la americana y deja que caiga al suelo sin preocuparse. Después los zapatos, la camisa y los pantalones. Todo lo hace en silencio y mirándome como si me estuviera estudiando, analizándome y guardándome en su memoria. Entonces me abre la boca y me mete los dedos en la boca.

—Chúpamelos —me ordena con una voz tan baja que me da un escalofrío.

Lo hago sin pestañear ni resistirme y él gime. Me los saca despacio y me acaricia el pecho por encima del vestido. Con la otra mano me baja un poco el escote y me deja un pecho al aire. Me lo lame, lo chupa y lo muerde hasta que arqueo la espalda buscando más.

Después me empuja con cuidado hacia atrás y se pone entre mis piernas. Me abre como si estuviera a punto de descubrir un secreto y me lame entera, lento, con la lengua húmeda y precisa. Hace círculos, succiona y jadea. Me mete los dedos al mismo ritmo que mueve la lengua y yo me agarro a las sábanas como si eso pudiera evitar que me desintegre.

—Así —murmura—. Quiero oírte.

Gimo, me retuerzo y me dejo llevar invadida por el placer, pero cuando estoy a punto de correrme, se detiene. Se arrastra

hacia mí como si supiera exactamente lo que necesito antes incluso de que lo piense. Me besa el cuello con la boca caliente, la lengua firme y sin sutilezas. Baja por mi pecho con una mezcla de hambre y adoración, me muerde el hombro con suavidad y, cuando alza la mirada, sus ojos buscan los míos con una intensidad tan cruda que siento que me desarma entera sin ni siquiera decir una palabra. Justo en ese momento, sin pausa ni advertencia, me penetra con una embestida profunda, dura y certera. Me atraviesa de golpe, como si no pudiera esperar un segundo más y a mí se me escapa un gemido de la garganta, áspero, desesperado y brutal.

—No te escondas de mí —susurra contra mi boca con la voz ronca, mientras se mueve con un ritmo que no me deja espacio para el pensamiento, solo para el temblor, para el fuego que se enrosca en el centro de mi pecho y va estallando despacio en cada rincón de mi cuerpo.

Esa frase que acaba de susurrarme me atraviesa por dentro, porque no está pidiendo solo sexo sino que me quede, que lo mire y que lo deje verme.

Le cojo la cara con ambas manos y lo obligo a sostenerme la mirada mientras lo beso con una mezcla de necesidad y ternura furiosa, como si pudiera decirle todo lo que no me atrevo a pronunciar con los labios apretados contra los suyos, mientras lo siento dentro de mí.

Me corro así, aferrada a él, con las piernas a los lados de su cuerpo, los dientes clavados en su labio y las uñas hundidas en su espalda, como si pudiera tatuarle mi nombre en la piel. Todo mi cuerpo se estremece bajo el suyo en una oleada que no sé si es placer o vértigo, pero me arrasa.

Él no tarda en seguirme. Se deja ir con la frente apoyada en la curva de mi cuello, jadeando, con los ojos cerrados y el cuerpo temblando como si se le hubiera roto algo por dentro. Sus manos me sujetan con una fuerza que no duele, pero que tampoco me permite escape. Está tan pegado a mí que no distingo qué parte de mí sigue siendo mía.

Nos quedamos enredados, empapados, rendidos y con la respiración desacompasada y la piel todavía ardiendo. Él sigue

dentro de mí, caliente, profundo y tan real que no quiero moverme. Su aliento me roza el oído y aunque ninguno dice nada y el mundo fuera de esta cama siga girando sin saber lo que acaba de ocurrir aquí dentro… yo sé que algo acaba de empezar. Algo que no tiene nombre, pero que ya no voy a poder fingir que no existe.

Lo primero que pienso al abrir los ojos es que algo no encaja del todo. Todo parece exactamente igual a como lo dejamos anoche: las cortinas siguen cerradas y la lámpara continúa encendida sobre la mesilla alumbrando de forma suave la estancia. Pero falta algo. Lo noto antes incluso de darme cuenta de qué es. Lo siento en la piel y en la forma en que el aire acondicionado me roza. La cama, a mi lado, está demasiado fría.

Tardo unos segundos en sentarme. No por confusión, sino porque cada músculo me recuerda exactamente lo que ocurrió sobre este colchón. Me duele el cuerpo de esa forma deliciosa que aparece cuando el placer ha sido real y sin filtro: la cara interna de los muslos, el vientre sensible, los pechos aún tensos, como si la piel no se hubiera recuperado del todo. En el suelo está mi vestido, arrugado, y junto a él mis zapatos de tacón. Pero de su ropa y de él no hay ni rastro.

No está en el baño. Tampoco en la terraza. No hay una nota, ni una tarjeta, ni un maldito «Ha sido un placer» con letra apresurada en un posavasos de hotel. Lo único que encuentro es este cuerpo mío, aún húmedo e invadido. Mi pelo enredado, la boca con un regusto leve a alcohol, y la absurda certeza de que lo que pasó anoche… me ha cambiado algo por dentro.

Me cubro con la sábana sin saber muy bien por qué, aunque no hay nadie mirándome.

Me levanto despacio, intentando no pensar demasiado en por qué echo de menos a alguien que ni siquiera sé quién es. Recojo mi ropa del suelo, y cuando me inclino para ponerme las bragas, levanto la vista sin querer y me encuentro en el espejo. Tengo los ojos manchados de máscara de pestaña corrida, marcas rojas en el cuello y los labios hinchados y húmedos. Una imagen a medio camino

entre el desastre y la diosa del caos. No tengo ni idea de quién soy ahora mismo, pero no me desagrada o, al menos, no del todo.

Busco mi móvil en mi bolso y encuentro el bombardeo de Candy. Mensajes, emojis, una foto borrosa de nosotras brindando, un *sticker* de aplausos y, como no, un «¿Estás viva o ya te han abducido?». Me río por lo bajo y le contesto con una foto de uno de los *amenities* del baño del hotel y un corazón negro. No me pregunta nada más. No hace falta.

Me siento en el borde de la cama y me quedo un rato mirando el suelo, sin saber si han pasado dos minutos o veinte. Todo me arde por dentro, pero no es solo deseo, sino algo más confuso y hondo.

Pienso en su boca y en cómo recorrió mi cuerpo sin titubear. En la forma en la que me empujó contra la pared como si le perteneciera. En el hambre con la que me lamió entera. En el respeto con el que me apartó el pelo de la cara justo cuando me corría entre sus brazos y en el silencio de después, cuando me abrazó mientras recuperaba el resuello.

No sé cómo se llama, ni si vive aquí o si mañana estará en otro país. No sé si tiene treinta o cuarenta años. Ni si anoche fui la primera… o la última. No sé nada. Pero hay algo mío pegado a su piel, algo que no planeaba dejarle y que no sé si voy a poder recuperar.

Respiro hondo. Me pongo el vestido, me recojo el pelo con una goma que encuentro en el bolso y vuelvo a pintarme los labios sin mucha convicción. Me obligo a no mirar atrás mientras cruzo la habitación, abro la puerta y la cierro a mi paso, y camino por el pasillo alfombrado hasta llegar al ascensor.

Pero justo antes de pulsar el botón, me detengo. Todavía lo huelo en mi piel y lo siento en la parte baja del vientre, y me repito, sin demasiada convicción, lo que necesito creerme para seguir adelante: Ha sido solo una noche sin nombres e imposible de repetir.

Capítulo 1
Nolan

La entrada principal del edificio acristalado refleja un cielo tan limpio que no parece propio de Nueva York. Todo está demasiado en calma. Las puertas giratorias, la pulcritud del mármol y el murmullo casi inaudible de los primeros alumnos que cruzan el *hall* con carpetas nuevas y ambiciones intactas. Hay algo teatral en el primer día de curso. Una especie de ceremonia silenciosa que todos respetan sin saber bien por qué.

Llevo el traje gris marengo de tres piezas que reservo para las ocasiones especiales. Una camisa blanca con cuello italiano y una corbata de seda negra perfectamente anudada. En mi muñeca uno de mis relojes suizo y en los pies unos Ferragamo relucientes. Ningún elemento fuera de lugar, ni siquiera el gesto de mi cara.

Las recepcionistas me saludan con una sonrisa ensayada y profesional, a las que respondo con un asentimiento leve de cabeza. Mi presencia siempre provoca un efecto inmediato: las voces bajan el tono, las espaldas se enderezan y las sonrisas se tensan. No es miedo lo que les provoco, sino más bien respeto.

Cruzo el vestíbulo y subo las escaleras de mármol sin mirar a nadie directamente. No necesito hacerlo, porque sé que están ahí observándome, juzgándome y esperando algo de mí incluso antes de conocerme.

La puerta del despacho de dirección está entreabierta. La empujo con suavidad y encuentro a Teresa Cornell, la directora académica del máster de escritura que dirijo, esperándome sentada junto a la ventana, con una carpeta entre las manos y la misma expresión que lleva años perfeccionando: ni amable ni hostil, simplemente profesional e intachable, como si nada pudiera sorprenderla a estas alturas.

—Buenos días, Nolan.

—Teresa.

Cierro la puerta tras de mí y dejo el portafolios sobre la mesa que hay en el centro de la estancia. Me siento frente a ella, descruzo los dedos y espero. No necesito preguntar nada, porque sé por qué me ha citado media hora antes de la charla inaugural.

—Este año tenemos perfiles prometedores —empieza, sin mirarme aún—. Aunque algunos quizás demasiado... visibles.

—¿Visibles?

—Periodismo, redes, algún pasado literario que aún colea. Vamos a necesitar discreción.

—Siempre la hay.

Esta vez sí me mira y veo que su expresión se endurece apenas un segundo, lo justo para que entienda que se refiere a mí tanto como a ellos.

—Helvex International patrocina este máster, Nolan. La prensa estará pendiente y la editorial espera resultados. Y tú, resultados sin escándalos.

No contesto ni me molesto en defenderme. Lo nuestro es un tira y afloja antiguo, cómodo, casi protocolario. Ella avisa, yo escucho y cada uno acaba haciendo lo que le da la gana, mientras parezca que nadie rompe las reglas.

Teresa cierra la carpeta, se levanta y me acompaña hasta la puerta.

—Tienes diez minutos. El auditorio está lleno.

—Perfecto.

—Y Nolan… nada de improvisar.

—Nunca lo hago —le respondo mirándola a los ojos un instante antes de marcharme.

La dejo con esa respuesta seca que no requiere réplica y camino por el pasillo con paso firme, sintiendo cómo cada metro cuadrado de este edificio pertenece a un sistema que yo mismo construí. Esta institución no es solo mi responsabilidad, sino también mi refugio, mi espacio seguro y el lugar donde todo tiene lógica.

Entro al auditorio desde la entrada lateral. La sala está llena de caras nuevas, algunas deslumbradas, otras con ese punto de arrogancia que siempre se detecta el primer día. Son pocos, una

veintena y todos escogidos uno a uno. El mejor talento joven del país, dicen. Aunque sé que la mayoría no resistirá el ritmo de trabajo ni tres meses.

Camino hasta el estrado, donde mi nombre ya aparece proyectado en la pantalla y sobre el nombre de la institución: *Nolan Prescott. Director del Máster de escritura*.

Ajusto el micro, me aclaro la garganta y me coloco bien el nudo de la corbata. Abro el primer folio, alzo la mirada y al hacerlo, la veo en primera fila con las piernas cruzadas y el pelo suelto. Lleva un vestido verde botella con un escote discreto. Pero lo que más me impacta es su forma de mirarme sin parpadear, sin miedo y con un atrevimiento silencioso que me revienta por dentro como un disparo a quemarropa.

La mandíbula se me tensa y las tripas también al darme cuenta de que es la mujer del hotel. La que jadeó junto a mi oído, me arañó la espalda con las uñas mientras se corría sobre mí y a la que dejé sola en esa cama de sábanas revueltas.

No puede ser. No puede estar aquí. No puede formar parte de esto. Pero lo está.

Me quedo un segundo de más mirándola y noto cómo todo dentro de mí se tambalea. Se me encoge el estómago, la sangre me sube de golpe y noto una presión incómoda en la entrepierna que no tiene ninguna lógica en este momento. Trago saliva, me aclaro la garganta de nuevo y trato de concentrarme en el texto que tengo frente a mí. Empiezo a hablar y noto que la voz me sale más grave de lo habitual.

—Bienvenidos al Máster en escritura del Manhattan Writing Institute. Este curso no es una etapa, es un punto de inflexión en vuestra carrera y en vuestras vidas. Este máster pretende no solo que aprendáis a escribir, sino que aprendáis a leeros a vosotros mismos y a que dejéis de esconderos.

La frase se me escapa sin poder evitarlo. Es la misma que le susurré aquella noche justo antes de que me suplicara que no parase. «No te escondas de mí», le dije y ahora se lo repito, delante de todos, vestido de director de máster y fingiendo que no la

reconozco, cuando cada célula de mi cuerpo recuerda el sabor de su piel.

Ella no se inmuta, pero sé que lo ha entendido, porque he notado cómo se le ha tensado la mandíbula, en el leve parpadeo de sorpresa y en cómo ha apretado los muslos sin mover el resto del cuerpo. Yo continúo hablando, aunque no escucho mis palabras, ni siento el tacto del papel que tengo frente a mí entre los dedos, ni veo a nadie más entre el público que no sea ella sentada en primera fila como una trampa que no he visto venir.

La frase ha salido sola de entre mis labios y ahora ya es tarde para recogerla. Así que dejo que el resto del discurso fluya con la cadencia ensayada, sin alterar ni una coma, aunque ya no me sirve de escudo. Las palabras resbalan de mis labios como lo hace el agua sobre los cantos de río: técnicas narrativas, calendario docente, filosofía del máster… Repito el guion de memoria mientras intento no volver a mirarla. Pero la sigo viendo igual, aunque no la mire, porque la tengo clavada en el centro de la retina. Su imagen me golpea en medio del pecho, como un recuerdo que se niega a quedarse quieto. Vienen a mi cabeza imágenes de ella montada a horcajadas sobre mis caderas, su voz ahogada contra mi cuello, el sabor de su piel, la forma exacta en la que se abrió para mí con las piernas temblando, cómo me arañó el pecho y cómo me la follé invadido por la más absoluta de las lujurias.

No hay margen para el error: es ella y está frente a mí con nombre, apellidos, matrícula y una silla asignada en la puta primera fila de mi aula.

Termino el discurso antes de tiempo, porque me salto la última página sin leerla. Doy las gracias y como respuesta recibo un aplauso contenido y educado. Me retiro del atril con la misma postura controlada de siempre. Mis pasos son firmes mientras cruzo la tarima, aunque siento el cuerpo completamente alterado. La erección apenas disimulada bajo los pantalones ajustados me incomoda y me molesta cada centímetro de tela sobre mi piel, el nudo de la corbata y hasta respirar.

Cuando salgo por la puerta lateral y la cierro tras de mí, apoyo la espalda contra la pared y cierro los ojos durante un

instante, pero lo suficiente para que el temblor que tengo en las manos no me traicione al cruzar el pasillo.

Mi cabeza me va a mil. ¿Quién demonios es? ¿Cómo ha acabado aquí? ¿Cómo es posible que la única mujer con la que he roto todas mis normas, mis reglas y todas mis putas barreras… sea una de mis nuevas alumnas?

Abro los ojos y me miro las palmas, que están húmedas, pero no de sudor sino de algo más sucio y primitivo. Trato de respirar hondo y me digo que no es nada, que solo es una coincidencia, una de tantas, una ironía de esas que se escriben solas. Podría reírme, pero ahora mismo no me hace ni puta gracia. Avanzo por el pasillo sin saludar a nadie. Paso de largo junto a una profesora de narrativa, que me llama desde la puerta de un aula, pero le hago un gesto vago con la mano. No quiero hablar, ni pensar, ni que nadie me diga que ha notado algo. Porque yo lo noto todo. El olor a deseo que se ha quedado pegado a mi camisa. El recuerdo de su lengua recorriéndome la columna vertebral cuando me la follé de pie contra la pared. El temblor de su cuerpo al correrse entre mis dedos y las palabras exactas que me susurró mientras me cabalgaba como si le fuera la vida en ello.

Y ahora tengo que fingir. Tengo que entrar en mi despacho, abrir mi portátil, revisar los horarios de tutorías y seguir como si no acabara de ver a la mujer que me dio el mejor sexo de mi vida. Tengo que comportarme como si no la hubiera saboreado, no la hubiera mordido y no la hubiera hecho gemir mi nombre en una habitación de hotel donde se suponía que no iba a pasar nada más que una noche sin consecuencias.

Pero está aquí y me ha mirado como si me conociera, me desafiara y supiera que estoy a punto de venirme abajo, pero no puedo permitírmelo ni aquí, ni ahora, ni por ella. Aunque la quiera volver a tener entre mis brazos y sueñe con repetir esa noche con la boca llena de ella. Aunque no haya conseguido follarme a nadie desde entonces sin pensar en cómo me apretaba con las piernas mientras se mordía el labio para no gritar.

Sigo andando, llego a mi despacho y cierro la puerta tras de mí con un clic seco. Me apoyo de nuevo contra la madera como si

fuera una pared de verdad, cierro los ojos y me paso la mano por la cara, por el cuello y me aprieto el puente de la nariz. Necesito reaccionar y olvidarla o recordarla menos… Necesito que no sea alumna del máster que dirijo. Necesito muchas cosas. Aunque lo único que de verdad deseo en este momento es volver a tenerla debajo de mí, desnuda, jadeando y diciendo que le dé más. Pero eso lo complica todo demasiado.

Me siento en el sillón de cuero del despacho, el único lugar en el que a veces creo que todavía tengo el control y apoyo los antebrazos sobre las rodillas, me aflojo el nudo de la corbata sin llegar a quitármela y reposo la nuca contra el respaldo. Respiro hondo. Necesito cinco minutos sin nadie, sin preguntas y sin nombres. Porque todavía no sé cómo se llama, aunque prefiero no saberlo. Porque si lo llego a saber, dejará de ser un error o un accidente y se convertirá en una decisión o en una tentación con cara, ficha académica y matrícula registrada en el sistema.

Respiro despacio y me obligo a contar mentalmente mientras cierro los puños y los relajo después. Esta es la técnica de respiración personal, de control del pensamiento y de gestión emocional, que tantas veces he predicado en conferencias ante mis alumnos, pero que ahora me cuesta aplicarme.

Ella está ahí fuera sentada en un aula de esta institución, formando parte de un programa que represento. Y no puedo tocarla, ni puedo volver a besar esa boca que me partió en dos con un solo gemido. Tampoco puedo volver a enterrar la cara entre sus muslos, ni puedo volver a morderle las tetas hasta oírla suplicar que no pare, ni puedo repetir la noche que no he sido capaz de olvidar.

Me pongo en pie y camino hasta la ventana. Desde aquí se ve el jardín interior, que los estudiantes cruzan con prisas. Todo sigue su curso. Nadie sospecha nada ni tiene ni idea del puto terremoto que acaba de estallarme por dentro.

Me obligo a regresar hasta mi mesa y a revisar mi agenda. Tengo una reunión con el comité de evaluación, después la revisión de los perfiles internacionales y el ajuste del calendario de tutorías. Todo eso debería bastar para mantenerme centrado, pero hoy no es suficiente, porque cada vez que cierro los ojos, me acuerdo de cómo

la tuve entre mis brazos, de su olor, de su sabor y de la manera en que me agarró del cuello, mientras le decía al oído que no se escondiera de mí y no lo hizo. Se abrió, se ofreció y me dejó entrar en ella como si no tuviera miedo a nada.

Y ahora la tengo aquí a pocos metros de mí, con aspecto de estudiante aplicada y una expresión desafiante que me pone más duro que cualquier porno que pueda ver de madrugada. Lanzo un hondo suspiro y cojo el móvil. Abro el sistema interno del máster y accedo a la base de datos de alumnos. Sé que no debería hacerlo, pero mis dedos se mueven solos. Entro al grupo A del primer año del máster y consulto la lista con las fotos de los alumnos. Miro con atención hasta que la encuentro: Freya Quinn. Cuando tengo su nombre, corro a revisar su ficha con su expediente. Tiene veintiséis años, justo diez menos que yo, es de Nashville y ha obtenido una beca de mérito por el impecable expediente que tiene.

Freya. Un nombre que no suena inocente ni fácil. Freya, ella es la mujer que no preguntó mi nombre y se corrió encima de mí con la boca entreabierta y la espalda arqueada rogándome más.

Cierro la base de datos y apago la pantalla. Me recuesto de nuevo. Mi cabeza vuelve a ella por mucho que me repita que no debo hacerlo, pero lo hago igual. La tengo dentro y no sé cómo sacarla. Ansío volver a verla y tocarla, pero no puedo… Me gustaría que no fuera alumna del máster que dirijo para poder follármela otra vez sin consecuencias. Para no tener que fingir y no tener que sentarme frente a ella y comportarme como el director brillante que todos creen que soy, mientras tengo una erección solo con imaginarme cómo gemía cuando la penetraba de espaldas.

Estoy jodido por dentro, por fuera y por todas partes. Pero no dejaré que nadie lo sepa. Me pongo la chaqueta con la calma estudiada de quien nunca pierde la compostura, aprieto los dientes y salgo del despacho como si mi cuerpo no ardiera todavía con el recuerdo de su piel. Recorro los pasillos y, cuando paso por delante del aula donde sé que está ella, me obligo a no mirar, aunque siento su mirada clavada en la nuca. Sigo caminando con paso firme, como si lo tuviera todo bajo control. Pero lo único que pienso es que si vuelve a buscarme… no voy a ser capaz de decirle que no.

Capítulo 2
Freya

No sabía que podía temblar por dentro sin que se me notara por fuera.

Miro el vestido colgado de la puerta del armario como si me estuviera analizando o, peor aún, juzgando. Lo compré hace meses, en una tienda de segunda mano de Brooklyn donde todo parecía hecho para una vida más interesante que la mía. Me gustó porque era elegante. He decidido ponérmelo hoy porque necesito algo que dé la impresión de tenerlo todo bajo control, aunque por dentro tenga los nervios de alguien que está a punto de vomitar por la emoción.

Me recojo el pelo en un moño, pero me lo deshago en cuanto me veo reflejada en el espejo del baño, porque me hace parecer demasiado académica, así que me lo quito y me lo dejo suelto. Tengo el pelo cobrizo, ondulado y un poco rebelde, como la versión que me gustaría que fuera esta nueva etapa. Porque eso es lo que espero que sea este máster: una etapa.

Desde el salón, escucho a Candy abrir la caja de cereales como si estuviera desactivando una bomba. Grita algo que no entiendo y luego aparece en la puerta de mi habitación con una camiseta *oversize* de un grupo de K-Pop que desconozco y que le cubre hasta medio muslo.

—Si llegas tarde el primer día, no vas a poder echarle la culpa a nadie —me dice divertida mientras mastica.

—No pienso llegar tarde.

—¿A quién intentas convencer?

Me doy la vuelta para mirarla de frente con las cejas levantadas. Candy me señala con la cuchara con la que come los cereales y suelta una carcajada tan escandalosa que aseguro que habrá despertado a todos los vecinos.

—Voy elegante.

—Vas a provocar una crisis nerviosa al tutor que te toque.

—¿Tú no trabajas hoy?

—Claro, peor tengo tiempo de sobra.

—Entonces déjame concentrarme. Tengo que causar una buena impresión sin parecer una chica que se pasa tres horas mirándose al espejo para decidir qué ponerse.

—¿Sin parecer una chica desesperada, quieres decir?

—Candy…

—Vale, vale. Que sí. Que estás preciosa. Te van a llover becas, editoriales y propuestas indecentes.

—Solo quiero aprender a escribir bien.

—Y que te miren como si fueras la protagonista de una novela *spicy* con un protagonista malote...

No le contesto, solo le lanzo una mirada mientras cojo el portátil y la carpeta con la documentación que me piden para la sesión inaugural. Candy me acompaña hasta la puerta y me da un golpe suave con el pie en el trasero.

—Deslumbra, pero sin matarlos.

—Intentaré no hundir a nadie el primer día.

—Me mandas un mensaje cuando salgas. Si estás viva, cenamos pizza y si estás muerta, también ¡Tú invitas!

Le lanzo un beso al aire antes de bajar por las escaleras, porque el ascensor vuelve a estar estropeado, pero eso ya no me sorprende. Vivo en un edificio que cruje, se queja y tiene manchas que no se quitan ni con lejía, ni con varias capas de pintura. Pero esta ciudad me ha dado algo que no puedo despreciar: una beca para el máster que soñaba desde que iba al instituto y eso compensa las goteras, las tuberías rotas y el Wi-Fi que va como le da la gana.

Camino hasta la parada de metro con las piernas algo inestables, aunque mis tacones son cómodos y el trayecto, corto. Cada paso que doy hacia el Manhattan Writing Institute me pesa como si estuviera arrastrando una expectativa distinta. La mía, la de mis profesores anteriores, la de mi madre que dejó de hablarme cuando decidí irme tan lejos y la de ese editor de provincia que una

vez me dijo que tenía talento, pero me faltaban cojones. Hoy no me faltan o, al menos, intento fingir que no.

Cuando llego a Riverside Drive y veo la entrada del edificio, algo se me contrae por dentro. Es tan elegante que no parece real. La fachada de piedra clara, las escaleras de mármol que llevan hasta las puertas de cristal y las letras grabadas que anuncian que estás entrando en un santuario de la literatura, donde todo se escribe con mayúsculas y respeto.

Un chico me abre la puerta con una sonrisa y me lo agradece antes de que yo diga nada. Paso al vestíbulo y siento el cambio de temperatura, de luz y de ritmo. Aquí todo parece ir más lento, como si la prisa de la ciudad quedara fuera de estas paredes.

Una de las recepcionistas me indica dónde está el auditorio para la sesión de bienvenida. Le agradezco con un gesto, intentando no parecer una becaria a punto de colapsar. Respiro hondo, sonrío para mí y me repito que estoy donde siempre he deseado estar y entro.

El auditorio es amplio y tiene butacas de terciopelo granates. Me siento en la primera fila porque quiero verlo todo, además no he venido a esconderme. Dejo el portátil sobre la mesa plegable. Cruzo las piernas, me aliso el vestido con gesto lento, me inclino hacia delante y echo un vistazo a los otros alumnos. Veo algunas caras nerviosas y otras con aire de seguridad estudiada. Hoy aún nadie se saluda, porque todos venimos a observar y a oler el miedo ajeno.

Me acomodo justo en el momento en que se apagan las luces del techo y se encienden unas pequeñas laterales, que nos dejan en penumbra, y se enciende la pantalla del escenario. Al instante, aparece en ella un nombre en letras blancas sobre fondo azul: *Nolan Prescott. Director Académico. Manhattan Writing Institute.*

Los murmullos empiezan a recorrer el auditorio y de pronto una figura aparece en el escenario. El tiempo se detiene para mí y también el corazón, la respiración e incluso el parpadeo. Todo se congela cuando lo reconozco. Ese hombre es él… El desconocido con el que me acosté hace apenas unos días, el que me folló contra la pared mientras me dominaba con el único objetivo de darme el mayor de los placeres. Ese hombre camina ahora con paso firme por

las escaleras del auditorio, enfundado en un traje oscuro que le queda impecable y dibuja la anchura de sus hombros. El pelo rubio ligeramente ondulado y despeinado con un desorden medido. La barba de dos días que me raspó los muslos, los pezones y el cuello y, sobre todo, esa mirada: verde, intensa e imposible de olvidar. La misma que me atravesó mientras me susurraba al oído que no me escondiera y que llevo grabada en mi pecho como una quemadura invisible desde aquella noche.

Lo que me destroza por dentro es no haberlo reconocido antes. No haber atado las piezas en cuanto he escuchado su nombre. Pero… ¿qué estoy diciendo? No me lo dijo y yo tampoco lo pregunté. Esa era la regla, ¿no? Sexo sin contexto, sin datos y sin promesas. Una noche que se suponía que no iba a pesar al día siguiente.

Pero ahora está aquí en un escenario iluminado, con un micrófono rozándole los labios, los mismos que me devoraron hasta hacerme enloquecer, y con un nombre que se pronuncia con toda solemnidad académica:

—Nolan Prescott —anuncia alguien desde la mesa de presentación—. Director académico del máster.

Apenas escucho el aplauso, porque solo lo veo a él. Y lo peor es que él también me ve a mí. Sus ojos me localizan en primera fila como si me hubiera estado esperando. No sonríe, ni se inmuta, ni se permite ni un gesto. A mí me invade un vértigo brutal que me recorre el cuerpo como una descarga eléctrica. Se me eriza la piel, se me tensan los muslos y siento que el vestido me aprieta en sitios que hace apenas unos minutos estaban en calma.

Me mira como si me conociera y al mismo tiempo como si supiera que no debería hacerlo. Su expresión no cambia y su voz no tiembla, pero yo la reconozco al instante. Esa voz grave que me susurró obscenidades y promesas, que me arrancó gemidos mientras me follaba contra la pared. Esa voz ahora habla de objetivos académicos, de calendarios y de proyectos literarios, pero para mí solo existe una frase:

—En este máster nadie debe esconderse de sus capacidades —dice.

Me dan ganas de reírme o de gritar, porque no puede ser casual. Esa frase no es suya ni mía: es nuestra. Es la misma que me dijo mientras me penetraba con la intensidad de un hombre que parecía querer arrancarme todos los miedos de golpe. La misma que me susurró mientras me corría entre sus brazos con las piernas temblando. Y ahora la lanza en público, delante de todos, como si nada.

El resto no sospecha nada. Nadie entiende lo que acaba de ocurrir. Nadie, salvo yo, siente la descarga que me arde entre las piernas. Nadie, salvo yo, se estremece al escuchar en su voz la repetición de las palabras que dijo aquella noche.

Debería salir corriendo de esta sala y no volver. Pero me quedo aquí, inmóvil en esta butaca, con los ojos fijos en él y el corazón golpeándome las costillas como si quisiera escapar de mi pecho. Cada palabra que pronuncia se mezcla con los recuerdos que me queman por dentro: su lengua recorriéndome el clítoris, sus dedos hundidos en mis muslos, su olor pegado a mi cuello y su espalda mojada mientras me toma en brazos.

Y ahora está aquí con traje, corbata y un cargo académico que lo blinda de cualquier escándalo. Un nombre que pesa más que el mío, un prestigio que lo protege y una autoridad que me coloca exactamente donde no debería estar: a sus pies.

Nolan Prescott. Escritor multipremiado, director del máster de escritura para el que estoy becada y el hombre con el que me acosté sin saber quién era. O tal vez… el hombre que sí supo quién era yo desde el principio. Y esa posibilidad me atraviesa de pies a cabeza, porque si él sabía todo el tiempo quién era yo, entonces lo que pasó aquella noche no fue un accidente.

Trago saliva sin conseguir apagar el temblor que me sube por el cuello como si me estuviera ahogando por dentro, aunque desde fuera nadie lo note. A mi alrededor, el mundo sigue su curso con una normalidad que me resulta brutalmente ajena. Las palabras de Nolan suenan perfectamente articuladas, hay cabezas que asienten, alguna risa suave en el momento en que intuyo que ha dicho algo con cierto ingenio y, sin embargo, yo solo veo cómo se mueve su boca, cómo se tensan sus mandíbulas al hablar y cómo vuelve a

acomodarse el nudo de la corbata como si todo aquello fuera exactamente lo que estaba previsto.

Yo no estoy en esa misma realidad. Estoy atrapada en otra, en una escena paralela que solo existe para mí, donde su voz no habla de créditos ni de planificación docente, sino de gemidos, de órdenes íntimas y de frases que me atravesaron el alma cuando aún no sabía su nombre.

La manera en que me tocó, la forma en que me folló, cómo me sostuvo contra la pared con las manos firmes sobre mis caderas, cómo me lamió sin pudor y cómo me suplicó cosas con los labios pegados a mi cuello, sin apenas pronunciar palabras. Lo tengo grabado con una nitidez que me desarma, como si mi cuerpo lo recordara todo antes que mi mente, como si las terminaciones nerviosas hubieran memorizado cada gesto suyo en una lengua secreta que no se puede olvidar.

Y ahora, él habla con la misma voz que me susurró que no me escondiera mientras me empujaba más profundo, la misma voz con la que me pidió que no fingiera y que no temiera. Solo que ahora esa voz no me busca a mí, ni me nombra, ni me roza. Ahora está al servicio de su puesto, de su poder y de ese escenario desde el que ejerce una autoridad que no tiene nada que ver con la del hombre que me hizo perder el control.

Lo más devastador de todo es que no sé si me ha reconocido. Puede que no o tal vez yo solo he sido una más, una desconocida que encajaba bien en una noche sin consecuencias, una con la que no pensaba cruzarse jamás. Pero también puede que me haya visto en cuanto haya entrado, que me haya identificado al instante y que esté fingiendo que no me ha reconocido. Quizá esa mirada impasible sea su forma de protegerse. Quizá no haya ni un solo músculo de su cuerpo que esté tan sereno como aparenta y esté tan jodido como yo y simplemente lo disimula mejor. O puede que yo no haya sido más una fantasía ejecutada con elegancia y abandonada con la misma frialdad.

El recuerdo de cómo me dejó en la cama, sola, sin una nota, sin un número y sin nada me aprieta el pecho como si el aire se hubiese vuelto demasiado denso para respirar. Me repetí durante

días que había sido lo mejor, que no necesitaba más, que era lo que habíamos acordado. Pero ahora, sentada en esta butaca con las piernas cruzadas y las tripas en llamas, me doy cuenta de que me mentía a mí misma cuando dije que podía olvidar y aseguré que fue solo sexo. Me mentía porque ahora que lo tengo delante, siento que nada de lo que me he contado sirve de escudo.

Termina el discurso con una frase que no escucho o, mejor dicho, que mi cerebro no procesa, porque estoy demasiado ocupada intentando no venirme abajo y que no se me note lo que está ocurriendo dentro de mí, mientras todos aplauden con la misma naturalidad con la que respiran. Nolan Prescott baja del atril con una corrección impecable y sale del auditorio sin detenerse ni una sola vez, sin volver la cabeza hacia mí y sin permitirse ni una mirada que me confirme si me ha visto, si me ha sentido o si recuerda cómo sonaba mi voz mientras estaba dentro de mí.

Se va como si yo no existiera y no recordara mis gemidos, ni mis uñas clavadas en su espalda y ni mis piernas alrededor de su cintura y todo eso me rompe por dentro, porque por primera vez desde que llegué a Nueva York, siento que me he metido en algo que me supera. Porque en el fondo, aunque me cueste admitirlo, este año estaba lista para todo… menos para que me mire y haga como si no me conociera.

Capítulo 3
Nolan

No debería haber elegido esta sala. Es demasiado pequeña para mantener distancia, imponer respeto y fingir normalidad. Aquí cada movimiento se amplifica, cada gesto se expone sin margen para el disimulo y cada mirada corre el riesgo de convertirse en confesión.

La clase ha comenzado hace unos minutos y me esfuerzo por mantenerme dentro de ese personaje académico que tantos años me ha salvado de mí mismo. Hablo con tono firme, camuflo los matices y articulo cada concepto como si no me importara quién lo escucha. Pero sé exactamente quién está en el tercer asiento contando desde la izquierda, con las piernas cruzadas y los labios ligeramente curvados en una expresión que no sabría definir si es desafío, atención o simplemente deseo contenido. La he ignorado deliberadamente desde que he entrado. No la he mirado directamente ni una sola vez, ni le he hecho ningún gesto ni le he dicho ningún saludo de cortesía. Nada. Como si no la hubiera follado hace apenas unos días con una intensidad que todavía hace que me duela la espalda.

Sin embargo, estoy más pendiente de ella que de nadie. Percibo cómo respira, cómo inclina la cabeza cuando algo le interesa y cómo se acomoda el vestido sobre el muslo con una lentitud que parece inconsciente, pero que despierta mi cuerpo al instante. La escucho incluso cuando no habla. Su presencia me envuelve con un aroma que no debería recordar, pero que tengo anclado en la memoria.

Intento mirar a otro alumno. Cualquiera me vale, el que está tomando notas con disciplina excesiva, la chica de la primera fila que ya me ha hecho tres preguntas innecesarias o al tipo que bosteza a pesar del café que se acababa de tomar mientras entraba en clase. Pero en cuanto me relajo un segundo, mis ojos la buscan como si

algo en mí necesitara comprobar que sigue ahí, que no me lo he inventado.

Ella no me mira directamente. Hace como que escucha, que toma notas y que no pasa nada y eso me revienta.

—¿Alguien podría exponer una interpretación alternativa a lo que acabo de plantear sobre el narrador no confiable? —pregunto de pronto, mirando a todos, aunque mi pregunta lleva su nombre escondido entre líneas.

Hay un breve silencio, uno de esos vacíos tensos donde nadie se atreve a hablar por miedo a parecer brillante o idiota. Entonces ella levanta la mano despacio y sin mostrar ni una pizca de nerviosismo.

—Señorita Quinn —le digo después de aclararme la garganta, procurando que no me tiemble la voz y que no se note que pronunciar su apellido me produce una descarga eléctrica que me atraviesa entero—. Le escucho.

Ella alza el rostro y me mira, pero no lo hace con deseo, ni con hambre, ni con entrega como lo hizo aquella noche. Ahora me mira como si no supiera quién soy, ni recordara el sabor de mi piel y no me hubiese tenido dentro de ella mientras me suplicaba que no parara. Habla con una seguridad tan insultante que tengo que entrelazar los dedos para no reaccionar.

—Creo que el narrador no confiable no siempre es una trampa para el lector —empieza—. A veces es un espejo. Refleja lo que el lector quiere creer, no lo que el narrador esconde. Lo interesante es lo que el lector decide aceptar como verdad, aunque le estén mintiendo en la cara.

Su voz es firme, cálida y sin una sola vacilación. Cada palabra que dice es como un puñal cubierto de terciopelo.

—¿Está diciendo que el lector quiere que le mientan? —le pregunto, manteniendo el tono neutro, aunque por dentro ardo.

—Estoy diciendo que, en ciertas historias, la mentira es más cómoda que la verdad. Y el lector… lo sabe.

Sus ojos me taladran y la tensión es tan evidente que podría rasgarse con las uñas. No necesito mirar a los otros alumnos para saber que se han dado cuenta que hay algo entre ella y yo. Algo que

no saben definir, pero que flota en el aire como un perfume demasiado íntimo.

Asiento con la cabeza. No porque esté de acuerdo, sino porque necesito cortar la conversación antes de que diga algo que no pueda disimular. Me vuelvo hacia la pizarra y escribo un nombre que no tiene ninguna relevancia ahora mismo. Me invento un cambio de tema. Hablo de estructura, de enfoque y de narradores múltiples. Todo con la precisión de quien ha usado las palabras toda la vida como escudo. Pero su voz me ha calado hondo. Me
ha arrancado algo que creía tener bien guardado y ahora no puedo dejar de pensar en ella, ni en lo que su cuerpo me pedía, ni en lo que mi cuerpo le respondió.

La clase termina y los alumnos recogen sus cosas con la energía contenida del primer día, entre el entusiasmo por lo que intuyen que va a venir y el peso real de lo que no han entendido aún. Mientras yo me quedo unos segundos más junto a la mesa, fingiendo revisar los apuntes, aunque sé que no voy a leer una sola palabra, porque lo que realmente estoy esperando que ella se levante y que pase por mi lado sin mirarme, otra vez. Y lo hace. Camina despacio, como si no le importara quién la observa, con ese vestido que despierta mi cuerpo con solo mirarlo y esa manera de moverse que me desarma cada vez que da un paso. No me mira ni una vez, pero sé que me ha visto y que sabe exactamente dónde estoy.

Cuando la puerta se cierra tras ella, tardo un momento más en recomponerme. Me aflojo la corbata, me quito la americana, me paso la mano por el cuello y después salgo del aula. En el pasillo, me cruzo con Julius Frade, uno de los profesores de análisis literario. Tiene un aire de universitario eterno, con americana de tweed y gafas redondas, siempre cargando más libros de los que realmente necesita.

—¿Primera sesión intensa? —me pregunta mientras camina a mi lado.

—No especialmente —le respondo apretando los labios.

—¿No? Pues me ha dado la sensación de que habías encontrado a tu nueva alumna favorita.

Me detengo. Lo miro de reojo y él sonríe con naturalidad, sin sospecha. Pero algo dentro de mí se activa.

—¿A qué te refieres?

—La chica sentada a tu izquierda, con pelo cobrizo. Parecía que argumentaba como si llevara aquí meses. Esa no ha venido solo a aprender sino a marcar territorio.

—Demasiado pronto para dar impresiones, ¿no? —le cuestiono.

—Quizá. Pero hay perfiles que destacan desde el principio. Esa chica… tiene algo.

Tiene algo, sí, y tanto que lo tiene. Qué poco sabe Julius. Qué torpe forma de nombrar todo lo que me está desbaratando por dentro.

—Ya veremos cómo evoluciona —respondo mientras empiezo a andar de nuevo, esperando que no insista.

Él se despide con una palmada en el hombro y desaparece por el pasillo que lleva al ala de narrativa contemporánea. Yo giro hacia la biblioteca sin pensarlo, aunque no debería ir, porque no tengo nada que hacer allí ahora mismo. Pero sé que es donde van casi todos los alumnos tras la primera sesión, y algo en mí me empuja a ir a por ella.

Tal y como esperaba, la encuentro sin buscarla en la sección de ensayo. Está de pie frente a una de las estanterías, con un libro entre las manos y la mirada fija en el lomo de otro. Lleva una chaqueta ligera sobre el vestido, pero no le cubre nada. Tiene el cabello suelto. Un mechón le cae sobre la mejilla, pero no lo aparta. Y cuando se estira para alcanzar un ejemplar de la balda superior, el vestido se le levanta ligeramente y deja a la vista la curva de su muslo.

No debería estar mirándola, ni debería estar aquí, pero no me muevo.

Me apoyo en el marco de la estantería contraria, en una zona que sé que no tiene visibilidad directa desde el mostrador, y me quedo ahí. Observando como un idiota o como un hombre al que se le ha escapado de las manos su propio deseo y que no tiene nada bajo control.

Ella hojea el libro, se muerde el labio inferior mientras lee y ladea la cabeza. Después lo cierra con suavidad, lo deja en su sitio y se da la vuelta. Al alzar los ojos me ve y ambos nos quedamos quietos con la mirada fija en el otro. Se sonroja un poco, lo justo para que yo lo note. Aparta la mirada como si estuviera incómoda y finge buscar otro título en la estantería de al lado. Entonces ocurre algo que me jode. Aparece uno de los alumnos nuevos, joven, seguro de sí mismo y con una sonrisa perfecta. Se le acerca, le dice algo y ella se ríe. Mientras, yo, desde la sombra, siento que me hierve la sangre de una forma que no me reconozco. No tengo derecho a sentir celos, ni ningún tipo de justificación para esa reacción que me parte por dentro, pero la tengo. Y es tan física que tengo que cerrar el puño en el bolsillo del pantalón para no hacer nada estúpido. Para no acercarme y decirle que no quiero verla reír así con nadie. Para no recordarle que hace solo unos días se corrió en mi boca con la voz rota.

Ella me lanza una mirada fugaz, como si supiera que estoy ahí. No sonríe, ni me dice nada. Pero lo sabe. Me está diciendo algo con los ojos, que no puedo traducir, pero que se me queda grabado y yo me quedo quieto como un idiota observando cómo se aleja y repitiéndome, por dentro, que no debo hacer nada. Porque no puedo ni debo repetir nada con ella, aunque mi cuerpo diga lo contrario.

Cuando salgo de la biblioteca no tengo un rumbo claro, solo la necesidad física de poner metros de por medio, como si alejarme de ella pudiera servirme de algo. El edificio, sin embargo, sigue con su habitual apariencia de lugar ordenado y funcional, con alumnos que van y vienen cargados de ilusiones, libros nuevos y nervios contenidos, mientras yo camino por los pasillos con la mandíbula tan tensa que me duele.

Subo a mi despacho sin saludar a nadie. Entro y cierro la puerta con una calma fingida,que no me representa desde que sé que Freya está aquí. Me quito la chaqueta y la cuelgo en el respaldo de la silla. Me sirvo un vaso de agua y me lo bebo, aunque no tengo sed, pero lo hago por el impulso inconsciente de ocupar las manos con algo que no sea el temblor contenido que arrastro desde que la he visto en la biblioteca.

Apoyo las palmas en el escritorio. Respiro hondo, cierro los ojos y vuelvo a verla dentro de mi cabeza. Es inevitable. La imagen me asalta con una claridad obscena, como si la tuviera de nuevo frente a mí de pie, con ese vestido que parecía diseñado para provocarme, con el pelo suelto y una expresión concentrada, tranquila y peligrosamente segura de sí misma mientras hojeaba un libro cualquiera como si yo no estuviera mirándola.

No sé cuánto tiempo me he quedado así, encorvado hacia delante, respirando con esfuerzo y repitiéndome mentalmente todo lo que debería tener claro a estas alturas: que es alumna y esa es una línea roja que no puedo cruzar. Ya cometí el error una vez y que volver a cruzarla sería no solo imprudente, sino directamente suicida. Existen normas, jerarquías y consecuencias que debo respetar, porque soy el director de este máster y no un crío dejándose arrastrar por la erección que le provoca el solo hecho de pensar en ella.

Pero en cuanto cierro los ojos la tengo otra vez sobre mí, moviéndose al ritmo de mis caderas, con los labios entreabiertos y el aliento caliente en mi cuello. Regresa a mí la sensación de su piel en mis manos, la curva exacta de su espalda bajo mis dedos y el sonido desgarrado de su voz al correrse mientras me arañaba con fuerza suficiente para dejar marcas sobre mi piel.

Vuelvo a abrir los ojos y camino hasta el ventanal. Me apoyo en el marco mientras observo el patio interior, con esa imagen nítida y distante de los alumnos charlando, riendo y planificando vidas que todavía creen que pueden controlar. Desde aquí todo parece sencillo y equilibrado, como si lo de ahí abajo perteneciera a un mundo distinto al que ahora me habita por dentro.

Lo que ellos no pueden ver y yo no quiero admitir es que hay una parte de mí que no ha vuelto a la calma desde que la tuve bajo mis manos. Una parte que ha seguido funcionando en modo automático y fingiendo normalidad, mientras la otra se quedó atrapada en aquella habitación de hotel, donde su voz me pedía que no parara y donde su cuerpo encajaba con el mío a la perfección.

Lo jodido no es solo que lo recuerde con ese nivel de precisión. Lo que me desarma de verdad es la forma en que ella ha

vuelto a aparecer. Sentada en mi aula, matriculada en mi máster y con un número de expediente, un nombre completo y una beca asignada con mi firma. Como si la realidad quisiera reírse de mí o, peor aún, como si me estuviera retando.

He pasado demasiado tiempo construyendo esto. El máster, mi reputación, mi carrera literaria y la vida que mantengo con tanto esfuerzo, medida y contenida. No puedo dejar que todo se desmorone por una mujer, por muy intensos que hayan sido los gemidos y muy grabadas que tenga sus piernas abiertas. Pero mi cuerpo tiene otra opinión y por mucho que me repita que no debo volver a tocarla, cada célula parece gritarme lo contrario.

Me aparto del ventanal y me obligo a poner orden en el escritorio. Organizo los horarios de tutorías para evitar coincidir con ella fuera del aula, aunque sé que nada de eso va a servir si la tengo delante en cada clase, si sigue levantando la mano con esa mezcla de seguridad y provocación que me desarma por completo.

No puedo ni debo repetir nada con ella. Me lo digo de nuevo en voz baja, como si convertirlo en mantra fuera suficiente para doblegar esta ansiedad física que me arde bajo la piel. Pero cada vez que lo digo, su imagen regresa a mí con más fuerza. La curva de su cuello cuando inclinaba la cabeza hacia atrás, sus labios temblando al susurrarme cosas que no he querido olvidar, el calor exacto de su sexo apretado contra mis dedos, su voz suplicándome que no parase… Todo vuelve. Y lo que es peor: todo lo quiero de nuevo, aunque sé que no puede ser, pero mi cuerpo dice otra cosa.

Capítulo 4
Freya

Cuando llego a casa, dejo el bolso sobre el suelo del recibidor, me saco los zapatos, porque no aguanto un segundo más con ellos puestos, y me dejo caer sobre el sofá sin ni siquiera quitarme el vestido. La tela me aprieta en zonas que ya estaban sensibles de tanto tensarlas durante el día, pero no tengo energía para cambiarme. Siento el cuerpo agotado, pero la mente… va a su puta bola.

Candy aparece desde la cocina con una caja de pizza que aún humea y una botella de vino blanco abierta, como si supiera que esta noche el consuelo no viene en forma de respuestas, sino de hidratos de carbono y sarcasmo.

—¿Has sobrevivido o estás a punto de disociarte por trauma académico? —pregunta mientras se sienta a mi lado, cruza las piernas bajo su propio pijama de algodón y se sirve media copa sin mirarme directamente.

—No sé muy bien cómo definirlo —respondo mientras cojo una porción de pizza con las dos manos, como si necesitara afirmarme físicamente en el mundo.

—¿Escándalo sexual en el primer día o solo un ego literario insoportable?

—Un poco de todo. Pero muy bien presentado —digo, aunque intento que no se me note el temblor contenido en la voz.

—¿Quién es el profesor buenorro que te ha robado el habla? ¿O ha sido uno de los alumnos con aura de escritor maldito?

—Candy…

—Venga ya. No te hagas la digna. Conozco esa cara. Es la cara de alguien que ha visto algo que no debería haber visto o que ya había visto… sin saber que iba a volver a verlo.

Me atraganto con un trozo de pepperoni justo en el momento en que Candy clava los ojos en mí con una expresión que pasa de cómplice a alerta.

—¿Freya? —pregunta, bajando la voz como si de pronto estuviéramos en una sala de interrogatorios.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—No pongas ese tono, ni esa mirada, ni esa cara de que has conectado piezas.

—Es que he conectado piezas y si no me equivoco, a ti te ha pasado algo… que no sé por qué no me quieres contar.

—¡Candy!

—Lo sabía.

Me cubro la cara con las manos y me echo hacia atrás, hundiéndome en el sofá como si pudiera desaparecer entre los cojines. Pero la voz de Candy sigue ahí, divertida, afilada y dispuesta a desmontarme sin piedad.

—Lo he visto…

—¿A quién? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—Al tío aquel…

—¿Cuál?

—Aquel que casi me desmonta en el hotel…

—¿En serio? ¿Es el de la noche del hotel? ¿El polvo sin nombres? ¿El polvo con mayúsculas? ¿Es él?

—Síííííí.

La palabra me sale tan baja que apenas la escucho yo, pero siento cómo se me clava justo en el centro del esternón.

Candy no dice nada durante unos segundos. Solo me mira y después sirve las dos copas con más vino. Y por fin habla con esa mezcla de ironía y cuidado que solo ella sabe usar cuando me ve desbordada.

—¿Y qué ha pasado?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. O eso parece. Él no ha dicho ni una palabra fuera de lugar. No me ha mirado como si me conociera, ni me ha hecho sentir

que sabe que me ha visto desnuda.

—¿Y tú crees que no te ha reconocido?

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Tiene esa forma de hablar, de moverse, de mirarte sin mirarte… No sabría decir si lo disimula todo o si realmente no me ha reconocido.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Lo disimulas?

Me quedo un instante en silencio. Respiro y la miro de frente.

—No del todo.

—Bien. Me gusta. Juega sucio, pero hazlo con estilo. Si va a fingir, tú puedes jugar al despiste. Provócale y a ver cuánto tarda en romper su personaje.

—Candy, es mi profesor y el director del máster.

—Y tú eres una mujer que ha sobrevivido a un polvo anónimo con probablemente el único hombre de este puto país que sabe usar las manos, la boca y las palabras al mismo nivel. No te subestimes.

Me echo a reír, a pesar del nudo que tengo en el estómago. Candy tiene esa capacidad extraña de convertir cualquier drama en algo casi cómico y soportable. Me sirve más vino. Me pasa una servilleta que no necesito y cuando me mira, su expresión cambia.

—¿Te ha removido?

—No es solo eso. Es que ahora siento una tensión rara. Como si todo lo que pasó en esa habitación siguiera vivo, pero metido en un rincón al que ninguno de los dos se atreve a asomarse.

—¿Y tú quieres asomarte?

—Una parte de mí, sí.

—¿Y la otra?

—Tiene miedo.

Candy asiente en silencio. Se levanta y se va hacia su habitación. Y cuando vuelve, no trae más pizza ni más vino, sino una manta que me lanza sin decir nada.

—Si te vas a meter en este jardín, al menos que sea con calor, que seguro que tienes los pies helados como siempre.

—¿Tú crees que me la estoy jugando?

—Mucho. Pero eso no es necesariamente malo. Solo asegúrate de que, si vas a jugar con fuego, sepas exactamente dónde quema.

La miro con el corazón un poco más acelerado. Recojo la manta, me la echo encima y, aunque no se lo digo, sé que tiene razón.

Esta partida ha empezado y puede que no tenga ni idea de las reglas, pero hay algo en mí que está deseando mover ficha.

Capítulo 5
Nolan

La pantalla en blanco de mi portátil lleva más de una hora provocándome, y no de la forma en la que ella lo hace. Resoplo consciente de que hoy, por mucho que me esfuerce, no voy a escribir ni una sola palabra. Apoyo los codos en los reposabrazos de mi silla y entrelazo las manos frente a los labios, como si estuviera rezando para tener una idea o escribir una buena frase, que me libere de esta inercia. Pero nada ni una maldita palabra llega hasta mi cabeza para seguir con la historia que pretendo escribir. Lo único que puebla mi mente es su imagen. Su puta boca, la curva de su espalda, sus gemidos de aquella noche... Chasqueo los labios y susurro su Freya Quinn.

Lo peor de todo es que ahora sé hasta su nombre. Ahora ya no es solo un recuerdo borroso de piel y gemidos en la oscuridad. Ahora es un cuerpo de carne y hueso, que no deja de mirarme en clase y que me responde con un discurso inteligente sin que le tiemble la voz. Además de todo esto, también es el error que me puede costar todo.

Echo la silla hacia atrás con un gesto brusco. Me levanto y cruzo el despacho sin rumbo claro. Mis pasos no tienen ritmo y tengo la sensación de que mis piernas están igual de desconectadas de mi voluntad, como lo está mi cabeza.

Me acerco a la vitrina baja junto a la estantería y cojo un vaso de cristal grueso. Lo apoyo sobre la superficie de madera con un golpe seco y descorcho la botella de Macallan sin pensarlo. Esta no es una noche para pensar.

Miro a través del ventanal que tengo a mi derecho y observo la ciudad. A pesar de la hora que es, Manhattan nunca duerme, pero yo sí debería. También debería poder escribir, sin embargo, aquí

estoy, observando cómo los taxis se cruzan a lo lejos mientras este vaso de whisky tiembla en mi mano.

«Freya Quinn». Repito su nombre en mi mente con rabia, pero también con deseo y eso es lo que más me jode. Me repito que fue un error, porque aquella noche en el hotel *boutique* fue un accidente, un capricho sin consecuencias. Pero eso era antes de saber que sería mi alumna y estaría sentada en mi clase y que me miraría como si no hubiera pasado nada. Pero pasó.

Recuerdo cada instante de aquella noche, como si el tiempo se hubiera detenido en cada beso y en cada jadeo. No fue solo sexo, aunque solo de pensarlo una descarga eléctrica me recorra de pies a cabeza. Bebo el whisky de un trago, esperando que arda al bajar por mi garganta y me arranque esta obsesión de cuajo, pero el alcohol no hace nada. Ni me calma ni me quema, solo me deja más consciente de lo que intento enterrar.

Me acerco al ventanal del *loft* y apoyo la frente en el cristal helado. Brooklyn se extiende bajo mis pies y el río refleja las luces que parpadean como si supieran lo que oculto. Y sí, sé lo que debería guardar las distancias, comportarme como un director intachable y fingir que la palabra reputación significa más para mí que una mujer que jamás debería haber tocado, porque tengo claro que si alguien supiera que me acosté con una alumna, aunque fuera antes de que empezara el curso, me hundiría. No habría nada que me eximiera de mi culpa, solo un escándalo que borraría mi carrera y la suya.

Me repito que tengo que olvidarla y cuanto antes. Que lo inteligente es sacarla de mi cabeza como si nunca hubiese sucedido nada entre ella y yo. Pero entonces su nombre vuelve y me vuelvo a sentir tan perdido como al principio.

Regreso a mi escritorio y me dejo caer en la silla. La cabeza me pesa y siento que mi cuerpo pelea conmigo mismo. No es por agotamiento; esto es un combate entre lo que debería hacer y lo que deseo con ansia. Suspiro y echo la cabeza hacia atrás. Aunque no quiera admitirlo, este fuego que invade mi cuerpo no tiene vuelta atrás. No fue nunca una chispa aislada que pudiera apagarse de forma sencilla. Desde el primer instante fue un incendio que lo

arrasó todo, y yo me lancé a él sin pedir explicaciones y sin preguntar qué me iba a costar, convencido de que podría volver después a lo de siempre. Sin embargo, ahora me engaño fingiendo que no sigo ardiendo, cuando cada recuerdo me quema más que el anterior.

Acerco los dedos al teclado, intentando escribir algo que merezca la pena tratando de disfrazar de disciplina lo que en realidad es debilidad, y escribo su nombre. Solo cinco letras. FREYA. El trazo de las mayúsculas queda en la pantalla como una confesión que jamás debería haber hecho. Lo borro en el mismo instante, pero ya es inútil. El daño ya está hecho. Su nombre ha atravesado la barrera y se ha colado dentro de la historia que no consigo escribir, dentro de mi cabeza y dentro de mí. Lo peor de todo esto es que no tengo ni idea de cómo arrancarla sin desangrarme en el intento.

Capítulo 6
Freya

Durante la primera semana he hecho todo lo que ha estado en mi mano por parecer una versión coherente de mí misma. Una que no esté demasiado nerviosa, ni pendiente, ni alterada por el hecho de que el hombre con el que me acosté ha resultado ser el director del máster para el que me he dejado la piel para entrar. Pero soy consciente de que tengo una grieta en mi disfraz, y cada día se abre un poco más. Porque no importa cuánto me esfuerce en fingir normalidad, porque cuando Nolan Prescott me mira no tengo forma humana de parecer indiferente.

Intento convencerme de que hoy será un día como cualquier otro cuando entro en el aula, pero en cuanto dejo el portátil sobre la mesa y lo abro con gesto automático descubro que estoy gastando más energía en aparentar normalidad que en concentrarme en la clase que está a punto de empezar. Hacer como si no hubiera notado que se detiene justo detrás de mi silla, tan cerca que su presencia se me adhiere a la espalda aunque no llegue a tocarme, me consume. Fingir que no me afecta su manera de pasar lista sin atreverse a mirarme, refugiado en el papel o disimular que mi cabeza repite una y otra vez lo que me susurró al oído cuando me tenía atrapada contra la pared del hotel, con la boca rozándome la piel como si quisiera dejarme grabada cada palabra, me destroza.

Hoy, sin embargo, algo parece distinto. No sabría decir si es la forma en la que se mueve, contenida hasta lo insoportable, o la tensión invisible que deja a su paso, pero lo percibo con una claridad que me enciende los nervios. No necesita dirigirse a mí para que lo note, pero está demasiado pendiente y cerca de mí. Y lo peor es que cuando alguien tan hermético deja escapar una fisura, aunque sea mínima, se vuelve imposible no verla, y en este caso, soy yo quien provoca la grieta.

Durante toda la clase esquiva decir mi nombre, como si al borrarlo de su voz pudiera también borrarme de su cabeza. Pero basta con que abra la boca y haga una observación sobre el texto de un compañero para que lo traicione un gesto: el modo en que se gira un poco más de lo necesario o la intensidad con la que sus ojos verdes se detienen en mis labios, como si estuviera descifrando lo que digo directamente en mi boca. Y tampoco es coincidencia que, al acabar la sesión, nuestros caminos se crucen justo cuando cierro el portátil y me dispongo a salir. No es azar que su brazo roce el mío en el pasillo, aunque su expresión se mantenga neutra y la línea de su boca permanezca cerrada y apretada.

No sé si es una paranoia mía o si realmente empieza a dejar pistas, pero hay algo en la forma en la que me observa, que ya no consigo disfrazar con excusas racionales. Está demasiado pendiente. No me mira todo el tiempo ni con descaro, ni lo hace como un hombre que está intentando conquistarme, sino como alguien que ya lo ha hecho… y eso me desconcierta todavía más. Porque si sabe quién soy, ¿por qué no lo dice? ¿Por qué sigue con este juego de medias miradas y frases ambiguas?

Después de esa primera clase, he tenido una tutoría grupal, que se me ha atragantado antes incluso de empezar. He llegado puntual, con el portátil y mis notas organizadas, pero sé que voy a tener que lidiar con su atención disfrazada de desinterés.

Nolan se mueve por la sala como si no estuviera pasando nada, pero yo noto cada chispazo en la piel cuando se detiene demasiado cerca o cuando deja que su voz roce mi nombre con esa forma suya de morder las sílabas.

Me toca exponer una observación sobre uno de los relatos que ha escrito un compañero, y no digo ni tres frases cuando él me interrumpe desde el otro lado de la mesa, con una voz seca, limpia y envuelta en falsa neutralidad:

—Sabe argumentar… incluso cuando no debería abrir la boca.

La frase queda flotando entre todos como una gota de tinta negra en un vaso de agua clara. Me giro muy despacio y lo miro. Él me sostiene la mirada sin inmutarse, como si acabara de decir algo puramente técnico, pero hay un destello en lo que ha dicho que

reconozco. Es el mismo que tenía cuando me apartó el pelo del cuello en aquella habitación del hotel, justo antes de empujarme contra el espejo y susurrarme que no me escondiera de él.

—¿Le molesta que no me quede callada o preferiría que me escondiera? —le pregunto sin pensármelo.

La sala se tensa, aunque nadie parece entender nada. Algunos giran la cabeza con disimulo, otros fingen revisar sus notas, pero todos notan algo. El profesor Prescott parpadea una sola vez, baja la mirada y pasa de página en su cuaderno. Esa es su respuesta. Después de eso, no me ha vuelto a interrumpir ni a mirar.

El resto de la tutoría me pasa por encima como una tormenta que intento atravesar sin paraguas. Sé que me he expuesto y que mi frase no ha sido inocente. Él también lo sabe y aunque finja indiferencia, hay algo en la rigidez de su espalda y en la tensión con la que sujeta el bolígrafo, que me dice que no le ha pasado desapercibido.

Cuando se acaba la sesión y la mayoría de compañeros empieza a recoger, él se acerca a mi mesa con andar lento, elegante y casi felino. Se detiene a menos de un metro y deja que su voz aterrice sobre mí como una orden sin necesidad de alzarla:

—Quinn, ¿puedes pasar por mi despacho esta tarde? Quiero comentar contigo el ejercicio que entregaste.

Me encojo un poco en la silla, pero no aparto los ojos de él. El corazón me late en los labios, y sé que mi mandíbula está más tensa de lo que me gustaría.

—Claro —le respondo con una voz que me sorprende incluso a mí por lo firme que suena.

Me levanto, recojo mis cosas y salgo del aula sin volver la cabeza. Pero sé que me está mirando, porque siento ese calor que me recorre desde la nuca hasta la parte baja de la espalda, como un dedo invisible que se pasea por mi columna.

Mientras bajo las escaleras del edificio, con los dedos cerrándose alrededor de la correa de mi bolso y una pregunta latiéndome en las sienes, tengo claro que el juego ha comenzado. Él lo sabe y, si no lo admite pronto, lo haré yo.

Capítulo 7
Nolan

El clic metálico del reloj de arena sobre la mesa rompe el equilibrio frágil del despacho. La habitación permanece en ese silencio que solo existe cuando algo que no debería pasar… está a segundos de ocurrir.

Me levanto de la butaca y cruzo el espacio que separa mi escritorio de la puerta con calma, como si no hubiera ensayado mentalmente este momento desde que se lo he dicho antes en la tutoría grupal. «Quinn, ¿puedes pasar por mi despacho esta tarde? Quiero comentar contigo el ejercicio que entregaste». Una excusa académica, perfectamente legítima. Nadie me cuestionará por pedirle a una alumna que venga a tutoría.

En ese mismo momento, escucho que unos nudillos llaman a la puerta.

—Adelante —digo alzando la voz y tratando de sonar seguro.

El pomo gira y la puerta se abre con lentitud, hasta que tras ella aparece Freya y entra a mi despacho. Lleva un vestido claro, sencillo y de tela fina que se adapta a sus curvas. El escote es comedido, pero la tela se tensa apenas un milímetro en su pecho y yo… lo noto, porque lo miro, aunque sé que no debería.

—Profesor Prescott —me saluda sin un ápice de duda en la voz y sin rastro de la chica del bar, ni de la mujer que se retorcía entre mis brazos mientras la embestía contra la pared de aquel hotel.

Le señalo la silla frente al escritorio sin abrir la boca. No confío todavía en el sonido que saldría de mi garganta si lo hiciera. Ella avanza con paso seguro, se sienta, cruza las piernas con naturalidad y apoya los antebrazos en la mesa. Me observa con una mirada directa y provocadora.

—Gracias por citarme en clase —me dice con una media sonrisa—. No esperaba que fuera tan formal desde el primer día.

Hay algo en su tono que me atraviesa, una ironía suave, apenas perceptible, pero lo bastante afilada como para hacerme dudar de si lo estoy imaginando o no.

—Siempre lo soy —respondo por fin, con la voz baja y firme —. Prefiero dejar las cosas claras desde el principio.

—Qué suerte. Hay quienes se sienten más cómodos en la ambigüedad.

Mis ojos viajan a su boca antes de que pueda impedirlo, a pesar de que intento mantener la mirada arriba, en sus ojos, pero la traición es inmediata: la curva de sus labios, la tela de su escote que sube y baja con su respiración… y yo conteniéndome en una quietud que me pesa. Respiro más despacio, como si pudiera engañar al deseo, pero lo único que consigo es odiarme un poco más por no saber apartar la mirada.

—He estado revisando las notas de la tutoría grupal —miento, aunque mi mentira tenga algo de verdad—. Tu análisis me parece interesante, aunque también algo arriesgado.

Ella ladea la cabeza, entrelaza los dedos sobre la mesa y su sonrisa apenas insinuada se transforma en una invitación peligrosa.

—¿Arriesgado por qué? ¿Porque no coincidía con el suyo?

—Porque rozaba lo personal.

—¿Y eso es malo?

Me quedo en silencio. No por falta de respuesta, sino porque cualquier palabra que diga va a empujarme demasiado cerca de un límite que no puedo cruzar. Entonces la veo mover la pierna, despacio, y la tela de su vestido se le pega más a la piel. Y entiendo, con una claridad brutal, que estoy jodido, mucho.

—A veces lo personal pesa más de lo que uno está dispuesto a asumir —le respondo al fin, consciente de que esta conversación está a punto de desviarse hacia un terreno en el que no debería entrar.

Freya no se inmuta. Se recuesta en el respaldo de la silla con un gesto lento, como si supiera que lo que nos ocupa no tiene nada que ver con su intervención en clase. Me sostiene la mirada con la

calma propia de alguien que espera que yo lo admita, pero no lo haré todavía y, mucho menos, aquí.

—¿Entonces es eso? —pregunta, sin apartar los ojos de mí—. ¿Cree que lo que dije fue demasiado personal? ¿Por eso me ha citado?

—No te he citado por lo que dijiste, sino porque quiero exigirte más.

—¿Y por qué solo a mí?

Su pregunta queda suspendida en el aire, sin intención alguna de suavizar su tono, ni su postura, ni esa mirada fija que me atraviesa como un desafío.

—Porque creo que puedes dar más de lo que crees.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que quiero que te esfuerces más —respondo despacio, modulando cada palabra como si pudiera sostener con ellas lo que me arde por dentro—. Me interesa ver hasta dónde puedes llegar.

—¿Como escritora… o como mujer?

La tensión se me crispa en los hombros. Por fuera permanezco inmóvil, con la misma máscara de profesor severo, pero por dentro algo se abre camino con violencia. Una corriente que he mantenido bajo llave desde aquella noche y que amenaza con destrozarlo todo.

Freya se inclina hacia delante apenas unos centímetros y la tela de su vestido se desplaza lo justo para que mi mirada, traidora, siga el movimiento. Ese detalle minúsculo me basta para querer saltar todas las líneas rojas que me he prometido respetar. Su perfume flota entre nosotros, ese rastro floral que reconocí en clase y que me invadió como un recuerdo prohibido de aquella noche. Lo llevo impregnado en la memoria, igual que el sabor de su piel.

—Aquella noche… ¿fuiste tú? —me suelta con valentía y me deja sin escapatoria.

No le respondo. Solo la miro y me levanto despacio, rodeo la mesa sin apartar los ojos de los suyos. Siento la adrenalina recorrerme el esternón y apretarme la garganta. Ahora mismo, podría tocarla. Bastaría con alargar la mano, agarrar su nuca,

atraerla hacia mí y silenciarla con un beso que nos devorara a los dos, pero no lo hago.

—No deberíamos estar teniendo esta conversación —susurro, con la voz áspera, demasiado cerca de su piel.

—Pero la estamos teniendo —responde ella y se pone en pie con la calma peligrosa de una mujer que sabe que la tensión ya ha estallado y que no hay vuelta atrás.

Nos quedamos uno frente al otro. El calor de su cuerpo traspasa la tela y siento cómo se activa, cómo se tensa y cómo me reconoce, aunque lo peor es que yo también lo hago.

Me acerco un paso más a ella. No llego a tocarla, pero la corriente entre ambos es tan nítida que casi me duele. Inclino la cabeza y mi boca queda a la altura de su mejilla. Bastaría con que hiciera un gesto minúsculo para besarla y hundirme de nuevo en lo que ya fue nuestro.

—Esto no puede volver a suceder —susurro, dejándole el aliento sobre la piel.

Abro la puerta del despacho sin mirarla y con los dedos aún cerrados con fuerza sobre el pomo. Espero que retroceda, que me devuelva el control que estoy perdiendo con cada segundo que pasa dentro de este despacho.

—Entonces dímelo a la cara —me responde con una calma que me hiere.

Cierro los ojos un instante y cuando los abro me vuelvo hacia ella con rabia contenida.

—Vete —pronuncio con un tono bajo y duro, porque sé que, si se queda un segundo más, la distancia que tanto intento proteger se hará pedazos. Y lo sabemos los dos.

La puerta se cierra tras ella con un clic tan leve que debería pasar inadvertido, pero me estalla en los oídos como una explosión. Me quedo quieto, de pie, las manos aún apoyadas en el marco y el pulso desbocado. Podría decirme que he hecho lo correcto, que al menos he contenido el desastre que lleva días gestándose entre nosotros, pero sería otra mentira de las que uno se repite por inercia, sin creérselas.

Me paso la mano por la nuca y noto cómo la camisa me aprieta demasiado en la garganta, la espalda me arde y la sangre parece recorrerme las venas en oleadas que vibran y me queman. No me ha hecho falta tocarla. Me ha bastado con aspirar su perfume de cerca, con ver cómo los pezones se marcaban bajo la tela fina del vestido y ver cómo se mantenía erguida frente a mí, sin retroceder ni bajar la mirada. No me ha suplicado, sino que me ha desafiado y lo más perturbador es que no ha huido.

Abro el ventanal y dejo que el aire de la tarde me golpee en la cara, con ese olor metálico y eléctrico que tiene Nueva York al anochecer. Respiro hondo, aprieto la mandíbula y me apoyo contra el marco frío mientras observo el campus desde lo alto. Veo estudiantes que entran y salen de los edificios que me rodean con libros bajo el brazo y cafés humeantes en las manos. Ninguno sospecha lo que acaba de suceder aquí dentro. Nadie imaginaría lo que acaba de reavivarse entre estas paredes y lo que yo me esfuerzo cada día en sofocar.

No quiero recordarla desnuda, ni puedo permitirme volver a imaginarla jadeando contra la pared de aquel hotel con la boca entreabierta y los dedos hundidos en mis hombros. Pero lo hago. Aunque me prohíba pensarlo e intente convencerme de que todo aquello fue una excepción, pero no lo fue. La forma en que me ha mirado esta tarde lo confirma. Esa mirada no es casual, igual que no lo es la brutalidad con la que mi cuerpo responde a ella cada vez que se cruza en mi campo de visión.

Regreso al escritorio y me dejo caer en la butaca. Abro el portátil como quien busca una tabla de salvación, como si fingir rutina pudiera devolverme el control. Me obligo a centrarme en los informes de los alumnos. Selecciono al azar un análisis narrativo sobre estructuras fractales. Palabras técnicas, párrafos densos y teorías aplicadas con inteligencia, pero en cada línea no veo letras, sino su boca moviéndose y en cada frase que intento corregir escucho su voz.

Cierro el ordenador de golpe. No sirve de nada, porque la llevo bajo la piel. Me ordeno contención, y lo único que me nace es

deseo. Pero si dejo que esto se desboque, todo lo que he construido puede venirse abajo.

Vuelvo al ventanal y me quedo allí con las manos hundidas en los bolsillos y la frente casi apoyada en el cristal. La ciudad se va encendiendo a trozos, como si las luces trazaran un mapa de zonas calientes. En este momento, yo también me siento una zona en combustión.

Sé que debería cortarlo esto de raíz. Pero ¿cómo se destruye una fantasía que vuelve sola cada noche y se instala entre mis sábanas?

Capítulo 8
Freya

No sé muy bien qué esperaba que pasara ahí dentro. Tal vez una confesión, una caricia o una frase tan absurda como necesaria, que al menos pusiera nombre a todo lo que acaba de quedarnos en el aire. Pero no. Él me ha hablado casi sin mirarme, me ha dicho que no puede volver a pasar y lo ha hecho sin ni siquiera fingir que le cuesta pronunciar esas palabras.

Avanzo por la acera con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y la garganta tensa como una cuerda a punto de romperse. La ciudad sigue su ritmo frenético. Coches, luces, pasos apresurados y gente pegada a los móviles, mientras yo camino como si siguiera atrapada en ese despacho con esa tensión cargada de electricidad estática que me ha dejado la piel ardiendo. Me ha hablado muy cerca, tanto que su aliento ha rozado la curva de mi mandíbula. Pero no me ha tocado. No ha cruzado esa línea que ambos sabemos que no podemos cruzar, aunque nos muramos de ganas. Sí, estoy convencida de que él también ansía volver a tocarme, por mucho que trate de disimularlo.

Doblo una esquina sin saber muy bien a dónde voy. Estoy desorientada, aunque no por la ciudad, sino por mí y por él. Por lo que me ha provocado con solo esa mirada que me ha lanzado al entrar. Porque lo sabía desde el principio y, aun así, ha esperado a tenerme a solas para recordármelo con los ojos y con la forma en que me ha estudiado los labios, apretando la mandíbula como si estuviera a punto de hacer algo prohibido.

Una parte de mí quiere enfadarse. Decir que es un imbécil y que qué derecho tiene a provocarme, a citarme con una excusa académica y dejarme clavada frente a su mesa con el pulso acelerado. Pero la otra parte, la que todavía tiene grabado el sabor de su boca, la que recuerda la presión de su cuerpo sobre el mío, la

que se estremece al pensar en sus dedos dentro de mí, no quiere insultarlo, sino repetirlo, todo.

Cruzo el paso de peatones sin mirar demasiado el semáforo. Por suerte, no viene nadie. Un tipo me choca con el hombro y me lanza un «eh, cuidado» con desgana, pero no me detengo. Subo las escaleras de mi edificio, porque seguimos sin que funcione el ascensor, y cuando llego frente a la puerta de mi casa tengo con la respiración desacompasada. No sé si es por subir las escaleras o por el caos que llevo dentro. Abro la puerta del apartamento con el pulso algo tembloroso y me encuentro a Candy sentada en el sofá, con una porción de pizza en la mano y una copa de vino en la otra.

—¿Ya has vuelto? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla del portátil—. He empezado a cenar sin ti. Me tentaba demasiado el pepperoni.

—Perfecto. Así tendré excusa para coger la última porción sin remordimientos —respondo mientras me quito la chaqueta.

Candy levanta la vista al instante y me examina. Arquea las cejas con un gesto que oscila entre la alerta y la diversión, justo lo que menos necesito soportar en este momento.

—¿Te ha pasado algo? Tienes esa cara de «voy a fingir que todo va bien, pero por dentro estoy mordiéndome el alma».

Me encojo de hombros. Camino hasta la cocina, cojo una servilleta de papel, me sirvo un trozo de pizza y le doy un mordisco casi con rabia. Mastico sin ganas, porque tengo la sensación de que todo me sabe a él. El aire, la comida y hasta la puta copa de vino que me acabo de servir. Me siento frente a Candy, que cierra el portátil y me mira con una sonrisa que anticipa lo inevitable.

—Prescott.

—No empieces —suspiro, dejando la porción sobre la servilleta.

—¿Ha pasado algo? Porque tienes la cara de quien ha estado a un centímetro de que le metan mano… pero no ha ocurrido.

La miro con los ojos entrecerrados, pero no lo niego. Lo cual, para ella, ya es una confesión.

—¿Qué te ha dicho? ¿Te ha pedido que vayas a su despacho con una excusa estúpida para metértela hasta el fondo?

Mi ceja se arquea sola y Candy aplaude, feliz.

—¡Sabía que estaba como loco por volver a tener sexo contigo!

—Candy, por favor…

—No, en serio. No me mires así. Este tío te desea como yo deseo comerme una tableta de chocolate después de tres semanas de dieta.

No puedo evitar reír. Pero es una risa nerviosa, contenida y con demasiada tensión. Candy no lo entiende o sí. Pero ella no ha tenido que mirar a otro lado mientras su cuerpo le pedía a gritos quedarse.

Me dejo caer en el respaldo del sofá y cierro los ojos un instante y respiro hondo. Cuando los abro, veo que mi amiga me está observando con más atención de la que me gustaría.

—¿Tú también quieres repetir?

Me muerdo el labio, pero no le respondo.

—Ajá —dice, dándole otro sorbo a su copa—. Estás jodida, tía.

No tardo en dejar a Candy sola en el salón. Ella lo entiende sin que se lo explique, finge estar demasiado concentrada en la serie y se despide con un «no te preocupes, me la acabo sin ti» mientras yo atravieso el pasillo y me encierro en el baño con la certeza de que, si no me ducho ahora, me va a dar algo. Así que abro el grifo y me desnudo sin prisa. Me quito la ropa con la sensación de estar arrancándome también las capas de cordura que aún me quedan, esas que me gritan que no debo pensar en Nolan Prescott, que no debo recordar su boca, ni su cuerpo, ni la manera en que me hizo gemir su nombre mientras las piernas me temblaban de puro exceso. Pero estoy sola, y nadie me oye, así que me permito quedarme frente al espejo unos segundos, completamente desnuda, con la piel erizada solo por culpa de su voz. Esa voz grave y rota, que esta tarde se me ha colado de nuevo bajo la piel como una maldición.

El vapor empieza a empañar el cristal, pero yo no me muevo. Me observo con atención cómo me suben y bajan las tetas mientras

respiro, y de pronto la imagen vuelve con una claridad insoportable a mi cabeza: su cara hundida entre mis muslos, su mirada fija en mis ojos, su lengua, sus manos sujetándome las caderas mientras jadeaba mi nombre como si no le bastara tenerme desnuda y abierta de piernas para él y necesitara poseerme una y otra vez.

Me meto bajo la ducha y dejo que el agua caiga sobre mí, pero no enfría mis pensamientos; al contrario, recalienta cada recuerdo, me ablanda las rodillas, me obliga a cerrar los ojos y a llevar los dedos a mis labios entreabiertos, húmedos y sensibles. Apoyo una mano en la pared y dejo que la otra descienda, sin órdenes ni planes, solo guiada por ese deseo que me arde en las entrañas y que no pienso reprimir.

El primer roce es suave, casi tímido, pero enseguida me parece insuficiente. Mi cuerpo se arquea buscando más, reclamando lo que no ha ocurrido hoy, pero sigue grabado en mi piel. Un gemido se me escapa entre los dientes, bajo y contenido.

El agua resbala por mis senos, se desliza por mis muslos y se mezcla con mis jadeos, mientras sigo con los ojos cerrados, el corazón desbocado y su imagen tatuada en mi mente. No es solo sexo, es necesidad y la tensión que acumulamos con cada mirada, con cada palabra cargada de doble intención y con cada gesto contenido que ha sustituido al impulso de tocarnos.

—No puede volver a pasar… —susurro, sin detener la mano que ya me domina.

Pero sé que no quiero que sea verdad, porque deseo repetirlo. Quiero hacerlo ahora mismo, en su despacho, en su cama y contra cualquier pared que vuelva a sostenernos.

El orgasmo me atraviesa como un relámpago. Siento que me rompo y me recompongo al mismo tiempo, que me abro en mil pedazos igual que aquella noche y que pierdo el límite entre deseo y locura. Me corro con su nombre en la lengua, con la fantasía de su boca succionándome y con el eco de su voz suplicando que no me calle.

Me apoyo contra la pared de la ducha, mientras permito que el agua me envuelva, pero ni siquiera así me relajo. No me siento vacía, todo lo contrario, porque estoy más llena que nunca de él.

Cuando salgo, envuelta en el albornoz y con el pelo mojado, me planto frente al espejo otra vez. Me miro buscando una advertencia en mis propios ojos, pero no hay ninguna. Solo veo a una mujer que acaba de cruzar un umbral invisible, que se ha permitido volver a sentirlo y que ha dejado de resistirse.

Camino hacia mi dormitorio, me dejo caer en la cama y cierro los ojos. Encojo las piernas y me acurruco aunque sin la menor esperanza de dormir. Lo único que me calma ahora es repetir en silencio la frase que él susurró antes de abrir la puerta, como si al hacerlo pudiera convencerme de que aún tengo el control.

«No puede volver a pasar».

Pero la verdad es que ya ha pasado otra vez. Ha ocurrido dentro de mí y ahora sí estoy jodida, porque no quiero olvidar aquella noche. Lo único que quiero es repetirla.

Capítulo 9
Nolan

Nunca me ha costado mantener la distancia con los demás o con cualquier cosa que pudiera poner en riesgo el equilibrio de mi vida, aunque a veces ese equilibrio haya sido más una coartada que una necesidad real. Hasta ahora.

Estoy en la segunda planta de la biblioteca del campus, junto a la cristalera que da al jardín interior, fingiendo que reviso un puñado de propuestas para los talleres optativos, pero la verdad es que no he leído ni una sola palabra en los últimos cinco minutos. Porque mis ojos están donde no deberían estar. Freya Quinn está sentada en una de las mesas redondas. Habla con uno de sus compañeros, un chico alto, moreno y con una sonrisa tan perfecta que parece hecha por algoritmos de TikTok. No veo ni rastro de incomodidad entre ellos. Ambos se ríen y ella tiene una mano apoyada en la mejilla. El otro le pasa un libro, se inclina para señalarle algo en la página, y ella asiente con una expresión de complicidad, que me pone los nervios a flor de piel.

No es nada, me digo. Solo están charlando y comparten apuntes. Es lo que hacen los alumnos normales y debería darme igual. Pero no me da igual. Porque él la mira como si quisiera descubrirle cada centímetro de piel y ella no aparta la vista. Ni siquiera parece incómoda con la forma en que él se le acerca, porque para ella ese chico debe de ser simplemente eso: un compañero atractivo con se puede reír, sin que nada se complique y con el que se puede permitir bajar la guardia. Mientras que yo… soy el profesor que la empotró contra una pared y ahora finge que no pasó nada.

Resoplo sonoramente, tamborileo los dedos sobre la mesa y tenso la mandíbula. Paso una hoja sin mirar lo que contiene y me

obligo a mantener la respiración bajo control. Freya no es mía, ni puedo pretender que lo sea. Pero si ese desgraciado la toca…

Aparto la mirada solo un segundo. El suficiente para recuperar el control, aunque sé que es mentira. No hay control cuando mi cuerpo reacciona solo, cuando la tensión se acumula en mi estómago como si algo se me estuviera escapando y no tuviera derecho a impedirlo. Me doy la vuelta, camino hacia la escalera con paso firme y bajo al piso inferior, fingiendo que tengo algún motivo académico para cruzarme con ellos. No digo nada. Solo paso junto a su mesa como si no los hubiera visto. Pero en realidad lo veo todo.

Freya levanta la mirada y nuestros ojos se cruzan. Su sonrisa se congela por un segundo y el gesto se vuelve más medido, más controlado, como si en ese instante recordara dónde estamos, quién soy y qué estamos evitando. El otro sigue hablando ajeno a todo, ni siquiera nota cómo la atención de Freya ya no está con él.

Yo no me detengo y camino hasta la sala de archivo, donde al llegar, finjo que busco un documento inexistente. Apoyo las manos sobre la madera del archivador y cierro los ojos durante dos segundos.

«Esto no va a acabar bien». Me repito esa frase como un mantra inútil mientras intento convencerme de que solo necesito distancia, perspectiva y tiempo para olvidarme de lo que ocurrió y de cómo se le tensó la espalda mientras se corría entre mis brazos. Pero luego la imagino riendo con ese imbécil o con cualquier otro que no sea yo y lo único que siento es una punzada que me atraviesa el estómago. Una punzada que se parece demasiado a los celos.

El aula está en semipenumbra cuando entro. Algunos estudiantes ya están sentados, otros se incorporan sin prisa, como si el máster no fuera más que un trámite más en sus vidas de postureo literario.

Freya está sentada en su sitio habitual, a dos filas del estrado, con las piernas cruzadas y la atención fija en la pantalla de su portátil abierto sobre el pupitre. Lleva un jersey claro, ceñido, de esos que no enseñan nada, pero insinúan. Juega con un mechón de pelo mientras lee y ese gesto mecánico, distraído, pero íntimo, casi

me distrae a mí también. Me acerco a ella sin decir nada, rodeo la mesa y dejo un documento justo frente a ella.

—Esto es para ti.

Lo digo en voz baja, sin énfasis y sin mirarla directamente, pero noto el leve temblor de sus pestañas cuando alza la mirada. Ella frunce el ceño con curiosidad y luego baja la vista al papel. Es un encargo de análisis avanzado sobre simbolismo contemporáneo en estructuras narrativas híbridas. Es un trabajo complejo, técnico y diseñado con precisión para justificar una tutoría personal con ella. Ningún otro alumno tiene algo parecido y nadie lo sabrá, ni lo cuestionará. Pero ella sí.

Extiende la mano y, cuando la punta de sus dedos roza los míos al recoger el folio, una descarga recorre mi espalda. Su piel es suave, cálida, y esa fracción de segundo basta para que todo lo que había conseguido enterrar vuelva a subir a la superficie con la virulencia de un recuerdo que no acepta ser ignorado.

—¿También tengo que entregarlo antes que nadie? —pregunta con una media sonrisa y sin apartar los ojos del papel.

—Solo si quieres sobresalir por encima de tus compañeros—le respondo sin pensarlo, con un tono demasiado seco para mi gusto.

Ella alza una ceja y me fijo en que el mechón de pelo se le ha caído por encima del hombro y enmarca su clavícula como una provocación sin intención.

—Pensaba que ya destacaba —me suelta alzando una ceja.

Me quedo un segundo callado, porque no sé si su respuesta es una afirmación ingenua o un dardo con puntería precisa y eso es lo que más me jode.

—Eso no es necesariamente bueno —murmuro antes de girarme y volver a la tarima. Durante la clase, evito mirarla y las palabras me fluyen sin problema, porque sé lo que hago. Porque tengo años de experiencia fingiendo que todo lo que ocurre dentro de mí no se refleja fuera. Sin embargo, hoy me cuesta más, porque cada vez que hago una pausa, me asalta la imagen de sus labios entreabiertos, de su risa con ese otro imbécil y de sus piernas cómo lo estaban en aquella cama cuando la sujeté por las muñecas y me rogó que no parase.

Doy por terminada la sesión con una frase genérica y un vistazo al reloj. Los alumnos empiezan a recoger, pero Freya se demora. Cierra el portátil con parsimonia, mete el documento en la mochila y se levanta sin prisas. Pero cuando pasa a mi lado, se detiene apenas un segundo, el suficiente para dejarme su voz clavada en la nuca.

—No se preocupe, profesor. Este trabajo lo haré con especial esmero.

No le respondo ni la miro. Solo me limito a contener el aliento y me maldigo, porque sé que de nuevo he vuelto a buscar una excusa para verla a solas otra vez.

Cierro la puerta del aula cuando el último alumno se marcha y el chasquido seco de la cerradura me deja solo con el sonido sordo de mis propios pensamientos, que no me dan tregua desde que ella ha vuelto a mi vida.

Repito su nombre en la cabeza y me siento ridículo. Porque me suena a tentación con nombre y apellido. Resoplo con la certeza de que esta noche seré incapaz de preparar la próxima clase, porque los documentos que tengo que revisar no están en las hojas que guardo en mi carpeta, sino en la imagen que no consigo borrar de mi retina: su cuerpo inclinándose para guardar el portátil, el vaivén natural de sus caderas, el escote insinuándose cuando se agacha sin intención de provocar, y aun así me provoca hasta hacerme enloquecer de deseo.

Vuelvo al despacho con pasos más largos de lo habitual. La chaqueta me sobra y me la quito en cuanto cierro la puerta detrás de mí. El ventanal me devuelve la imagen de la ciudad, con sus luces encendidas y ese aire de grandeza indiferente. Me apoyo en el alféizar con las manos abiertas, como si pudiera descargar en el cristal la tensión que me recorre desde los hombros hasta la mandíbula.

No debería haberle dado ese encargo de trabajo Lo sé, pero me puede más el deseo de tener una excusa para verla de nuevo a solas, observarla de cerca, hacerle preguntas que no tienen nada que ver con literatura, retarla con frases ambiguas y esperar que me

responda con esa lengua afilada que es puro veneno... y puro morbo.

Me aprieto el puente de la nariz con dos dedos y lanzo un suspiro, largo y profundo. Estoy cruzando líneas, que antes consideraba insalvables, y ni siquiera me importa.

A pesar de que no quiero reconocerlo, en cuanto la vi sonreírle a ese idiota en la biblioteca y vi que él la miraba, con esa hambre mal disimulada de quien aún no la ha tenido, pero quiere tenerla… algo en mí se rompió por dentro. No sé si fue la compostura, el orgullo o ese mínimo sentido ético que aún me quedaba. Fuese lo que fuese, se rompió en mil pedazos.

No es mía ni lo será y sé que no tengo ningún derecho, pero sol pensar en que otro la toque, que otro se acerque a su cuello con los labios, que otro escuche sus gemidos al oído... me dan ganas de estampar la cabeza contra esta puta cristalera hasta que se me pase.

Cojo el móvil y lo miro. Lo dejo, pero lo vuelvo a coger y busco su expediente en la base de datos de la universidad. Ya lo he hecho antes. Me sé de memoria su edad, que nació en Nashville, que vive en Brooklyn, cerca del parque, en un piso compartido. Información que he recopilado con una mezcla de culpa y necesidad, porque necesito saber cosas de ella para justificarme y decirme que solo quiero asegurarme de que no se convierta en un problema. Pero lo que quiero, si soy honesto conmigo mismo, es trazar su rutina e imaginar su vida más allá de estas paredes.

Vuelvo a mirar por la ventana y lanzo un hondo suspiro, otro. Mañana vendrá a este despacho a hablar del trabajo. Ambos fingiremos que es una tutoría y que no hemos compartido una cama y unos gemidos que todavía se me clavan en la espalda como si me los hubiera tatuado. Fingiremos también que soy solo su profesor y que no la he tenido entre mis brazos, temblando, con la lengua perdida en mi boca y las uñas arañándome los omóplatos.

Pero el cuerpo no finge. El cuerpo recuerda y el mío está empezando a hablar por mí.

Me siento en el sofá sin ganas de encender ninguna luz. Solo quiero quedarme un rato a oscuras, con la ciudad al fondo y esta

tensión en el pecho que no desaparece desde que ella entró en mi vida y sin darme la opción de decidir nada.

Mañana tengo que mantener la compostura, me repito, y también tendré que recordarle que esto no puede pasar. Aunque ahora mismo, la única parte de mí que manda… desea justamente lo contrario.

Capitulo 10
Freya

Me quedo mirando la hoja que tengo delante, como si me hubiese caído una bomba sobre la mesa. En la esquina superior, el membrete oficial del máster y en el centro, el título del trabajo que Nolan Prescott ha decidido asignarme: *Narrativas del trauma y la identidad femenina contemporánea. Análisis comparado entre ficción autobiográfica y autoficción*. Nada que ver con los temas que ha repartido al resto del grupo. Lo sé porque he visto el de Frank, un compañero con el que tengo muy buena relación, y tiene que ver con el humor en la narrativa milennial. Otro, sobre metáforas de las redes sociales en la literatura pospandémica. El mío, en cambio, parece una prueba de fuego para ver si salto al vacío o me quemo por el camino.

Levanto la mirada hacia él sin que me tiemble el pulso. Está al fondo del aula, recogiendo unas carpetas con esa calma que me crispa por dentro. No sé si es rabia o tensión sexual acumulada. En cuanto noto que Frank se inclina hacia mí desde el asiento de al lado, intento respirar más despacio.

—Tu tema parece bastante jodido —me dice en voz baja, apuntando con la barbilla al papel que tengo frente a mí.

—No parece. Lo es —susurro tomando el papel entre los dedos.

—Si quieres, podemos mirarlo juntos. He leído varios manuales sobre narrativa autobiográfica, y conozco a una exalumna que hizo algo parecido el año pasado.

Antes de que pueda contestarle, una sombra se acerca a nosotros. Reconocería ese andar en cualquier sitio. Las pisadas firmes y la forma de meter las manos en los bolsillos me dicen que es Nolan Prescott quién se planta a nuestro lado y mira a Frank, y no con amabilidad precisamente.

—Este trabajo es absolutamente individual —espeta con una voz tan templada que parece aún más intimidante—. Cada estudiante debe resolver su propuesta sin colaboración externa. Señorita Quinn, si necesita aclaraciones, ya conoce mi horario de atención académica.

La forma en la que dice *señorita Quinn* me remueve por dentro. Porque hay una pausa imperceptible entre ambas palabras y al pronunciarlo sus ojos se deslizan por mi cuello, como si recordaran cómo temblaba mi piel bajo su boca.

Frank se encoge un poco en su asiento. Nolan gira sobre sus talones sin añadir nada más y se dirige hacia la puerta. A medio camino, se detiene.

—Le recuerdo que mañana estaré disponible a las nueve. Sería buen momento para resolver cualquiera de sus dudas —añade, sin volver la cabeza, antes de regresar al estrado.

Siento que el corazón me late en sitios que no deberían latir. Me paso una mano por la nuca, como si eso pudiera enfriar lo que llevo dentro. Frank me da con el codo y me mira con las cejas alzadas.

—¿Siempre es tan… territorial?

—Debe ser su estilo —respondo sin más, doblando el papel y guardándolo en la carpeta.

Territorial no. Nolan es dominante e insoportablemente consciente de su propio poder, de su voz y de la forma en la que invade espacios sin pedir permiso.

Recojo mis cosas y me despido de Frank con un gesto breve. Camino por los pasillos marcando un ritmo con los tacones que me recuerda que tengo que mantener la cabeza alta, aunque por dentro me arda la piel solo de recordar cómo me ha mirado. Porque lo ha hecho. Me ha mirado justo después de dejar claro que soy yo la que tiene que ir a él si quiero respuestas. Y voy a hacerlo, pero no porque necesite aclaraciones. Voy a ir porque quiero que me vuelva a mirar así.

Cuando llego a casa, dejo caer mi bolso en el suelo del recibidor. Candy está en el sofá, con una manta sobre las piernas, el portátil

encendido y una coca-cola en la mano.

—¿Cómo ha ido el día, compañera de tragedias académicas?

—Con Nolan, siempre es un festival —murmuro al pasar frente al sofá.

Ella me lanza una mirada curiosa por encima de la pantalla.

—¿Ha vuelto a mirarte como si quisiera devorarte entera o ya se ha dignado a tratarte como a una alumna normal?

—No me ha devorado. Pero casi le salta a la yugular a Frank cuando se ha ofrecido a ayudarme con el trabajo que nos ha puesto —respondo, dejando que la cabeza se me hunda en el cojín del respaldo al sentarme a su lado—. Le ha dicho que es un trabajo individual y que si tengo dudas, ya sé dónde está su despacho.

Candy suelta una carcajada y cierra el portátil de golpe.

—Prescott va a tener que pasar por terapia si sigue reprimiendo tanto lo que le pasa contigo. Porque a mí no me engaña. Ese tío está deseando estar contigo a solas de nuevo, y no precisamente para hablar del trabajo de fin de máster.

—No digas tonterías.

—No me mires así. Por lo que me has contado ese tío está loco por ti.

—Tú estás loca —respondo, sin mucha convicción, porque lo que dice tiene sentido, quizás demasiado.

—Todo indica que está en un punto de ebullición. ¿Sabes qué creo? Que se está haciendo el fuerte, pero no le va a poder soportarlo mucho...

—¿Y tú qué sabes?

—Sé reconocer a un hombre que ya ha probado lo que quiere repetir.

Me levanto del sofá antes de que Candy note algo más de lo que debería y me encierro en el baño con la excusa de darme una ducha. Abro el grifo, dejo que el vapor empiece a trepar por los azulejos y me desnudo con lentitud, como si cada prenda que cae al suelo pesara más de la cuenta y me meto bajo el agua con el cuerpo tenso, rígido y con la sensación incómoda de llevar a Nolan incrustado en la piel.

El agua me recorre entera, pero no consigue arrastrar lo que me quema por dentro. Cierro los ojos y lo veo frente a Frank, con esa seguridad insoportable en la voz, como si lo que dijo estuviera pensado para mí y no para el resto. Recuerdo cuando esta mañaname rozó la mano al darme aquel maldito papel que escondía mucho más que un encargo académico. No fue un accidente, sé que lo hizo adrede y yo lo sentí y lo sigo sintiendo, como una descarga que aún me eriza la piel.

Salgo de la ducha con el pelo pegado a la espalda y la respiración entrecortada. Me ajusto el albornoz sin llegar a atarlo del todo, lo dejo abierto hasta la cintura, y me quedo quieta delante del espejo. El cristal empañado me devuelve un reflejo difuso de mis pechos y del agua que todavía resbala por el canal entre ellos, y de mis labios hinchados y húmedos y, de repente, ahí está, otra vez, el recuerdo: Nolan arrodillado entre mis piernas, mirándome como si no tuviera intención de levantar la cabeza jamás.

Pero esta vez no cedo y no dejo que el recuerdo me arrastre hasta el mismo precipicio al que caí la última vez. Me muerdo el labio inferior, respiro hondo y aprieto el cinturón del albornoz como si así pudiera contener todo lo que me desborda.

Camino hasta mi habitación con las piernas aún temblorosas, me dejo caer en mi cama y me cubro entera con el edredón, como si el peso de la tela pudiera protegerme de mí misma. Me giro hacia la pared y cierro los ojos, pero no consigo borrar su voz de mi cabeza, ni la forma en que me estudió los labios esta tarde.

No me masturbo, aunque cada fibra de mi cuerpo me lo pida a gritos. Y esa renuncia es lo que más me descoloca, porque no me calma, al contrario. Me deja con el pulso acelerado, la garganta seca y una necesidad que me atraviesa entera.

—Estoy jodida… —susurro en la oscuridad, con la certeza de que es verdad, porque no quiero olvidarlo y mucho menos quiero evitarlo. Lo que quiero, lo que de verdad me consume, es repetirlo.

Capítulo 11
Nolan

No la espero a esa hora, ni en ese rincón casi desierto de la biblioteca donde intento disimular mi ansiedad académica bajo un montón de documentos, que ni siquiera estoy procesando. Pero aparece que otra vez el destino tiene la necesidad de recordarme que no tengo el control de nada: ni de mis horarios, ni de mi cuerpo y, evidentemente, tampoco de ella.

La veo avanzar entre las mesas caminando con tranquilidad, aparentemente ajena a las miradas y, sin embargo, cargada de un magnetismo que se lo traga todo. Lleva unos vaqueros oscuros que le marcan las caderas de una forma deliciosa y un jersey, que se le ciñe al cuerpo, subrayando la curva de su pecho y su estrecha cintura, pero sin exagerar. No hay provocación explícita en sus gestos, pero sí una seguridad contenida que hace que mi mandíbula se tense incluso antes de que se acerque hasta donde estoy.

Lleva una carpeta en la mano. Una de esas carpetas anodinas que cualquiera pasaría por alto si no supiera lo que puede llegar a contener. Se detiene justo frente a mi mesa y no sonríe, ni vacila, ni tampoco juega o, al menos, no todavía.

—Aquí tienes la primera parte de mi trabajo —dice, con una voz limpia, directa y sin adornos—. Sigo avanzando con el resto.

Antes de que mi cerebro sea capaz de procesar una respuesta mínimamente coherente, ya ha dado media vuelta y se aleja con la misma calma con la que ha llegado. Como si no supiera lo que provoca cuando mantiene la mirada alta, firme, y deja atrás el rastro de su perfume flotando en el aire.

Abro la carpeta en cuanto desaparece detrás de una estantería. No pretendo disimular que la curiosidad que siento es más fuerte que mi pudor. Al revisar la carpeta, su contenido despierta mi admiración, porque es excelente. Pero no en el sentido

estándar que se espera de una estudiante brillante. En un primer vistazo, veo que lo que me ha entregado es jodidamente bueno. No solo porque esté bien escrito, sino porque tiene algo suyo en cada línea. Se nota cómo mira el mundo y cómo lo entiende. Y aunque no quiera admitirlo, esperaba que me dejara sin palabras y lo ha hecho. Me ha dejado tocado con un puto documento.

Alzo la mirada y la encuentro mirándome con esa forma suya de retar y sonreír al mismo tiempo que se me clava en el estómago.

—¿Seguro que este trabajo no es un castigo? —me pregunta, con suavidad pero con firmeza, como si me estuviera retando a reconocer algo que ambos sabemos.

La miro sin apartar la mirada y sin fingir que no me afecta. Me la bebo con los ojos y entonces lo digo, sin pensarlo y sin filtro.

—¿Y si lo fuera?

No sé qué parte de mí lo ha dicho. Tal vez la que ya no distingue entre el deber y el deseo, o la que lleva días recordando su sabor cada vez que me llevo un café a los labios. El caso es que está demasiado cerca y su perfume me invade como una corriente eléctrica.

Ella no parpadea, ni se sonroja, ni da un paso atrás. Inclina un poco la cabeza, se pasa la lengua por el labio inferior con una lentitud imperceptible y entonces me dice solo tres palabras que me atraviesan el pecho como un disparo.

—Entonces, castígame bien.

La tensión me golpea con fuerza en la entrepierna, como si mi cuerpo decidiera ignorar todas las órdenes de contención que le he repetido desde que esto empezó. Me abrocho la chaqueta del traje con los dedos algo torpes, en un intento absurdo de ocultar lo evidente, pero ya es tarde. Porque el daño está hecho y no hay forma de disfrazar la erección que me provoca su frase, ni el deseo animal que me revienta por dentro cada vez que ella decide jugar a este juego prohibido.

Me doy la vuelta sin decir nada. No porque no tenga respuesta, sino porque, si me quedo un segundo más, la empujo contra la estantería y no respondo de lo que pueda hacer con la boca, con las manos y con el cuerpo entero.

Mientras me alejo, lo único que escucho es el eco de mis pasos apagándose entre los pasillos. Y detrás, en algún rincón que ya no sé cómo apagar, la certeza cruel de lo que acaba de ocurrir.

Está jugando y yo ya no sé si esto va de ganar… o de perder el control. Pero sé que, como siga así, voy a acabar quemándome.

Salgo de la biblioteca con el dossier todavía en la mano. Cada paso que doy me recuerda que la acabo de tener a centímetros de mí y que su perfume sigue pegado a la memoria de mi nariz. Mi respiración está contenida, pero la tensión que siento dentro de mí no se disipa.

La imagen de ella inclinándose sobre la carpeta, mordiéndose ligeramente el labio, se repite en mi cabeza en un bucle infinito. Ese gesto, inocente para cualquiera, para mí es un disparo directo al centro de mi autocontrol. Cada vez que recuerdo sus ojos al mirarme mientras hablábamos, siento la presión en mi entrepierna y tengo que ajustarme la chaqueta para no delatar lo que realmente me provoca.

Pongo un pie tras otro hasta llegar al aula de la siguiente sesión. Ella ya ha entrado y está sentada en su lugar habitual con la espalda recta y la mirada firme. No me atrevo a acercarme, pero la observo como puedo mientras los demás se acomodan, fingiendo concentración en las notas y los apuntes. Todo para disimular que la tensión entre nosotros es casi palpable, como un hilo que podría romperse con cualquier roce accidental.

Cuando termina de acomodarse, me acerco a su mesa con el documento que me ha dado antes. Lo pongo frente a ella, rozando su mano al colocar la carpeta. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. No quiero admitirlo, pero la electricidad entre nuestras pieles me vuelve vulnerable. Sus dedos apenas rozan los míos y ya noto cómo el aire cambia, cómo se intensifica el calor de su presencia.

—Este trabajo… asegúrate de que todo esté bien estructurado —le digo en voz baja, intentando mantener la neutralidad académica, aunque es imposible. Cada palabra me delata y cada pausa que hago, me deja en evidencia.

Ella levanta los ojos y nos encontramos en un instante que parece detenerse. Sus pupilas se dilatan y una sonrisa cínica cruza

su rostro.

—¿Esto es una forma de medirme? —pregunta, con una calma que no puede ser casual.

Me quedo callado un segundo y después me acerco un poco más, lo justo para que su perfume vuelva a colarse en mi sistema.

—Digamos que quiero ver hasta dónde puedes llegar.

No se inmuta, ni se echa atrás. Solo ladea la cabeza, se humedece los labios y me clava una respuesta tan afilada como su lengua:

—Entonces no mires hacia otro lado cuando lo haga.

Ese golpe no me lo esperaba y me deja sin aire. Me giro sin decir nada más, porque si me quedo un segundo a su lado, me olvidare de todo: del aula, de los alumnos, que, por suerte, están distraídos y parece que no nos escuchan, y del papel que se supone que debo representar. Ahora mismo, la empujaría contra la pared más cercana, con las ganas que llevo acumuladas desde que se cruzó de nuevo en mi vida.

Mientras camino de vuelta a mi sitio, con el pulso descontrolado y la mandíbula tensa, lo único que tengo claro es que ella está jugando y que yo ya no tengo ni idea de cómo se gana esta partida.

Cuando termina la clase, salgo al pasillo sin mirar a nadie y me apoyo contra la pared con los ojos cerrados, como si eso pudiera ayudarme a recomponerme. Respiro hondo, pero no sirve de nada. La tensión no se disuelve, ni baja, solo se asienta más hondo, como una presión constante en el pecho y una quemazón que me recorre el abdomen, incapaz de apagarse desde que ella ha vuelto a estar cerca de mí. No necesito tocarla para que mi cuerpo lo recuerde todo.

Camino hacia mi despacho intentando poner orden en mis pensamientos, aunque no lo consigo. Entro, cierro la puerta y me dejo caer en la silla sin energía. Apoyo los codos sobre el escritorio, entrelazo los dedos frente a la boca, y durante unos segundos no hago nada, solo respiro despacio o lo intento, porque ni siquiera eso

me sale bien. El control que siempre he creído tener ahora se me escapa como si nunca hubiese sido mío.

Abro la carpeta que me entregó en la biblioteca y repaso el trabajo. Línea a línea. Lo que ha escrito es impecable, preciso, elegante e inteligente. Y, sin embargo, lo que más me desconcierta no es su nivel académico, sino todo lo que hay de ella entre esas líneas. Su mirada crítica, su instinto afilado, su forma de leer entre capas de significado como si lo llevara haciendo toda la vida. Su voz está ahí, puedo oírla, y no es una voz suave, sino una que me araña la piel desde dentro.

Toco el borde del papel con la yema de los dedos. Un gesto estúpido y casi patético, pero no puedo evitarlo. Todavía siento su calor en las manos y el roce de sus dedos sobre los míos cuando me entregó el dossier. No fue un contacto accidental, lo sé y ella también lo sabe. Sin embargo, ahora lo llevo clavado, como si esa caricia mínima fuera suficiente para desestabilizarme, porque lo es.

El reloj sobre la estantería avanza, pero yo ni lo miro. Me quedo ahí, con los ojos fijos en unos papeles que ya no leo, atrapado en esa imagen suya inclinándose hacia mí, mordiéndose el labio sin pudor, como si supiera exactamente en qué rincón de mi cuerpo estaba disparando.

Intento obligarme a reaccionar. A ordenar los papeles, a mirar la puerta ya volver a pensar en el mundo real, pero no lo hago. Porque en mi cabeza solo hay un pensamiento: ella no solo me ha provocado, sino que me ha retado. Y el problema es que yo he entrado en ese juego sin saber cuándo, ni cómo, ni con qué reglas jugamos.

Recuerdo su sonrisa torcida y la forma en que sostuvo la mirada sin parpadear. Cómo jugó con las palabras sin pronunciar ni una sola que pudiera delatarla. No necesitó hacerlo. Bastó con estar ahí, demasiado cerca, para que mi autocontrol hiciera aguas por todas partes. El deseo me ha atado las manos, me ha hecho perder el juicio, y ni siquiera he intentado defenderme.

La oigo todavía en mi cabeza. Sus palabras de aquella noche, sus gemidos, su respiración sobre mi boca mientras se deshacía encima de mí. Todo está ahí vivo y palpitante, y por más que me

repita que tengo que mantener la distancia, hay una parte de mí que ya se ha rendido sin condiciones.

Ella está jugando. Pero no quiere ganar, sino arrastrarme. Y yo, por mucho que me repita que puedo resistirme, sé que ya estoy demasiado dentro para fingir que puedo salir ileso.

No me pertenece. No puedo tocarla. No debería ni pensar en ella. Sin embargo, todo mi cuerpo me grita lo contrario.

Capítulo 12
Freya

Abro la puerta del apartamento con la sensación de que la fatiga me recorre desde los pies hasta la nuca. Candy está sentada frente al televisor, concentrada en *El juego del calamar*, con un bol gigante de palomitas sobre las piernas. Al ver que llego, pausa el capítulo y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Siéntate, tortuga —dice con una sonrisa traviesa, señalando el asiento a su lado.

Me quito los zapatos y suelto un suspiro de alivio, dejo el bolso junto al sofá y me desplomo sobre el asiento, sintiendo cómo el cuerpo se relaja un instante aunque la cabeza siga funcionando a mil. Candy cruza las piernas y se recuesta con la naturalidad que tiene desde que éramos niñas, dejando que la pantalla ilumine su rostro y me lanza la primera pregunta de esta tarde con tono sarcástico:

—A ver, cuéntame, ¿qué ha hecho el profesor sexy para dejarte la cabeza a punto de estallar?

Suspiro, sin poder evitar que una sonrisa nerviosa se dibuje en mis labios.

—Me ha citado mañana para resolver las dudas de un trabajo muy complicado que tengo que hacer.

Candy arquea una ceja, mordisqueándose la comisura de los labios y cruzando los brazos con aire de conspiradora.

—Ah, claro. Y ahora vas a quedarte quietecita mientras él marca territorio como si el mundo entero girara a su alrededor.

—No es eso… —intento explicarme, pero me interrumpe con un gesto teatral.

—Sí que lo es. Vamos, tía. Podrías tomar el control de la situación y provocarle un poquito y recordarle quién manda.

—No me atrevo —confieso bajando la mirada y sintiendo cómo la sangre me sube a las mejillas.

Candy se inclina hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y la voz cargada de picardía.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, es el primero que quiere que nadie sepa lo que ocurrió entre vosotros, ¿no?

Me quedo pensativa, mordiéndome el labio, mientras Candy se levanta del sofá.

—Tengo hambre, voy a hacer algo de cena.

—Pues yo tengo el estómago cerrado… Me parece que me voy a la cama.

—¿Vas a resistirte a mis dotes culinarios? —bromea, porque ambas sabemos que cocinar no es lo suyo.

—Esta noche sí, chef.

—¡Cobarde! —responde con una risa traviesa caminando hacia la cocina.

Mientras escucho el ruido lejano de cacerolas y cucharas entrechocando, me escabullo por el pasillo y me encierro en mi habitación con la necesidad urgente de quitarme la ropa del día y todo lo que arrastra consigo. Cierro la puerta, enciendo la luz más tenue de la habitación y me acerco al armario sin prisa. Busco una camiseta amplia y unos pantalones de pijama suaves que me devuelvan cierta sensación de calma. Me cambio despacio, sintiendo cada tejido contra la piel como si mi cuerpo todavía no hubiese terminado de procesar la cercanía de Nolan, ni su voz, ni su mirada, ni su maldita forma de estar incluso cuando no dice nada.

Me tumbo sobre el edredón, con el teléfono en la mano y la mente lejos de cualquier punto de equilibrio. Sin saber muy bien por qué, abro el navegador y tecleo su nombre. En menos de un segundo, tengo frente a mí un montón de resultados: entrevistas, fotografías, perfiles académicos, reseñas, premios... Artículos que hablan de él como un autor consagrado y una mente brillante, porque lo es. Su prestigio no es una exageración, ni nada efímero, porque tiene una carrera literaria de años. Lo más sorprendente es que yo haya llegado al máster sin saber quién era. Tal vez, si lo hubiese buscado antes, habría reconocido su cara y habría sabido

quién era aquella noche… y ahora todo esto no me parecería tan salvajemente imprevisible.

Compro su última novela con el pulgar tembloroso y espero a que el archivo se descargue en la aplicación de lectura de mi teléfono con una impaciencia que no logro disimular ni conmigo misma. No sé si quiero leerlo como alumna o como mujer que sigue llevando en la piel la huella de su boca. Finalmente, empiezo a leer, y a los pocos párrafos ya sé que no hay vuelta atrás. Su escritura me atrapa, porque posee algo que no se enseña. Tiene voz, piel, una pulsión que me atraviesa y una cadencia medida, que me resulta tan familiar como su respiración sobre mi cuello.

Cada frase es una puerta que se abre a algo más, a él, a lo que calla y a lo que revela sin pretenderlo. Hay algo en la forma en que construye las escenas que me hace pensar en sus manos y en la precisión con la que me tocó, como si supiera exactamente dónde apretar, dónde ceder y dónde hacerme arder. Cada línea se me cuela bajo la piel con la misma facilidad con la que su cuerpo reclamó el mío aquella noche.

Paso las páginas sin apenas parpadear, mientras el calor se instala de nuevo entre mis piernas, como si las palabras fueran dedos que me recorren por dentro. Siento y recuerdo con una nitidez que me abruma su boca descendiendo por mi vientre, sus dedos sujetándome las caderas mientras murmuraba mi nombre entre jadeos y órdenes a media voz.

El dormitorio está casi a oscuras, iluminado solo por la pantalla que resplandece entre mis manos. Siento el pulso acelerado y la respiración más pesada, pero me da igual, porque no quiero dejar de leer, ni de revivirlo. No sé si estoy conociendo su mente o si solo me estoy rindiendo, otra vez, a la memoria de su cuerpo.

Me muerdo el labio y paso otra página. Aunque ya no solo leo, ahora también veo y siento el olor de su piel, el sonido de su voz grave, el peso de su cuerpo sobre el mío y ese momento en el que pensé que no podría volver a respirar sin él.

Cada palabra escrita parece una extensión de su deseo, como si toda su narrativa no fuera más que una forma distinta de decir que me quiere desnuda, rendida y atenta solo a sus manos.

Cierro los ojos, un segundo, con la cabeza sobre la almohada e imagino que está en el umbral, observándome, que se acerca, me susurra sin hablar y vuelve a hundirse en mí. El cuerpo se me tensa, pero no por miedo, sino por la certeza de que lo quiero otra vez aquí y ahora.

Cuando salgo de la aplicación de lectura y dejo el móvil en la mesita de noche, tengo las mejillas encendidas, el pecho subiendo y bajando a destiempo y la boca entreabierta como si siguiera esperando su beso. Sé que esta noche no dormiré, porque esta vez no solo me invade el recuerdo de lo que pasó, sino lo que está pasando ahora dentro de mí con cada página, con cada palabra y con cada imagen que me arranca el sueño y me obliga a aceptar lo que ya no puedo fingir que no deseo.

Me tumbo de lado y abrazo la almohada como si pudiera sostenerme en algo que no sea él. La habitación sigue envuelta en sombras, con los últimos destellos de luz azulada apagándose en la pantalla del teléfono que he dejado boca abajo sobre la mesita. Pese al ruido que Candy sigue haciendo en la cocina, mi dormitorio está en silencio. Trato de relajarme, pero la evidencia de que algo ha cambiado entre él y yo me oprime el pecho.

Me paso una mano por el brazo, luego por el muslo, con un movimiento casi automático, buscando en mi propia piel el rastro invisible de sus dedos, como si pudiera reconstruir su contacto solo con recordarlo. Y lo recuerdo de manera clara y real. También me acuerdo de su voz al nombrarme, de la presión de sus manos guiando mi cuerpo y del modo en que me desnudó sin prisa, pero con un ansia que no necesitaba palabras. Me sentí expuesta, sí, pero también deseada de una forma que no había sentido antes, como si, por primera vez, alguien no quisiera poseerme, sino memorizarme.

Cierro los ojos, y las imágenes se superponen con una nitidez cruel. Su cuerpo sobre el mío, su boca descendiendo por mi vientre y el ritmo lento al principio y luego más urgente de sus acometidas. Cada parte de mí lo recuerda y cada una de mis fibras lo invocan.

Sé que no debería, porque esto no puede continuar. Pero el cuerpo no entiende de límites, solo responde y el mío lo hace con

una necesidad que no cede, que se enrosca en el vientre y sube por la espalda como una ola tibia, constante y que no puedo ignorar.

Lo imagino junto a mi cama de pie, mirándome y sin moverse. Me observa sin tocarme, pero en mi mente ya está encima y dentro de mí y solo con eso, ya no hay vuelta atrás. Mis dedos bajan despacio, empujados más por la memoria que por la intención. No busco consuelo, porque sé que no lo hay. Me toco como si lo hiciera él, siguiendo el ritmo que aún siento grabado bajo la piel. No es solo placer, es un anhelo sin nombre, una forma de no olvidarlo y de retenerlo en mí un poco más.

Cuando el clímax me alcanza, lo hace sin estridencias ni gritos. Emito un gemido contenido, un temblor que me arquea la espalda y me deja con la respiración rota, los muslos tensos, y el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr una maratón, aunque no me he movido del sitio.

Después, el silencio me envuelve, pero no me trae paz sino una conciencia más aguda de lo que me está pasando. Sé que no podré dormir, no porque esté agitada, aunque lo estoy, sino porque hay algo dentro de mí que se ha despertado y no acepta excusas. Él ha marcado un antes y un después. Me ha mostrado lo que es el deseo cuando no se trata de jugar, sino de rendirse sin dejar de ser una misma, y ahora todo lo demás me parece tibio, irrelevante y prescindible.

Susurro su nombre, como si el mero hecho de decirlo me acercara a él sin delatarme. Pero ya estoy delatada desde que lo miré aquella primera noche sin saber quién era, permití que me tocara y dejé de querer protegerme.

Sé que estoy jodida, porque lo deseo más de lo que puedo controlar y, aunque intente negarlo, cada parte de mí lo busca, por mucho que me repita que no debería… pero solo ansío sentirlo otra vez.

Capítulo 13
Nolan

No debería estar haciendo esto. Tengo delante una pila de informes que exigen mi atención inmediata, una reunión con la inversora del máster en menos de cuarenta y ocho horas y una novela a medio escribir que cada vez me resulta más ajena. Pero aquí estoy sentado frente al escritorio, con el portátil abierto y la pantalla proyectando una luz blanca sobre la madera oscura, buscando a Freya Quinn en la base de datos académica, como si su nombre me ofreciera respuestas que no he tenido el valor de pedirle.

Tecleo con lentitud deliberada solo su nombre. Ni el segundo apellido ni filtros, solo «Freya» nada más. Pese a eso, cuando aparece su ficha, siento una presión incómoda bajo el esternón. Una parte de mí espera encontrar una falta, una incoherencia, algo que me permita volver al papel que debería estar desempeñando. Pero no, lo que aparece en pantalla me desmonta. Solo veo notas excelentes, comentarios elogiosos de otros profesores, participación activa, iniciativa y un nivel de lectura por encima del habitual, incluso para los alumnos del máster.

Paso de una pestaña a otra como si necesitara confirmar algo que ya es evidente. Freya no está en este máster por casualidad ni mucho menos por capricho. Está porque se lo ha ganado, con más esfuerzo que muchos, y con una capacidad de análisis que rara vez he visto a su edad. Cierro los ojos un instante. La imagen que tengo de ella con el pelo alborotado, la espalda arqueada y las manos agarradas a mis hombros se superpone de forma grotesca con los logros académicos que aparecen en la ficha digital. Siento que estoy violando una frontera invisible, pero no hago nada por retroceder.

La realidad es esta: Freya me atrae intelectual y físicamente de forma visceral. Y eso es un problema, porque no puedo permitirme que nada de lo que sentimos o, al menos, lo que yo

siento, contamine su carrera. Me levanto de la silla y me sirvo un whisky sin hielo. Un trago corto. No necesito perder la cabeza con el alcohol, ya la tengo bastante desordenada.

Vuelvo a la mesa con el vaso entre los dedos. El *loft* está en completo silencio. Brooklyn a esta hora parece otro mundo menos ruidoso y feroz. Apoyo la cadera en el borde del escritorio y repaso de nuevo los datos. Un pensamiento incómodo me recorre cuando veo su fecha de nacimiento: tiene diez años menos que yo. Diez años que, en algunos contextos, podrían ser anecdóticos, pero no en este. Al menos, no en esta ciudad, ni en este máster, ni siendo yo quien soy para ella.

Me detengo en seco. Hago clic en una pestaña que me lleva a las redes sociales y la busco. Sé que es una línea que no debería cruzar, pero ya he cruzado tantas que empiezo a perder la cuenta. Tecleo su nombre y la encuentro enseguida. Tiene una cuenta con algunos álbumes abiertos. Fotografías de este verano en la playa, en conciertos y en lo que parece una fiesta de fin de curso. Aparece con otras chicas y con un chico que no reconozco. En una de las imágenes lleva un bikini rojo, el cabello alborotado y una gran sonrisa. Hay arena en sus rodillas y el sol le marca la piel con una calidez que parece ajena a todo lo que conozco. Al verla, entiendo que pertenece a otro lugar. Uno donde la espontaneidad no se castiga y donde el deseo no acarrea consecuencias.

Aprieto el vaso con más fuerza de la necesaria y me termino el whisky de un trago. Dejo el cristal vacío sobre la mesa, sin preocuparme del ruido que hace al chocar contra la superficie.

Ahora mismo, me odio un poco. No por desearla, eso sería una hipocresía inútil. Me odio porque sé que no tengo derecho y porque tengo claro que para ella esa noche en el hotel fue solo una excepción, un juego sin nombre que debía quedarse ahí, entre sábanas de algodón caro y una habitación sin pasado.

Pero no ha quedado ahí. Al menos, yo no he podido dejarlo ahí.

Me echo hacia atrás en la silla y me llevo una mano al cuello de la camisa y lo desabrocho con torpeza. La idea de su cuerpo, la imagen de su boca entreabierta y los gemidos ahogados que me

dejó grabados en la nuca… se mezcla con las fotos abiertas en la pantalla. No están hechas para excitar, pero lo hacen. Porque es ella y verla fuera del contexto académico, sin estructuras, sin defensas y sin miedo, me desarma de una forma que no puedo explicar.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, respiro hondo y cierro los ojos un momento, hasta que se me pase, pero no se me pasa. El cuerpo me arde con esa mezcla estúpida de deseo y vergüenza que detesto reconocer, y aun así sigo mirando la pantalla como si el siguiente clic me fuera a ofrecer una excusa válida para seguir. La imagen no es provocativa en sí, al menos no de forma explícita, pero hay algo en su expresión y en su naturalidad tan ajena a todo lo que yo entiendo, que me hace perder el equilibrio por dentro. Aparece tumbada sobre una toalla, con el cabello mojado, restos de arena en las rodillas y una sonrisa ladeada que no busca seducir a nadie, y precisamente por eso me resulta tan jodidamente irresistible.

Cierro el portátil con fuerza, sin saber si intento castigarme o contener algo que ya no tiene vuelta atrás. Me levanto con la mandíbula apretada, cruzo el *loft* hasta la habitación y dejo el vaso vacío sobre la cómoda, consciente de que cualquier cosa que haga ahora no va a calmar lo que se me ha desatado por dentro. No es solo físico lo que siento, es ella y el recuerdo de cómo me miró cuando se mordía el labio, y el tono exacto con el que me dijo que le gustaba y de cómo arqueó la espalda para que le penetrara más profundo.

La oscuridad del dormitorio me envuelve en cuanto apago la luz del pasillo. No necesito ver, porque su imagen está en mi cabeza. Me siento al borde de la cama y me llevo la mano a mi erección, que late al ritmo acelerado de mi corazón. No busco alivio, sino algo parecido a una forma de castigarme por haber perdido el control.

Me bajo los pantalones con torpeza, me dejo caer de espaldas y cierro los ojos. En mi cabeza la tengo frente a mí, de rodillas, con esa mirada de desafío que me excita hasta la locura. La imagino tocándose mientras me observa, sin una palabra, solo respirando hondo y sin dejar de mirarme a los ojos. Empiezo a mover la mano con lentitud, recorriéndome con la misma precisión con la que la

recorrí a ella, recordando el calor de su piel, la humedad de su sexo y la fuerza con la que se aferró a mi cuerpo justo antes de correrse.

Siento cómo cada vez estoy más duro y cómo mi cuerpo se pone en alerta, no por miedo ni por culpa, sino por la intensidad con la que vuelve a mí todo lo que intenté dejar en aquella habitación de hotel. El ritmo se vuelve más rápido, más sucio, más instintivo, y no necesito fantasías decoradas ni pornografía barata. Solo necesito recordar su voz y aquella frase exacta que me dijo: «No pares. Quiero sentirlo todo». Y eso es lo que me revienta por dentro.

Me corro con violencia y sin aviso, arrancándome un jadeo contenido entre dientes mientras todo el cuerpo se me contrae. Me doblo hacia un lado, con la respiración acelerada y el pulso disparado, como si acabara de correr diez kilómetros sin parar. Tardo un instante en regresar al presente, donde no hay placer, ni alivio, solo una sacudida momentánea que no ha resuelto nada, sino que ha profundizado la distancia entre lo que siento y lo que debería sentir.

Cojo un pañuelo del cajón, me limpio sin pensar y me tumbo con el brazo sobre los ojos, intentando que la oscuridad me trague entero. Pero no lo hace. Lo que me inunda ahora es esa mezcla de asco y lucidez que llega cuando te das cuenta de que lo que te excita también te rompe. Porque no se trata solo de Freya, ni de su cuerpo, ni siquiera de su edad, sino de lo que despierta en mí, algo que me pone en evidencia.

Ella tiene diez años menos y una vida entera por delante. Está construyendo su futuro, con una brillantez que no he querido admitir hasta que la he leído en cifras frías, objetivas y con matrícula de honor incluida. No necesita complicaciones, ni a alguien como yo revolviéndole las estructuras con una intensidad que no le corresponde. Sin embargo, aquí sigo tumbado en la cama, con el sexo todavía palpitando y el corazón hecho un nudo, incapaz de apartarla de mi mente.

No quiero reconocer que esta obsesión ha dejado de ser solo física, pero lo es. La idea de verla mañana en clase, de escucharla intervenir con esa seguridad que le nace de forma natural y de verla tomar apuntes mientras juega con el mechón de pelo que siempre

se le escapa detrás de la oreja… me desarma más que cualquier imagen suya medio desnuda.

Me jode saber que para ella esa noche puede haber sido solo eso: una noche más sin consecuencias. Algo que ya ha archivado en su memoria como un error sin importancia. Pero yo no he sido capaz de hacer lo mismo. Me ha quedado grabada en la piel, en las manos y en la forma en que ahora me masturbo, incluso cuando no quiero hacerlo.

Querría cerrar los ojos y dormir, pero no hay descanso cuando el cuerpo está saciado y el alma sigue en guerra.

Sigo tumbado, con el pecho alterado y el nudo en la garganta, recordando algo que no debería haber sentido nunca, y eso es lo que más me aterra, que en medio de todo esto, lo que siento ya no sea solo deseo, sino que, quizás, muy a mi pesar… empiece a ser algo más.

Amanece sin aviso. No hay descanso reparador ni tregua nocturna que me haya devuelto algo parecido al equilibrio. Solo me despierta la claridad que se cuela por el ventanal y el sabor metálico de haber dormido con la boca seca y el pecho encogido. Me doy la vuelta en la cama sin abrir los ojos del todo, con ese dolor sordo en la base del cráneo que no viene del cuerpo, sino de lo que arrastro por dentro.

No recuerdo si he soñado con ella o si, simplemente, no he dejado de pensar en ella ni dormido. Me quedé tumbado anoche hasta bien entrada la madrugada, con el cuerpo aún sensible por lo que hice y la mente revuelta en un bucle que no se cerraba. La lucidez no me dio el consuelo que esperaba, al contrario, me dejó desnudo, vulnerable y sin excusas.

Me incorporo con desgana, me paso las manos por la cara y me obligo a salir de la cama como si cumplir con la rutina sirviera de algo. Como si ducharse y vestirse y prepararme un café pudieran tener el poder de anestesiar todo lo que me ha estallado dentro.

El agua cae sobre mis hombros con una fuerza casi terapéutica, pero ni siquiera el chorro helado consigue disipar del todo la tensión que tengo alojada entre las escápulas. Después de la

ducha, recorro el apartamento en silencio, sin prisa pero sin pausa, como si no quisiera dar margen a los pensamientos que llevan horas acechando. Me preparo un café solo y amargo, y lo bebo de pie en la cocina, mirando el teléfono como si esperara algún mensaje que me salve de la mañana. Pero no tengo nada, claro. Nadie que me saque del agujero en el que me he metido solo.

El portátil está abierto sobre la mesa del salón, aún con el documento de planificación de la clase siguiente. Me siento frente a él con gesto serio y leo las notas de los próximos ejercicios del taller, pero no consigo concentrarme. Cada línea que repaso me recuerda su voz. Cada ejemplo de escritura creativa me lleva a la forma en la que ella analiza los textos, cómo los deconstruye con esa mezcla de lucidez académica y visceralidad personal, que la convierte en la más brillante de la clase sin siquiera proponérselo.

Cierro los ojos un instante e imagino el aula, los pupitres, las miradas cómplices que se cruzan entre compañeros y el modo en que ella entra siempre tres minutos tarde, con los labios aún mojados de café y los auriculares colgando del cuello. Hay algo en su presencia que altera el aire, aunque no abra la boca.

Me obligo a escribir en la hoja de preparación: «Tema: Desnudez emocional y metáfora corporal». En teoría, la próxima sesión girará en torno a cómo se construye la intimidad en la ficción sin caer en la obviedad. Ironías del destino, porque es el mismo tema que me está triturando por dentro desde hace días.

Bebo el último sorbo del café, ya frío, y me paso la mano por la nuca con ese gesto automático de quien intenta pensar con claridad, aunque sepa que no hay pensamiento posible cuando la pulsión ha dejado de ser física para convertirse en emocional. Me molesta no tener el control y me enerva la sensación de que ella ha logrado colarse en un espacio que hasta ahora era solo mío, en mi casa, en mi cama y en mi cabeza.

¿Vendrá hoy? ¿Se sentará donde siempre? ¿Me mirará como si nada? ¿O será de esas que entienden enseguida que hay errores que no conviene repetir?

Quiero creer que para ella fue solo sexo, algo sin importancia. Pero si lo creyera de verdad, no estaría repasando mentalmente

cada gesto suyo como si pudiera encontrar una pista que me contradiga. Porque hubo algo, joder, claro que lo hubo. No solo en su cuerpo, sino en sus silencios y en su forma de quedarse conmigo más rato del que tenía que quedarse.

Me levanto de golpe, como si el movimiento pudiera borrar lo que pienso y voy hasta el ventanal y abro las cortinas de par en par. La vida sigue ahí fuera, como si nada hubiera cambiado, como si yo no hubiera cruzado una línea que no admite retorno.

Miro el reloj de reojo. Aún tengo margen antes de ir al Instituto, pero dudo que aproveche el tiempo para algo útil. Así que me cambio de ropa, me calzo y me pongo la chaqueta del traje. Necesito salir, caminar, respirar un aire distinto y dejar de pensar en ella como si fuera la protagonista de una historia que estoy escribiendo solo.

Cuando estoy a punto de salir, mi móvil vibra sobre la encimera. Lo cojo con la velocidad de quien espera algo y se maldice por ello, pero no es ella sino una notificación absurda del calendario, que me recuerda que tengo una reunión de claustro en unas horas. Chasqueo la lengua y cierro la pantalla, dejo el móvil boca abajo y, por primera vez, no tengo claro si quiero que llegue cuanto antes la clase que tengo con ella… o si me aterra verla.

Capítulo 14
Freya

Al girar la esquina del pasillo, me detengo en seco, porque Nolan está ahí, solo y de pie junto a la pared, con unos papeles entre las manos y con gesto de concentración absoluta. El aula todavía está ocupada. Se oyen voces dentro, alguna risa, el ruido que algunos alumnos hacen al arrastrar las sillas y una conversación sobre poesía contemporánea. Pero él espera inmóvil y sin mirar a nadie. Aislado del resto, aunque esté en medio del campus.

Lleva el primer botón de la camisa abierto, los zapatos negros impolutos y un reloj que le he visto otras veces, el que no pega con su estilo académico, pero que le hace parecer aún más inaccesible.

Trago saliva con disimulo y mantengo el paso unos segundos más. El suelo de mármol resuena bajo mis pies. Sé que me ha oído antes de verme. Lo noto en su mandíbula, que se tensa un milímetro y en cómo gira un poco la cara y baja los papeles con lentitud. No necesita más para mirarme y yo tampoco necesito más para decidir que hoy no pienso callarme.

—¿Siempre castigas a las alumnas que te miran? —le pregunto al acercarme hasta donde está y le clavo los ojos sin apartarme ni un centímetro.

El pasillo se vacía a nuestro alrededor como si alguien hubiese dado la orden. Los últimos estudiantes salen del aula sin prestarnos atención. Él tarda un segundo en responderme, uno solo, pero lo exprime como si le costara digerir mis palabras.

—¿Siempre miras así a tus profesores?

No sonríe, porque no hay ironía en lo que me dice, solo una pregunta dicha con la voz baja, seca y con ese deje de advertencia que a otro le funcionaría como freno, pero en mí no. En mí tiene el efecto contrario. Doy un paso más y estoy tan cerca de él que puedo ver cómo le vibra el párpado cuando parpadea.

—Solo a los que me follan… y luego intentan simular que no se acuerdan.

No lo susurro porque me falte voz, sino que lo hago, porque no quiero que me escuchen mis compañeros y porque sé exactamente lo que provoca en él. Porque su pecho sube y baja en un ritmo más rápido y porque la línea de su cuello se tensa hacia atrás, como si tuviera que hacer fuerza para no agarrarme del brazo y arrastrarme dentro de la primera sala vacía que encuentre.

Él no me contesta, ni me aparta, aunque tampoco finge desinterés y eso es justo lo que me confirma que tengo el control.

Me doy la vuelta con calma y cruzo por delante de él rozando su hombro con el mío, con el pulso acelerado y las piernas firmes. Siento su mirada clavada en la parte baja de mi espalda como si pudiera dibujar con los ojos el contorno de mi cuerpo, justo donde empiezan las caderas.

No me giro, no necesito hacerlo, porque sé lo que está pensando. Además, si me sigue mirando así… va a tener que dejar de fingir que no quiere repetirlo.

Al llegar al final del pasillo, justo antes de abrir la puerta del aula, me detengo. No porque dude, sino porque quiero saborear el momento. Sé que sigue mirándome, porque lo siento como si me hubiera apoyado la palma en la espalda. Noto ese calor punzante, directo, que te recorre cuando alguien no solo te observa, sino que te desea y lo reprime.

Apoyo la mano en el pomo y me echo el pelo hacia un lado con gesto despreocupado, dejando el cuello al descubierto, en un movimiento estudiado. La puerta cede con un leve crujido y entro sin mirar atrás. El aula ya está casi vacía. Un par de alumnos revisan apuntes en las últimas filas y otros salen sin detenerse. Me siento en uno de los pupitres del centro, con las piernas cruzadas y el cuaderno sobre la mesa. Abro una página nueva, aunque no tengo intención de tomar apuntes.

A los pocos segundos, oigo cómo entra con pasos firmes en el aula como si no hubiera pasado nada y no acabara de confesarle al oído que me acuerdo perfectamente de cómo me folló.

No levanto la mirada, pero noto que se mueve como un animal que se niega a mostrar que está nervioso, aunque lo lleve a flor de piel.

—Hoy vamos a trabajar sobre estructuras narrativas. —Su voz resuena con normalidad—. En especial, la transición entre deseo y conflicto.

Me muerdo el labio, aunque no como una provocación para él, sino por mí. Porque me hierve la sangre solo de imaginar que lo ha dicho sabiendo que me tiene delante y lo que sigue latiendo entre nosotros.

Alzo la mirada un momento y lo veo pasar entre las filas con la carpeta abierta y la mirada dirigida al frente. Pero sé que no está tan calmado, como intenta parecer, porque su respiración está agitada, tiene el cuello rígido y el gesto, por mucho que lo controle, tiene grietas. Grietas que conozco y por las que yo ya me he colado.

A medida que avanza la clase, su voz se convierte en un eco más de fondo. Tomo notas sin pensar, garabateo ideas en los márgenes, pero todo en mí está centrado en lo que acaba de pasar y en cómo se ha mordido la lengua para no contestarme. En cómo ha aguantado sin tocarme y en lo que habría pasado si hubiera decidido contestarme con los labios pegados a mi boca.

No sé si me odia o si se odia a sí mismo por desear a una alumna. Pero lo que sí sé es que, durante esos segundos en los que he tenido el control, me he sentido poderosa, algo que llevaba mucho tiempo sin sentirme y libre. Como si por fin estuviera escribiendo mi historia en vez de actuar en el guion de otra persona.

—Freya —dice, de repente, desde el otro lado del aula—. ¿Tienes algo que decir sobre la dualidad entre narrador y protagonista?

Levanto la cabeza y veo que sus ojos me buscan y me reta. No lo hace de forma casual, porque sabe que he estado en mi mundo y más pendiente de él que de la clase.

—Depende —respondo, cruzándome de piernas sin pudor—. A veces el narrador se contiene. Y otras… el protagonista le obliga a soltarlo todo.

Se produce un segundo de pausa, durante el que no me sonríe ni responde, solo asiente con la cabeza, como si aceptara que la guerra ha comenzado.

Cuando da por finalizada la clase, su voz no suena como siempre. Utiliza la misma entonación precisa, el mismo gesto de cerrar la carpeta y organizar los papeles con aparente calma, pero le falta firmeza. Hay algo contenido que le pesa en la garganta y que disimula mal. Yo no muevo ni un músculo. Me limito a observar, quieta, desde el centro del aula, fingiendo que repaso mis notas, aunque, en realidad, no estoy leyendo nada. Solo espero a que los demás salgan y él crea que me he quedado por casualidad o no… Que piense lo que quiera.

Pasan dos, tres, cinco alumnos por mi lado. Algunos le hacen una pregunta rápida, otros ni se detienen, hasta que, poco a poco, el murmullo se va reduciendo y desaparece por completo. Cuando por fin nos quedamos solos, recojo el cuaderno y lo cierro. Me cuelgo el bolso al hombro, me levanto y camino hacia la salida sin decir una palabra. Paso junto a su mesa tan cerca que podría rozarle el brazo si alargara la mano, pero no lo hago. No le toco ni le miro. Solo camino, dejando que mis tacones resuenen contra el suelo y le dejen claro que no tengo la menor intención de disculparme por lo que ha pasado, ni por lo que le he dicho, ni por cómo se lo he dicho.

Cruzo el umbral del aula con la cabeza alta, el corazón latiéndome justo por debajo del ombligo y la certeza de que acabo de romper algo que llevaba semanas conteniéndose, que él intentaba fingir que no existía y que yo, con una sola frase, he prendido fuego sin pestañear.

En el pasillo, los ecos del edificio suenan amortiguados, como si el campus entero estuviera en pausa. Camino sin detenerme hasta llegar al ascensor, pero justo antes de pulsar el botón, saco el móvil del bolso y simulo mirar la pantalla. No busco nada, solo alargo la escena unos segundos más, porque sé que está detrás de mí observándome. Y, por un instante, deseo que se acerque, que olvide todo, que me empuje contra la pared y deje de fingir que no recuerda cómo fue tenerme debajo de él. Pero no lo hace y está bien, porque ahora soy yo quien manda.

Cuando se abren las puertas del ascensor, entro sin dudar. Me giro y en el reflejo del acero veo su silueta recortada al fondo del pasillo. No se ha movido, pero sus ojos siguen clavados en mí. Como si no pudiera mirar a otra parte, porque no le quedara más remedio que decidir que esta vez, las normas no importan.

Las puertas se cierran con un leve sonido metálico y sonrío. La sonrisa me sube desde el estómago, me enciende las mejillas y me llena el pecho de una sensación que no recordaba desde hacía demasiado tiempo, porque acabo de romper las reglas y no me siento mal, me siento viva.

Capítulo 15
Nolan

El reloj del ordenador marca las diez y veintiséis cuando levanto la vista. No hay ni rastro de los alumnos en el pasillo, ni luces encendidas en el ala este del edificio. Solo el reflejo empañado de las farolas por la lluvia se cuela por la ventana y tiñe la pared de un gris irregular. No es tarde, pero siento el cuerpo lento, cargado. Llevo aquí desde antes de las cinco y no he parado de repasar textos, corregir propuestas y luchar por no pensar en ella. Pero no he ganado.

Apago la pantalla. Cojo el abrigo del perchero y me acerco a la ventana. No llueve con fuerza, pero sí de forma constante. La lluvia me ha gustado desde siempre. Tiene algo de anestesia o de purificante o, al menos, de algo que distrae.

Cuando bajo la mirada, veo a Freya sale de la biblioteca con la mochila colgada del hombro y el pelo recogido en una coleta. Se sujeta el cuello del abrigo con una mano y baja los escalones con el paso apurado. No lleva paraguas. Cojo el mío sin pensarlo y salgo del despacho. Las suelas de mis zapatos resuenan contra el terrazo del pasillo como si fueran disparos. En el rellano, el cristal de la puerta principal está cubierto de gotas y más allá la veo alejarse por el sendero de grava. Camino rápido, pero sin correr hasta que me coloco a su altura justo cuando gira hacia la avenida central del campus.

—No parece buena idea que acabes la noche empapada —le digo mientras abro el paraguas sobre ambos.

Me mira de reojo y veo que su pintalabios ya no existe y el pelo se le ha empezado a soltar, pero sigue siendo la maldita estampa de la tentación que no consigo sacarme de la cabeza. Asiente con un gesto mudo y nos ponemos en marcha.

Avanzamos por el sendero estrecho, uno al lado del otro. El paraguas es amplio, pero no lo suficiente. Mis dedos rozan su hombro y su brazo, mi costado. No hablamos. Por lo visto ella no lo necesita y yo no sé por dónde empezar. Me concentro en los detalles: la lluvia cayendo a plomo sobre el paraguas, el sonido amortiguado de nuestros pasos sobre la grava y la humedad que sube por las perneras de mi pantalón. Pero entonces la noto temblar de forma sutil, casi imperceptible. El cuerpo le tiembla y tengo que hacer un esfuerzo para no girarme del todo.

No debería mirarla, ni pensar en lo que está pensando, pero lo hago. Lleva una americana de paño entreabierta y miro la blusa empapada que se le pega al torso. Las caderas al moverse bajo la falda y los pezones erguidos marcando la tela y la boca entreabierta. Joder, esa boca.

Siento el pulso en las sienes y un zumbido me crece en el pecho. Me cuesta respirar con normalidad y no besarla contra el primer muro que encuentre, pero no lo hago.

Ella se detiene sin avisar justo antes de llegar al soportal de piedra. Me giro y la miro. Sigue sin hablar y yo también, hasta que lo hago:

—Podrías pedir que te asignen otro tutor.

Ella da un paso hacia mí con los labios entreabiertos y la mirada fija.

—Podrías pedirme que me olvide de aquella noche. Pero ya no recuerdas lo que me dijiste entonces... ¿no era algo como que no me escondiera?

Me atraganto con mi propia saliva. No tengo tiempo de reaccionar. Me coge por la camisa y me besa. Su lengua roza la mía y el cuerpo se me dispara. La agarro de la cintura, la pego contra la pared del soportal. Su espalda choca con la piedra húmeda. Nuestras bocas se convierten en un nudo y el aliento nos arde. El deseo estalla.

La tengo entre mis manos de forma literal. Su muslo sube por instinto cuando mi mano se cuela bajo su falda. La siento temblar y gemir apenas con la boca abierta entre beso y beso. No hay espacio para pensar, solo cuerpo y carne. Mis dedos alcanzan la línea de sus

braguitas. Está empapada y el pulso se me acelera. Aparto la tela con un gesto seco y deslizo un dedo entre sus pliegues. Su humedad me inunda los sentidos y ella vuelve a gemir, pero ahora en mi boca. Nuestras lenguas se enredan y se agarra a mis hombros como si le faltara suelo. Estoy al borde y ella también. Me frota la cadera con la suya y siente mi erección contra su pelvis. Le muerdo el labio y ella jadea. El mundo ha desaparecido hasta que escucho pasos y voces. Dos alumnos doblan la esquina corriendo y riendo bajo la lluvia.

Nos detenemos como si el tiempo se congelara. La escondo tras mi cuerpo y contengo el aliento hasta que pasan y se alejan. A pesar de que yo ya estoy fuera de control, me separo.

—Esto está mal.

Ella me sostiene la mirada, con los labios hinchados y el pecho agitado. No dice nada y yo tampoco, pero doy un paso atrás y luego otro. Me alejo y ella se queda ahí, bajo el soportal, con la falda a medio subir, las bragas torcidas y los labios hinchados. Empapada y excitada, mientras yo tengo la sensación de haberme roto aún más.

Capítulo 16
Freya

No sé cuánto tiempo llevo mojada. Puede que desde que me besó contra la pared o puede que desde antes. Qué más da.

El ascensor se me queda pequeño, las luces del campus, lejanas, y el calor húmedo de la ropa pegada a la piel empieza a resultarme insoportable. Cada paso por el pasillo hasta mi cuarto es una declaración de derrota. Candy no está, cosa que agradezco, porque esta noche no estoy de humor para disimular nada.

Cierro la puerta con llave, me quito los zapatos, dejo la americana chorreando sobre el respaldo de la silla y empiezo a desnudarme sin pensar demasiado. La blusa va al suelo y la falda, también. Me quedo en ropa interior empapada. Las braguitas se me adhieren como una segunda piel, frías y calientes a la vez, y siento ese peso estúpido entre las piernas, una hinchazón que no es solo física. Me tumbo en la cama sin molestarme en encender la luz del techo. Solo la lámpara de la mesilla. Luz suave es lo que necesito eso ahora mismo.

Me llevo los dedos a los labios. Los noto hinchados, humedecidos y con sabor a algo que no es solo él, es también rabia, deseo y ese momento exacto en el que me apoyó contra la pared y me sujetó la cara como si fuera suya. Me besó con hambre, con furia contenida, como si llevara semanas reprimiéndose, porque quizá lo ha hecho e igual que yo, también se está volviendo loco.

Noto la garganta seca, la piel tirante y los pezones endurecidos. No solo por el frío, sino porque me siento más viva que en semanas. Y al mismo tiempo, rota. Como si el deseo fuera una grieta que se me ha abierto en medio del pecho y no sé cómo cerrarla.

Me pongo el pijama, me tapo con la manta y me dejo caer de lado con las piernas recogidas y el cuerpo en tensión. Intento

dormir, pero el recuerdo de su cuerpo tan cerca, de su erección dura contra mi pelvis y de su dedo buscándome entre las piernas, no me deja. Me incorporo y cojo el portátil del escritorio. Me siento con las piernas cruzadas en la cama y abro un documento nuevo. Empiezo a escribir una escena que no pretende engañar a nadie, ni siquiera a mí. Las palabras salen solas. Escribo como si me estuviera confesando. Como si en vez de narrar una historia, me estuviera arrancando algo del pecho.

«Él es una cicatriz. Y yo quiero hurgar en ella».

Escribo eso sin pensar. Lo releo y me doy cuenta de que es verdad. No lo quiero olvidar, ni pretendo que sea un error de una noche. Quiero volver, repetir y entender por qué no puedo quitármelo de la cabeza.

Cierro el portátil y lo dejo sobre la mesilla. Me tapo de nuevo con la manta. Esta vez sí lloro, pero no a gritos, ni siquiera lo hago con lágrimas que empapan la almohada. Lloro en silencio, con los labios apretados, como si no supiera por qué lo hago. Porque la verdad es que no lo sé, porque no me siento usada ni sucia. Solo me siento atrapada, como si hubiera metido los dedos en un enchufe y ahora no pudiera apagarme.

Me abrazo las piernas con fuerza y susurro algo, sin saber si lo digo de verdad o solo lo pienso.

«No puedo tenerlo. Pero tampoco puedo fingir que no lo deseo».

He perdido la noción del tiempo. No sé si han pasado minutos u horas desde que me tumbé aquí por primera vez. El ruido de la lluvia contra el cristal va menguando poco a poco y, aunque no debería importarme, me molesta que no sea Nolan quien esté mojado y empapado junto a mí.

Quiero dejar de pensar en lo que pasó bajo ese soportal. Me obligo a cambiar de postura, a respirar más despacio y a convencerme de que todo ha sido una fantasía estúpida… pero mi cuerpo no coopera y mi cabeza tampoco. Cada detalle vuelve a mi cabeza con una nitidez insoportable: la presión de sus labios, la forma en que me agarró por la cintura y cómo se me doblaron las

piernas cuando me tocó por primera vez. No fue un impulso cualquiera, ni solo fue deseo. Fue como si algo se hubiera roto por dentro o quizá se encendiera.

Me acaricio el vientre con la yema de los dedos. No busco provocar nada sino calmar mi ansiedad. Tocar para recordar que sigo aquí y que tengo un cuerpo que tiembla cuando él me mira, aunque luego se aleje. Cierro los ojos y lo imagino sentado en su despacho con el gesto serio, los labios apretados y la tensión en la mandíbula. No es solo lo que me atrae sino lo que me desarma.

No se trata de una atracción cualquiera. Me abrazo las piernas con fuerza y me tapo con el edredón hasta la nariz. Y cuando creo que por fin me voy a dormir, una lágrima traicionera me recorre la mejilla. Me la seco con rabia, pero no consigo detener las demás.

No sé si lloro por él o por mí. Solo sé que estoy cansada de huir, de fingir que puedo con todo y de creer que solo era sexo, porque no lo era.

No me siento usada ni estúpida., sino enganchada a su voz, a sus contradicciones y a la forma en que me besó como si el mundo se acabara. Y lo peor es que no puedo tenerlo, pero tampoco puedo fingir que no lo quiero.

Me despierto en mitad de la noche con la boca seca y las sábanas enredadas entre las piernas. Mi pijama sigue húmedo en algunas zonas, aunque ya no hace frío o quizá no lo noto porque el calor me viene de dentro. Tengo el pulso acelerado y la sensación de haber estado soñando con él, aunque no recuerdo nada. Solo me queda esa inquietud en el estómago, como si algo hubiera pasado mientras dormía y ahora no supiera volver a meterlo en su caja, para guardarlo y olvidarlo.

Miro el reloj. Son las tres y cuarto. Me giro de nuevo hacia el lado vacío de la cama. No hay nadie, pero siento el hueco caliente. Imagino que está ahí, que me observa en silencio y respira a la vez que yo. No me asusta. Me tranquiliza. Me hace sentir menos sola y absurda por desear a alguien que no debería desear.

¿Qué coño me pasa con Nolan?

Me obligo a levantarme. Voy al baño, me enjuago la cara y me miro al espejo. Tengo los ojos hinchados, la piel apagada y el pelo revuelto. Me parezco más a la niña que era que a la mujer que intento ser. Me sujeto el pelo en un moño. Abro el cajón de las bragas, cojo unas secas y me cambio sin pensar. La humedad entre las piernas me incomoda. Aún siento el cuerpo sensible. No debería seguir notando su dedo, pero lo noto.

Abro el portátil de nuevo y repaso lo que he escrito antes. No quiero terminar la noche así, porque no quiero que la última palabra de hoy sea llanto. Quiero escribir algo que me devuelva el control y me recuerde que sigo siendo yo.

Tecleo despacio, como si tuviera que traducir lo que siento antes de dejarlo escrito. «Me besó como si se estuviera despidiendo». Me detengo, borro la frase y la reescribo. «Me besó como si solo tuviera una oportunidad y quisiera gastarla entera». Me gusta más, aunque no sea del todo cierto. Porque me besó como si no supiera si quería hacerlo y luchara contra algo más grande que el deseo.

Sigo escribiendo sin parar. No una historia, sino un desahogo. Una confesión encubierta o una carta sin remitente ni destinatario. Sé que no podré enseñárselo nunca. Pero ahora mismo, mientras lo escribo, es como si lo tuviera delante y pudiera decirle todo lo que me callé cuando se alejó después de besarme. No le pido promesas, solo que no me suelte otra vez. No quiero seguridad, solo que me mire como lo hizo bajo la lluvia. Que me vuelva a decir con los ojos lo que no se atreve a pronunciar, porque esa mirada fue más honesta que cualquier palabra. Y joder, qué adicción más rara esta, que no me dé lo que quiero, pero que tampoco me deje ir del todo.

Cierro el documento sin releerlo y me tumbo de nuevo. Esta vez me abrazo la almohada e imagino que es su cuerpo, que me rodea por la espalda y me dice al oído que no soy una idiota por sentir esto, ni una cría por querer algo más. Si no me lo dice nunca, al menos que lo siga sintiendo como yo lo siento ahora mismo, aunque no nos sirva de nada y no tenga futuro.

Mi cuerpo se va relajando, pero mi cabeza no. Sigo tumbada boca arriba, con los muslos calientes bajo el edredón y el pelo húmedo enredado en la nuca. Me arde la piel donde él me tocó, no con la mano, sino con la mirada. A veces eso quema más.

Me giro hacia la pared y me acerco la almohada al pecho y la abrazo como si me sirviera de escudo. Me gustaría poder arrancarme la imagen de sus labios contra los míos, y su lengua empujando la mía con una mezcla de furia y ternura que me desarmó por completo. Pero no quiero olvidarlo, prefiero revivirlo hasta que deje de dolerme.

Es absurdo todo esto, porque él no está aquí. Solo tengo este maldito recuerdo clavado como una astilla entre las piernas. Me froto los muslos despacio, con la palma abierta. Cierro los ojos y me dejo llevar por la imagen de su cuerpo sobre el mío, de su mano subiéndome la falda y de su voz diciéndome que estaba mal, aunque ya lo tenía todo dentro de su mirada. Él sabía que no iba a detenerse y yo tampoco quería que lo hiciera.

Me muerdo la muñeca para ahogar el gemido. El pecho me sube y me baja con violencia. No es solo placer sino también esa sensación de estar cayendo, sin red y sin saber si voy a sobrevivir cuando toque el suelo. Lo odio, pero también lo necesito.

Me encojo sobre mí misma y siento las lágrimas agolpadas bajo los párpados, pero esta vez no salen. Se quedan ahí, como un nudo que no baja ni sube, atascado en medio de todo lo que no puedo decir.

Abro de nuevo el portátil. Vuelvo a leer la frase: «Él es una cicatriz. Y yo quiero hurgar en ella».

Quiero arrancarme esa frase. Ya es parte de mí como él, como su risa contenida, sus manos grandes y su forma de controlarlo todo excepto lo que le pasa cuando me mira.

La pantalla parpadea un segundo antes de volverse negra. El portátil se apaga solo. Lo dejo en la mesilla sin protestar. Me rindo no solo al cansancio sino a lo que ya sé.

No puedo tenerlo, pero tampoco puedo engañarme después de esta noche y de haber sentido su deseo contra mi vientre y no haber querido escapar.

Apago la lámpara y me arropo entera. Me obligo a quedarme quieta. No por calma, sino por necesidad, porque si me muevo, sé que volveré a buscarlo en la oscuridad y esta vez no está. Aunque, joder… ojalá lo estuviera.

Capítulo 17
Nolan

No debería sorprenderme que Teresa Cornell me aborde en la sala de profesores. Lo hace con una elegancia seca y precisa, como si llevara ensayando el momento desde que llegó a sus oídos el primer rumor. Viste de gris oscuro, sin un solo accesorio que desvíe la atención de sus palabras, porque lo que importa siempre es lo que dice y cómo lo dice.

—He visto cómo miras a una alumna de la que eres tutor —lanza sin sentarse siquiera.

Dejo el texto encuadernado, que tengo entre las manos, sobre la mesa. Es un manuscrito al que no he prestado atención en los últimos veinte minutos, aunque he intentado fingir lo contrario. Miro a Teresa, mientras trato de decidir si negar lo obvio o esperar a que termine. Finalmente, opto por lo segundo.

—No me lo niegues, Prescott. No soy estúpida. Soy mujer y también he sido joven. El problema no es lo que sientes, sino lo que parece desde fuera y eso es un problema.

Se escuchan murmullos de fondo y el ruido de las suelas mojadas sobre el linóleo. Todo lo demás desaparece. Solo queda su voz y mi mandíbula tensa.

—¿Lo sabes ya o tengo que decírtelo? Hay rumores. Incipientes, sí. Pero la palabra «relación impropia» no tarda en abrirse camino cuando hay miradas como las vuestras.

—No hay ninguna relación —contesto al fin.

—Eso no es lo que se comenta entre los alumnos.

La frase me golpea como un puño bien dirigido a mi estómago. Porque no es una acusación, sino un aviso y de los que no se repiten. Me apoyo ligeramente en la mesa, con las manos sobre la tapa del manuscrito que ya no voy a corregir.

—La editorial con la que trabajas te acaba de renovar los derechos de tu próxima novela —continúa—. Lo sabes mejor que yo y también sabes que esa renovación tiene condiciones.

La miro. No digo nada, pero sé a qué se refiere.

—Tu imagen pública —añade—. No van a tolerar un escándalo y yo no voy a permitir que esto te arruine. Pero no podré ayudarte si no pones distancia —termina clavando su mirada en la mía—. Suficiente distancia —me aclara con contundencia.

La observo durante un segundo más. No porque no haya entendido el mensaje, sino porque no sé qué decirle sin mentir. Asiento con la cabeza, lo justo y necesario. Ella se marcha sin más, dejando tras de sí un eco que no se disipa ni cuando salgo también de la sala, con la carpeta bajo el brazo y la garganta en carne viva.

La sala de reuniones del departamento tiene las paredes acristaladas, pero eso no impide que el aire se espese a cada minuto que pasa. Teresa Cornell, impecable con su americana color gris, revisa unos documentos impresos mientras dos miembros del comité del máster, un hombre al que apenas ubico y una mujer joven que no levanta la vista de su *tablet*, fingen normalidad. Yo mantengo las manos entrelazadas sobre la mesa, porque no quiero parecer que estoy a la defensiva, ni demasiado relajado. Me repito que no tengo nada que ocultar, pero tengo la sensación de que esta reunión no es rutinaria y que Teresa la ha convocado por los rumores que esta mañana me ha comentado que le han llegado.

—Gracias por venir con tan poca antelación, Nolan —dice Teresa sin mirarme directamente—. No te robaremos mucho tiempo.

Asiento en silencio, porque prefiero que sean ellos los que hablen primero. Quiero saber hasta dónde están dispuestos a llegar antes de pronunciar una sola palabra.

—Como sabes, el comité ha puesto en marcha una auditoría interna de los programas de posgrado. Es algo que entra dentro de los controles periódicos de calidad, pero esta vez se va a aplicar de forma excepcional en el máster de Escritura.

«Excepcional». Esa es la palabra clave, porque en todos los años que llevo aquí nunca había visto una auditoría que implicara a

tutores y alumnos. La mujer de la *tablet* murmura algo sobre protocolos, seguimiento y entrevistas individuales. Después, Teresa prosigue sin alterar el tono:

—Queremos garantizar que se cumplen los estándares de conducta profesional, sobre todo en las relaciones entre profesorado y alumnado. Nos interesa mantener la transparencia y que cualquier posible conflicto de intereses quede registrado y se gestione adecuadamente.

Es decir: están esperando a que confiese y me traicione con una frase mal medida. Pero no lo haré.

—Por supuesto —respondo con la voz tan neutra que ni yo mismo me reconozco—. Colaboraré en todo lo que sea necesario.

La mujer de la *tablet* anota algo. Teresa entrelaza las manos y me mira por fin. El gesto se le ha suavizado, aunque tengo muy claro lo que hay detrás.

—No es nada personal, Nolan. Pero hay ojos puestos sobre este programa y no podemos permitirnos un escándalo. Por tu bien, el de la Universidad y, por supuesto, por el del alumnado.

La reunión dura exactamente catorce minutos más, durante la cual no me invitan a sentarme otra vez en el comité de selección. Evidentemente, no hacen falta amenazas abiertas, porque me queda claro el mensaje sin ellas.

Cuando salgo al pasillo, noto que la camisa se me ha pegado a la espalda por el sudor como si fuera culpable, pero no lo soy, al menos, aún no.

Camino hacia mi despacho y cuando entro, cierro la puerta del despacho con más fuerza de la que debería. La madera cruje como si protestara, pero al menos me aísla del resto. Apoyo la espalda contra ella y dejo que el peso de mi cuerpo caiga por un instante sobre ella. No me importa si se me arruga la americana. Estoy solo, por fin, y eso es lo más importante.

Me acerco al escritorio, con el nudo de la corbata aún apretado, y enciendo el ordenador. Cierro la puerta de mi despacho con un golpe seco. No quiero escuchar cómo se quedan las risas al otro lado del pasillo ni ver el reflejo de mis compañeros en el cristal ahumado. Me basta con oír el chasquido del pestillo y saber que

tengo, al menos durante unos minutos, algo parecido a una tregua o un lugar más privado en el que relajarme.

Me apoyo contra la puerta. Siento la tensión en la base del cuello, la rigidez en los hombros y esa presión invisible que me está estrangulando desde dentro desde que la toqué y la sentí gemir bajo mi boca. Me quito la chaqueta y la corbata, necesito respirar. Sé que debería sentarme y concentrarme en el informe de lectura que tengo sobre la mesa o en las tutorías que empiezan en veinte minutos. Pero no puedo. Enciendo la pantalla y abro una carpeta que no debería existir. Está oculta en un subdirectorio sin nombre, bajo varias capas de archivos. Pero yo sé dar con ella fácilmente, porque tengo muy claro dónde está. La he abierto demasiadas veces.

Cuando la abro, aparece Freya en una fotografía, que no parece ser reciente, pero me da igual, porque es ella. La encontré una noche tonta mientras buscaba referencias para un personaje. Era pública. No tuve que hackear nada. Solo hice clic hasta que apareció esta imagen en la que lleva un vestido negro y aparece riéndose. Tiene el pelo suelto, la cabeza inclinada hacia atrás y los labios entreabiertos. Parece feliz, mucho.

No sé qué coño hago con esta imagen guardada en el ordenador del despacho. No sé si me doy más asco por tenerla o por mirarla tantas veces. Me quedo observándola durante más de lo que debería, como si pudiera encontrar en sus ojos una respuesta que me absuelva. Pero no hay absolución, solo ganas.

Me paso las manos por la cara y el vello de la barba raspa los dedos. La piel me arde, porque está hambrienta de ella.

«No puedo ser el hombre que la arrastre a esto. No puedo mirarla como la miro en clase. No puedo pensar en cómo gemía mi nombre aquella noche. No puedo follármela con los ojos mientras ella finge que está concentrada en sus relatos. Pero lo hago cada día y cada vez me cuesta más disimularlo».

Cierro los ojos. No quiero ver el ordenador, ni el reloj, ni los libros en la estantería, ni las paredes de este despacho que de repente se me queda demasiado pequeño. Siento que algo me está desbordando y no es solo deseo, sino algo más hondo, oscuro y real. Entonces suena la notificación, miro la pantalla de mi ordenador y

veo la notificación de que he recibido un correo. Lo abro sin pensarlo y veo que es Judith, mi secretaria. Breve y concisa, como siempre:

Judith Brown:
Profesor Prescott, le espera su alumna, la señorita Freya Quinn, para la tutoría programada a las 13:00. ¿Puede recibirla?

Me quedo inmóvil, porque mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. La tensión me sube por el cuello como una punzada. El cuerpo entero se me congela. Me quedo quieto. Inmóvil. Las palabras arden sobre la pantalla como si fueran dinamita. Me entra un sudor frío por la nuca y siento que el pecho se me cierra. Vuelvo a mirar el monitor como si aún estuviera su imagen proyectada. Lanzo un suspiro y tecleo con los dedos entumecidos:

Profesor N. Prescott:
Sí. Estoy en el despacho. Dígale que puede pasar.

Me levanto. Camino por la alfombra hasta la estantería y apoyo una mano sobre el lomo de un libro que no he leído desde hace años. Siento como el corazón bombea desbocado en mi pecho como si me hubiera echado a correr. Me ajusto la chaqueta, aunque no hace frío y me obligo a respirar hondo. No hay manera de parecer tranquilo, aunque tampoco quiero estarlo… o sí. Lo único que tengo claro ahora mismo es que, en cuanto ella cruce esa puerta, ya no habrá vuelta atrás.

Me quedo de pie. No me siento capaz de recibirla desde el otro lado de la mesa. Necesito tener el control, o al menos fingir que aún me queda algo. Escucho unos nudillos llamando a la puerta y al instante veo cómo el pomo gira. El sonido es tan leve que podría no haberlo oído, pero lo escucho, lo siento y lo noto en la piel. Freya va a cruzar esa puerta y yo debería haber huido o haberle dicho a Julia que la derivara a otro tutor, que me he equivocado y que no estoy disponible. Pero no lo he hecho. Me he quedado y ahora no tengo escapatoria.

Sé que voy a mirar esos ojos y que toda mi voluntad va a volverse ceniza, porque cada línea que he intentado trazar entre ella y yo va a romperse en silencio.

Mi respiración se acelera, pero por fuera permanezco quieto e imperturbable. Justo en este instante, golpea dos veces con los nudillos.

—¿Puedo pasar?

Mi voz tarda un segundo de más en salir después de aclararme la garganta.

—Adelante.

Capítulo 18
Freya

Cuando empujo la puerta del despacho de Prescott, lo encuentro de pie junto a la estantería con un libro en la mano. No lleva chaqueta ni corbata y la camisa blanca tiene el primer botón desabrochado y las mangas remangadas hasta los codos. Tiene una postura tensa, como si llevara toda la tarde sin moverse. No me mira al principio, tiene la mirada fija en la pantalla del ordenador apagada. Cuando gira la cabeza, nuestras miradas se cruzan y todo estalla, pero sin ruido ni palabras, solo con esa especie de electricidad muda que me recorre desde el estómago hasta las piernas. Le tiembla la comisura de los labios, se le tensa la mandíbula y su cuerpo entero parece pedir permiso para reaccionar, aunque no se lo doy. No digo nada y él tampoco habla. Pero la electricidad que hay entre los dos no necesita traducción. Se me pega a la piel, al cuello, entre los muslos y me consume desde dentro. Estoy cansada de fingir y de actuar como si esto fuera un capricho o una fantasía de niñata confundida. No lo es, nunca lo ha sido y ya no voy a esconderme.

—Estoy cansada de fingir que no me pasa nada cuando te veo —le suelto tras cerrar la puerta tras de mí sin haberle pedido permiso.

El tono serio, directo y sin temblor de mi voz me sorprende incluso a mí. Parece que haya pasado las últimas horas ensayándolo. Él no me responde, solo se limita a mirarme. Al fijarme en su cara veo que el gesto se le ha endurecido, pero su parpadeo lento y la respiración contenida lo traicionan.

—Quiero dejar de esconderme —susurro.

Entonces mueve la cabeza una sola vez como si intentara expulsar de ella una idea a la fuerza.

—Eso puede arruinarte… Y a mí también —me responde con la voz más grave y rota y me da la sensación de que le duele decirlo,

pero igualmente lo dice.

—No es solo una cuestión personal —continúa—. Me juego el contrato con la editorial, la dirección del máster, mi carrera… Todo.

—Tú ya me estás arruinando al evitarme.

Esas palabras le golpean con contundencia. Lo veo. Se le crispa la mano que tiene ahora apoyada en el escritorio. Cierra los ojos. Se queda quieto. Cierra los ojos y respira hondo. Cuando los abre, da un paso hacia mí, aunque no necesito más para saber que ya ha cruzado la línea. Yo no retrocedo ni me muevo. Hay algo distinto en su expresión, quizás menos contención y más deseo y hambre. Da un paso hacia mí, solo uno, pero con eso tengo suficiente para que me tiemble la respiración. Entonces me besa. Su boca se estrella contra la mía con rabia, urgencia y una ternura torpe, que se esconde detrás de su impulso. Sus manos se me clavan en la cintura, me levantan y me sientan sobre la mesa sin preguntar. Cuando me arqueo hacia él, ya no sé si estoy huyendo o rindiéndome, porque este beso no es una reconciliación. Es una caída libre y yo ya no quiero paracaídas.

No nos decimos nada, solo nos observamos. Veo el temblor de sus manos mientras me desabrocha la blusa, botón a botón. Yo le dejo, porque esta vez no pienso frenar lo que llevo reprimiendo desde aquella noche. Me arde la piel cuando sus dedos se posan sobre el encaje del sujetador. Su tacto es suave y dulce, pero también sucio, desesperado y tan humano que me parte en dos. Me arqueo sin control cuando su boca encuentra mi clavícula, y sus manos me bajan con torpeza la falda, tirando de ella hasta dejarla hecha un nudo en mis tobillos.

Se separa un segundo, solo para mirarme. Mientras yo sigo sentada sobre su escritorio, con la blusa abierta, el sujetador movido, las piernas abiertas y la respiración tan agitada que me duele el pecho. Me observa como si no pudiera creerse que estoy frente a él y que sigo sin marcharme. Pero no lo haré, porque, por muy mal que acabe esto, hoy necesito que me destroce con las manos y que me recomponga a besos.

Me quita las bragas con un tirón seco. Ni siquiera finge cuidado. Las tira al suelo como si fueran parte del pasado y antes de

que pueda prepararme, se agacha. Su lengua me golpea como una maldición. Es firme, cálida y precisa. Me sujeta los muslos con las manos, impidiéndome escapar de una caricia que no está pensada para la ternura, sino para borrarme el juicio. Me retuerzo, gimo y le clavo las uñas en los hombros y noto que gime también, con la boca pegada a mí, como si necesitara devorarme para respirar.

Me arqueo sobre la mesa y me agarro a los bordes de la madera con fuerza mientras me rompo de placer con su lengua enredada en mi clítoris y jadeando su nombre sin gritos, pero con ansia. Mientas recupero el resuello, se incorpora, se baja los pantalones, me sujeta por la cintura y me embiste.

El primer empujón me roba el aliento. El segundo me lo devuelve de golpe. Nolan me folla con rotundidad como si no supiera hacerlo de otra manera. Como si todo lo que ha estado reprimiendo estos días se condensara en el vaivén furioso de sus caderas. Me coge del cuello, me tapa la boca con la otra mano y me penetra tan hondo que siento que voy a deshacerme entre sus brazos.

Entre nosotros no hay frases bonitas, ni preguntas, pero tampoco límites. Solo este acto que está más cerca de la desesperación que del deseo. Una forma de rendirnos a lo que no queremos nombrar.

Poco a poco, sus embestidas se vuelven más erráticas. El cuerpo le tiembla y a mí me late el corazón en la garganta. Entonces gime mi nombre contra mi cuello, se empotra una última vez y se corre dentro de mí con un jadeo ronco, brutal y rendido. Se queda pegado a mí con su frente apoyada en mi piel y su pecho subiendo y bajando contra el mío.

No me abraza, ni me besa, pero tampoco se aleja y eso, por hoy, es suficiente.

La oficina ha dejado de parecer un despacho universitario, porque ha pasado a ser una especie de trinchera emocional donde el aire pesa y el tiempo parece haberse detenido justo antes del desastre.

Recojo mis bragas del suelo y siento el tacto suave del encaje húmedo entre los dedos. No hay música, ni frases bonitas, ni piel acariciada con ternura, sino solo este silencio incómodo que se ha

instalado en mitad de este caos, entre ropa revuelta y respiraciones aún alteradas. Me abrocho la blusa sin mirar a Nolan, con los dedos temblorosos, aunque no sé si por el orgasmo o por lo que viene después.

Él se sube el pantalón de espaldas a mí, se ajusta el cinturón y coge la camisa arrugada que había dejado sobre la silla. Se la pone sin prisas, como si el tiempo fuera lo único que aún puede controlar. No se molesta en abrocharse bien, por lo que el tercer botón le queda torcido. Le tiembla la comisura de los labios, pero no dice nada.

Me acerco a coger mis zapatos, pero uno se me cae sin querer y el ruido del tacón resuena haciéndose dueño de la estancia. Me agacho, lo recojo y me calzo. Siento que mi cuerpo sigue caliente, pero por dentro todo empieza a enfriarse. De repente, mientras se abrocha los puños de la camisa, rompe el silencio sin mirarme.

—Esto no va a volver a pasar.

La frase cae en el aire como un trapo mojado. Ni siquiera tiene fuerza, ni suena a advertencia. Es solo un intento de poner un muro donde ya no queda ni una piedra. Me giro para mirarlo, despacio, con la blusa aún sujetándomela contra el pecho, pero sin prisa por esconderme. Me fijo en sus ojos, vacíos de nuevo y sin brillo.

—Mientes fatal —le suelto y salgo del despacho, sin dar un portazo, sin correr y sin volverme para mirarle. Camino por el pasillo como si no acabara de romper todas las reglas posibles en menos de media hora. Pero cuando atravieso las puertas del edificio y noto el golpe del aire fresco en la cara, entiendo que algo ha cambiado. Ya no hay marcha atrás, ni excusas que valgan. Ya no soy una alumna más para Nolan y ya no puede fingir que lo soy para él, porque se ha quedado con la boca llena de mí y yo me he quedado con las manos vacías de él.

Capítulo 19
Nolan

Camino como si los pies me pesaran el doble, aunque no arrastre ninguno. A estas horas, la humedad de la madrugada se queda pegada a mi ropa como una segunda piel y el cielo, sucio y uniforme, amenaza con volver a abrirse en cualquier momento, pero todavía se contiene. Igual que yo.

Voy vestido con traje, claro, siempre llevo traje. Camisa blanca, chaqueta oscura y carísimos zapatos de piel negra lustrados a conciencia. Pero hoy algo ha cambiado. Me lo noto en el cuerpo y en los hombros, que están más rígidos y bajos. Como si el recuerdo de lo que sucedió en mi despacho me tirara hacia el suelo con la fuerza exacta para no dejarme avanzar.

No he dormido ni un minuto. Las horas han pasado en bucle por mi cabeza, como si la noche entera hubiera sido una alucinación que mi cerebro intenta procesar por partes. Pero no es un delirio. La tengo grabada en mi memoria. Recuerdo cada milímetro de su cuerpo desnudo sobre mi escritorio. Recuerdo también el sonido de su respiración alterada por los jadeos y la forma en que me miró cuando me tuvo dentro. No he conseguido borrarlo, aunque lo peor es que no quiero hacerlo.

Me lo repito desde que he salido de casa: fue un error, un desliz, un impulso que no volverá a repetirse. Me digo que puedo encerrarlo donde guardo las cosas que no me conviene sentir, que lo sepultaré debajo de clases, normas, reuniones y trabajo mecánico, pero tengo claro que la realidad con Freya no se deja encerrar.

La imagen de su boca abierta y jadeante vuelve en oleadas a mi mente. Su voz repitiendo mi nombre, su espalda arqueada, sus uñas en mi cuello, el sabor delicioso de su sexo… Todo se mezcla y arde dentro de mí. El cuerpo me delata. Desde que me he abrochado la cremallera del pantalón al levantarme, siento la misma

tensión latiendo en mi entrepierna. Siento rabia, deseo, ansia y obsesión. No hay otra forma de definirlo y estoy jodido, lo sé.

Entro en el aula como si pudiera comportarme como el hombre que no ha pasado la noche imaginando el cuerpo desnudo de una alumna sobre su mesa. Camino por el pasillo central del aula sin ver realmente lo que tengo delante. Los rostros de los alumnos se disuelven como humo en el aire. Las voces, las miradas y las preguntas que llegan desde los extremos de las mesas largas me resbalan sin llegar a tocarme. Solo hay una cosa que disipa esa niebla: Ella. Está sentada en la tercera fila al lado de la ventana. La veo antes de poder evitarlo. Lleva un jersey claro, el pelo recogido en una coleta y un bolígrafo entre los dedos. Toma apuntes como si su ropa no hubiera estado tirada por el suelo de mi despacho hace menos de veinticuatro horas. Como si yo no la hubiese tenido abierta de piernas sobre la mesa, con sus muslos vibrando entre mis manos y ella no hubiera dicho mi nombre con la voz rota mientras se corría.

—Hoy hablaremos del punto de vista narrativo. Cómo elegir la voz adecuada para contar una historia.

Levanto la mirada. Nadie ha notado el temblor que se me ha escapado en esa frase, pero yo sí y Freya también. Mi mandíbula se tensa. Intento apartar la vista de ella obligándome a mirar el folio que llevo en la mano. No tengo ni idea de qué pone. Es una clase que he dado decenas de veces, pero hoy las palabras no se colocan en mi cabeza como deberían. Empiezo a hablar y la voz me suena extraña, hueca y sin sostén. Las frases se enredan unas con otras, mezclo conceptos y, aunque lo corrijo al instante, noto cómo algunos alumnos se miran entre ellos. Freya no. Ella no levanta la cabeza ni una vez y su autocontrol me revienta.

¿Está fingiendo? ¿O de verdad puede comportarse como si lo que pasó ayer entre nosotros no le hubiera removido hasta los huesos?

No me atrevo a responderme. Porque si es lo segundo, entonces quizá fui yo el único que se rompió un poco más cuando la

besé, cuando estuve dentro de ella y cuando la dejé marcharse sin saber cómo coño iba a sobrevivir después.

—...y en la década de los setenta, la corriente posmoderna... —mi voz vacila.

La pierdo. Miro de nuevo a la tercera fila y la veo escribir, sin prisa, con los labios apretados y la espalda recta.

Necesito terminar esta clase como sea, que se vacíe el aula y respirar sin este nudo que siento en la garganta y que no se deshace por mucho que lo intente. Porque ahora sé que hay algo peor que desearla. Es haberla tenido, haber probado lo que no se debe repetir y no poder sacármelo de debajo de la piel.

—La primera persona crea una intimidad directa con el lector —continúo—. Pero también limita lo que se puede mostrar. Todo pasa por el filtro del narrador.

Levanta la vista solo un segundo y ese gesto me arruina. El deseo me atraviesa como un rayo. No me deja pensar, me agarra del cuello y me deja sin aire. Termino la clase antes de tiempo. No puedo más.

—Eso es todo por hoy. Si tenéis dudas, sabéis que podéis escribirme.

Recojo los folios sin orden y sin mirar a nadie. Pero ella no se mueve, porque sabe que la voy a buscar. Y lo hago. Me acerco a su pupitre. Estoy de pie, erguido, como si el poder que tengo sobre ella no se hubiera tambaleado ayer, mientras estaba entre sus piernas.

—Evitemos nuevos encuentros fuera del contexto académico.

Ella no me mira y se limita a guardar sus cosas con una lentitud cruel, como si cada uno de sus gestos fuera una forma de castigarme.

—Si tú puedes fingir, yo también.

La frase se me clava en medio del pecho y me duele más que cualquier grito, cualquier insulto o cualquier «me arrepiento». Porque en esa frase hay algo más peligroso. Hay un espejo, que me obliga a mirarme sin excusas.

Salgo del aula y camino sin rumbo por los pasillos vacíos. Necesito respirar y apagar esto, pero no puedo.

Me encierro en el baño de profesores y cierro con pestillo. Me apoyo sobre el lavabo y noto como el frío del mármol me atraviesa las palmas. Me miro al espejo y observo mi entrepierna negando con la cabeza. Estoy empalmado desde antes de entrar en clase.

Me odio.

Me bajo la cremallera con violencia, necesito vaciar esto, aunque no por placer, sino por supervivencia.

Cierro los ojos. Aprieto los dientes. Me envuelvo el sexo con la mano. La imagen es inmediata: su falda sobre la cadera, su voz rota repitiendo mi nombre entre gemidos de placer.

Me masturbo con furia como si de esta manera pudiera sacármela de dentro, pero no siento alivio, solo más deseo, más culpa y más necesidad.

Termino apoyado contra la pared con el pecho agitado y el cuerpo en guerra. Me lavo las manos y me miro otra vez al espejo. Tengo los ojos rojos, la camisa arrugada y el cuello sudado, aunque lo peor de todo es que la erección continúa como si el cuerpo me gritara lo que no quiero oír. Aprieto los nudillos contra el lavabo hasta que se me ponen blancos.

«Freya puede fingir, pero yo no. Y eso me está matando».

Capítulo 20
Freya

El abrigo sigue sobre mis hombros al abrir la puerta del piso. Las llaves tintinean cuando las meto en el bolsillo y dejo el bolso colgando de la silla sin mirar siquiera si Candy está en casa. Pero lo está, claro que lo está. Sentada en el sofá, con una taza entre las manos y una mantita de cuadros sobre las piernas y con cara de haber estado esperando justo este momento.

—Menudo careto que traes, Quinn —murmura, sin levantar la vista del té o de lo que sea que esté bebiendo.

No le contesto. Me limito a descalzarme, tiro los zapatos de cualquier manera en el suelo del comedor y me dejo caer a su lado con un suspiro largo, de esos que no se pueden esconder.

—No me digas que sigues sin saber si te han cogido para lo de la beca esa de escritores egocéntricos.

Me echo hacia atrás, dejo caer la cabeza sobre el respaldo y cierro los ojos. No voy a caer en su intento de picarme. Pero, Candy en lugar de seguir, se calla y deja su taza en la mesita con un golpe seco y se gira hacia mí.

—Vale. Te lo pregunto sin rodeos. ¿Ha pasado algo con el profesor Prescott?

Abro los ojos, pero no la miro.

—¿Y si hubiera pasado?

Ella se recuesta con teatralidad y se arropa un poco más con la manta.

—Entonces... ¿te ha roto el corazón o solo las bragas?

Me río o lo intento, porque la risa se me queda atascada y un nudo tonto me sube desde el pecho hasta la garganta. Candy me mira en silencio. No dice nada y su silencio suyo me rompe más que cualquier frase aguda de las suyas

Me quito el abrigo con movimientos lentos, lo doblo y lo dejo sobre el respaldo. Me cruzo de brazos y clavo la mirada en la alfombra.

—Lo hemos hecho en su despacho después de clase. Ha sido... joder, Candy. No sé qué ha sido.

—Ha sido una metida de pata monumental —responde sin inmutarse.

—Tú no estaba allí.

—Y menos mal. Porque si llego a estar, a ti te echan por conducta inapropiada, a él por abuso de poder y luego a mí por reírme en medio del escándalo.

Niega con la cabeza, pero no parece enfadada. Solo... decepcionada o preocupada o las dos cosas a la vez y eso me duele mucho.

—Mira, no te juzgo. Eres una tía lista, aunque no hace falta ser un genio para ver que esto os puede reventar en la cara.

—Ha sido un impulso. Yo... No puedo controlarlo. Lo deseo. No me había pasado nunca algo así.

Candy se encoge de hombros.

—Tampoco te habías acostado nunca con un profesor. Tiene sentido —me responde encogiéndose de hombros.

—No es solo eso… No quiero que acabe.

Lo digo en voz baja, como si admitir lo que acabo de decir me hiciera más vulnerable. Candy frunce los labios, suspira, pero no dice nada. Se limita a asentir con la cabeza.

—Ya, pero…

—Lo deseo mucho, aunque no es solo eso. Hay algo más. Algo que no puedo explicar. Me mira y… joder... Y cuando me besa… es como si me rompiera y al mismo tiempo me armara.

Candy suspira. Apoya el codo en el respaldo del sofá y se queda mirándome como si intentara medir hasta dónde llega mi estupidez emocional.

—Y él, ¿qué? ¿También lo ve así?

Niego con la cabeza. Y esa negación me duele más que todo lo anterior.

—Dijo que no volverá a pasar.

Candy se pasa una mano por el pelo, cierra los ojos un segundo y luego los abre, más seria.

—Mira, no te lo digo como amiga borde, sino como alguien que te quiere. Esto puede acabar mal. A ti pueden echarte del máster. A él, de la universidad. Os jugáis mucho. Y no hay final feliz posible.

Yo asiento. Pero no porque le dé la razón, sino porque no puedo prometerle que voy a alejarme de él, porque no quiero hacerlo. Además, una parte de mí, la que aún tiembla cuando lo recuerda, está convencida de que esto no ha terminado.

La puerta del baño se cierra con un clic seco que suena más fuerte de lo normal. Me apoyo un instante en ella con la espalda, con el corazón hecho un ovillo. Mi móvil se ha quedado fuera, sobre la mesa del comedor, como si eso fuera suficiente para no pensar. Pero no lo es.

Abro el grifo de la ducha sin quitarme la ropa y dejo que el vapor empiece a empañar el espejo. Me quito la blusa sin mirar mi reflejo. Después el sujetador, que cae al suelo. Las braguitas me las bajo despacio, porque están pegadas a la piel como una segunda capa de lo que me niego a soltar. Cuando me meto bajo el agua, el mundo se reduce a un solo gesto: cerrar los ojos.

El agua caliente me recorre la espalda y siento que, en vez de limpiarme, me pesa. No hay alivio ni redención. Solo ese nudo en la garganta que llevo arrastrando desde que he salido del despacho de Nolan. No sé en qué momento exacto ha empezado todo esto, pero sí sé que me he perdido. Que ya no puedo fingir que es solo sexo, porque no lo es, nunca lo ha sido. Porque nadie llora así por un polvo, ni tampoco nadie se queda con este temblor en los huesos solo porque alguien le haya comido el coño.

Me encojo bajo el chorro. Me abrazo el cuerpo como si eso bastara para contener el vacío. Cuando solo había deseo dentro de mí era otra cosa. Era otra versión de mí. Una más libre y fuerte. Pero esta… esta soy yo queriendo que me elija, que me vea y que me diga que no soy una más. Y lo odio, porque él me mira como si sí lo

fuera. Como si pudiera apartarme, cerrar la puerta y seguir con su vida sin dejar que se le rompa nada por dentro.

Las lágrimas me caen mezcladas con el agua y no distingo cuál arde más. Me tiemblan las piernas, me falta aire y me muerdo los labios para no gritar. Entonces oigo su voz en mi cabeza.

«Esto no va a volver a pasar».

No hay frase más cruel que esa. No por lo que implica, sino por lo que niega. Porque no me está diciendo que fue un error, sino que ya está. Que por mucho que me duela, él no piensa volver a cruzar esa línea. Aunque yo ya la haya cruzado entera y no pueda volver atrás.

Apoyo las palmas contra la pared y cierro los ojos. El agua me recorre la espalda y resbala por el nacimiento de los muslos, pero no consigue aliviar nada. Es tarde y estoy cansada, desnuda, con la piel enrojecida por el calor, y con una sensación de ansiedad tonta y pegajosa que no se me va del pecho.

Me enjabono con movimientos lentos, intentando concentrarme en el gesto, en la espuma y en el sonido del agua. Pero da igual, porque todo me hace regresar a él, a su voz diciéndome que no volverá a pasar y a su mano sujetándome la cintura como si quisiera dejar su marca en mi piel y a su mirada cuando pensaba que no le veía.

Me llevo la mano entre las piernas y presiono suave. Cierro los ojos y lo imagino. Su boca entreabierta, sus dedos sobre mi clítoris y su cuerpo jadeando sobre el mío. Pero no funciona. Nada me enciende, solo me arde la garganta. Me muerdo el labio y dejo que el agua me golpee el cuello. Subo un poco la intensidad, muevo los dedos con más firmeza, pero no llego a ninguna parte. Me rozo, me insisto, pero no hay orgasmo ni placer. Solo una angustia que no se va.

Apoyo la frente contra los azulejos húmedos y gimo bajito. Es un gemido sordo, casi inaudible. No por placer, sino por impotencia. Por no entender por qué me siento así, por qué lo quiero tanto y por qué siento que no basta.

Me aparto el pelo de la cara y abro los ojos. El vaho cubre el espejo del lavabo y el aire me raspa el pecho cuando respiro.

He follado con él. Me ha tocado, me ha deseado, pero también me ha dicho que no volverá a pasar. Mientras, yo sigo aquí, abrazándome el cuerpo bajo el agua, intentando sustituirle con mis manos y sintiéndome cada vez más sola.

Me dejo resbalar hasta quedar sentada en el suelo de la ducha. El agua cae sobre mis muslos, tibia y constante. Respiro con la boca entreabierta y los ojos cerrados. Como si esperara que algo se apague, pero no se apaga. Nada se apaga y yo... yo solo quiero que vuelva, porque si no vuelve, me muero.

Cuando apago el grifo, el baño se queda en silencio. Me seco con una toalla fina, de esas que no abrigan nada, pero que esta noche se me antoja como un escudo. Me la enrosco al cuerpo sin demasiada fuerza, porque ya no tengo energía para apretarme contra nada. Salgo descalza al cuarto y me dejo caer sobre mi cama, con el cuerpo húmedo, el pelo chorreando sobre la almohada y la toalla pegada a la piel. El techo parece más alto que nunca o más vacío. No lo sé. Siento el corazón latiendo lento, los músculos sin tensión, y una mezcla absurda de alivio y angustia que no sé de dónde me viene.

He intentado olvidar lo de esta tarde, engañarme diciéndome que ha sido sólo sexo, que puedo dejarlo atrás como cualquier historia que no empieza bien. Pero me miento, porque sí que fue sexo, sí que me folló como si le fuera la vida en ello, pero también hubo algo más. Algo en su forma de sujetarme la cara o en su respiración cuando acabó o en su voz cuando dijo que no volvería a pasar, como si le doliera tener que pronunciarlo. Y esa es la parte que no puedo gestionar, porque si sólo hubiera sido deseo, ya me habría curado. Pero no. Hay algo debajo que me asusta.

Me tapo con la sábana hasta el pecho. No hace frío, pero me siento vulnerable. Cierro los ojos. Inspiro hondo. Y antes de dormirme, en voz baja, apenas como un pensamiento que toma forma entre mis labios, me lo repito:

«Claro que va a volver. Porque si no vuelve a suceder nada entre los dos… me muero».

Capítulo 21
Nolan

Tengo el ordenador encendido desde hace casi una hora, pero la pantalla sigue igual: en blanco. El cursor parpadea con esa insistencia absurda, como si quisiera recordarme que no he escrito ni una palabra desde que me he sentado. Me recoloco en la silla, ajusto la posición del respaldo y doy un trago a la botella de agua que tengo junto al portátil. Nada.

El móvil está bocabajo sobre la mesa y no vibra, ni suena, ni tiene notificaciones nuevas.

La estantería del fondo sigue como la dejé. Las carpetas, ordenadas por colores. La cafetera, vacía. Desde el ventanal de mi despacho veo cómo cada vez se hace más oscuro. Todo está en su sitio. Todo, menos yo.

Me paso una mano por la barbilla. No he tenido tiempo de afeitarme esta mañana y tampoco he dormido. Tengo el cuerpo cargado de cafeína y una frase repitiéndose en bucle desde anoche en mi cabeza: «Esto no va a volver a pasar».

Dije eso, sí. Sin embargo, estoy aquí, esperando algo que ni siquiera debería desear. Un mensaje, una excusa para acercarme o un gesto que me saque de esta trinchera que yo mismo he cavado.

Cierro el portátil, apoyo los codos en la mesa y me froto los ojos con fuerza. Necesito resetearme antes de la reunión con los inversores. Sacarme a Freya de la cabeza y concentrarme en lo que sí puedo controlar, aunque sea mentira.

Cuando suena la alarma del reloj, me pongo en pie y busco la americana. El reflejo del cristal me devuelve una imagen cansada: ojeras, la camisa ligeramente arrugada y el nudo de la corbata que ya no me molesto en ajustar.

La sala de reuniones está en la planta baja, al lado del aula magna. Cuando llego, me encuentro con un par de personas

tomando asiento. Una de ellas es Teresa Cornell, que está organizando la documentación en las carpetas para los asistentes a la reunión. Todo impecable, como siempre. Ella me lanza una mirada que interpreto como un «compórtate» y yo asiento sin sonreír.

Los inversores llegan, nos saludamos y empiezan a tomar asiento. Entre ellos está Amanda Knox, que lleva un vestido de líneas sencillas, tacones negros y una sonrisa segura cubierta de carmín rojo. Siempre tiene una imagen perfecta. Fue compañera mía en la facultad, aunque nunca fuimos exactamente amigos. Hubo algo una noche, creo. Pero lo recuerdo con la frialdad con la que se recuerda una cena mediocre.

Me estrecha la mano con entusiasmo.

—Nolan Prescott. Qué alegría verte en persona de nuevo.

—Amanda. Bienvenida al campus.

—Nos ponemos al día luego. ¿Cena, quizás?

No afirmo, aunque tampoco niego. Me limito a guardar silencio mientras ocupo mi sitio y sonrío apretando los labios.

Teresa arranca con la presentación. Habla de los resultados de la edición actual, de la proyección a futuro y de la posibilidad de crear un fondo para becas con el patrocinio de las editoriales y empresas colaboradoras. La mayor parte de los asistentes asienten, toman notas y hacen preguntas. Yo también asiento por inercia, porque es lo que se espera de mí. Pero mi mente está en otro sitio. Vuelve una y otra vez a la forma en la que Freya me miró al acabar, al gesto de su mano sujetándome la nuca, a su cuerpo arqueándose sobre el escritorio, a su boca entreabierta y a sus ojos diciéndome sin palabras que lo que habíamos hecho no era un error.

Amanda me toca el antebrazo al acabar la exposición y veo cómo su uña del mismo color que sus labios roza la tela de la camisa.

—No digas que no. Un rato, solo por los viejos tiempos.

Me aclaro la garganta y acepto, porque quiero demostrarme que puedo. Que sigo siendo el hombre que decide, domina y, sobre todo, que no todo se tambalea por culpa de una estudiante.

Aunque sé que me estoy mintiendo incluso antes de responder.

La lluvia ha amainado cuando salgo del edificio, pero el cielo sigue cubierto con ese gris sucio que tiñe de desgana todo lo que toca. El coche de Amanda está esperándome con el motor encendido frente a la entrada principal. Un conductor uniformado me abre la puerta trasera con gesto mecánico, y lo primero que noto al entrar es el perfume caro que flota en el interior: jazmín, almizcle y algo más dulzón que me raspa la garganta.

Ella ya está dentro con su vestido ajustado, las piernas cruzadas, el abrigo de cachemir sobre los hombros y una sonrisa que me resulta demasiado estudiada para ser espontánea.

—Pensaba que te echarías atrás en el último minuto —dice, sin apartar los ojos de los míos.

—Tendría sentido, pero no lo he hecho.

Amanda ladea la cabeza y deja escapar una risa breve.

El restaurante al que vamos está en el Upper West Side, uno de esos lugares donde los camareros se mueven como coreografías humanas y los clientes no necesitan mirar el menú para saber qué pedir. Los manteles son de lino, la luz cálida y las conversaciones se mantienen en voz baja. Todo es impecable y frío también.

Amanda elige una mesa junto al ventanal situada de forma estratégica para ser discreta y nos sentamos frente a frente. Ella pide un Pinot Noir, un vino tan exclusivo como ella, sin consultarme. Me acomodo en la silla y dejo el móvil sobre la mesa, boca abajo. No debería estar esperando un mensaje, ni una llamada de Freya, pero lo hago.

—Creía que te habrías casado ya —empieza ella, tras el primer sorbo—. O, al menos, que tendrías pareja, una casa en Brooklyn, un perro, rutina… esas cosas que os gustan a los que fingís no tener tiempo para nada.

—Suena a que me conoces mejor de lo que me conozco yo mismo.

—Te observo. Desde lejos, pero con interés —me responde alzando una ceja de forma seductora.

Después, hace un gesto con la copa y sonríe. De fondo suena jazz, una melodía antigua que no consigo identificar y, mientras, Amanda habla mucho. Me recuerda anécdotas de la facultad, me

pregunta por una novela que nunca publiqué y menciona a algunos de nuestros profesores que ni siquiera recordaba. Yo asiento, respondo con monosílabos medidos y alguna sonrisa de compromiso, pero mi cabeza está lejos de aquí.

Cada vez que mueve los labios, es la voz de Freya la que oigo. Cada vez que Amanda me mira con intención, es su mirada la que busco, la que me atraviesa desde la mesa del aula con esa mezcla de reproche y deseo que me desarma.

Amanda habla de un congreso en Seattle y de una posible colaboración con la Universidad de Columbia. Mientras, yo recuerdo cómo le quitaba la falda a Freya en mi despacho. Noto sus muslos tensos a los lados de sus caderas y su cuerpo arqueándose al sentir mis dedos. Joder. Me recoloco en la silla y me aclaro la garganta.

—¿Te pasa algo? —me pregunta Amanda, antes de dar un sorbo a su copa.

—Estoy cansado. Ha sido una semana larga.

Ella asiente, aunque no se lo traga. Me mira con la misma expresión con la que algunas mujeres se quitan la ropa delante del espejo: esperando que alguien confirme que el esfuerzo ha valido la pena.

Se inclina hacia mí y me roza los dedos con las yemas de los suyos. El esmalte rojo de sus uñas brilla con el reflejo de la luz cálida de la lámpara que cuelga sobre nuestra mesa. Siento la presión ligera de su caricia, aunque no me resulta desagradable, aunque sí estéticamente perfecta. Pero no me mueve nada por dentro.

—Amanda, agradezco la cena y la charla, pero debería irme —le digo después de apartar la mano sin brusquedad.

—¿Tan pronto? Aún no hemos pedido el postre.

—No tengo hambre. Al menos no de eso.

Lo digo sin pensar, pero ella no parece ofendida. Se limita a asentir, recoge su bolso y hace una señal al camarero para pedir la cuenta.

Unos minutos después, salimos juntos del restaurante. Ella me da dos besos fríos y calculados al despedirse, como si quisiera que quedara claro que todo está bien y que no pasa nada, pero en mí sí pasa y eso lo cambia todo.

Abro la puerta de mi apartamento con una mano mientras con la otra me aflojo la corbata. La alfombra amortigua el sonido de mis pasos y me acompaña en ese trayecto automático hasta la cocina sin encender ninguna luz que no sea la del pasillo. Dejo el móvil sobre la encimera boca abajo. No lo he mirado desde que he salido del restaurante, aunque cada músculo de mi cuerpo ha estado en tensión esperando una señal, una notificación, un mensaje… Algo, pero no ha llegado nada y eso es lo que me jode más: que ni siquiera sé qué coño estoy esperando.

Abro el armario de la izquierda, saco un vaso bajo y me sirvo un whisky sin hielo. El primero desde ella. Me lo llevo al salón y me dejo caer en el sofá de piel con la camisa abrochada y los pantalones demasiado ceñidos tras más de diez horas de jornada. Apoyo la cabeza en el respaldo, cierro los ojos y me obligo a respirar despacio.

Intento repasar la cena como si fuera un informe más. Amanda estaba perfecta, correcta, aguda y divertida. Me lo ha puesto fácil y me tocó el brazo dos veces. Se ha reído con esa cadencia de quien sabe que sigue atrayendo miradas. Me ha mirado con intención y deseo, incluso. Pero yo no he sentido nada. Ni el mínimo impulso de besarla, de rozarle la pierna bajo la mesa o de imaginar qué haría si la tuviera en mi cama y eso no es normal. Porque hasta hace poco, eso era suficiente. Una mujer inteligente, guapa, elegante y sin complicaciones. De las que entran bien en cualquier contexto y que nunca me han puesto en riesgo. Pero ahora todo me sabe a poco. Todo es... frío, porque desde que Freya entró en mi despacho con la boca entreabierta y mirándome como si pudiera verme por dentro, ya nada me sacia. Me sacó de quicio con su insolencia mezclada con vulnerabilidad, con su cuerpo que se arquea cuando gime y con su voz rota que me dijo sin decir que me quería cerca. Y yo la tuve contra la mesa, en mi boca y en mis manos y luego la solté como un imbécil. Porque eso era lo correcto, ¿no? Mantener la distancia, no joder lo que he construido, no joderla a ella y, en definitiva, no jodernos a ninguno de los dos. Sí, definitivamente, soy un imbécil.

Apuro el whisky de un trago. Al bajar por mi garganta, siento que me quema menos que pensar en cómo se me quedó grabada su mirada, justo antes de que todo se fuera a la mierda.

Apoyo el vaso en la mesa baja, me paso una mano por el pelo y dejo caer la cabeza hacia delante. No quiero pensar en ella, pero lo hago todo el puto día. Cuando cierro los ojos, cuando hablo de una novela en clase, cuando cojo el móvil o cuando me hablan de otra mujer.

Ya no se trata solo de sexo, porque si lo fuera, podría haberme follado a Amanda o a cualquiera esta noche. Quizá así habría conseguido apagar este incendio que me arde dentro y me consume más cada segundo que pasa. Pero no, esto no va de eso. Va de que la echo de menos incluso cuando está a cinco metros de mí y también de que la necesito cerca para no perderme del todo. Eso sí que me asusta, porque no se trata de mantener la compostura, sino de que ya no me reconozco cuando ella no está.

Capítulo 22
Freya

Nolan Prescott tiene una forma de mirar que se te queda grabada entre la piel y los huesos, pero luego está esto: la nada. Esta forma de fingir que no estoy y borrar cada trazo que escribió sobre mi cuerpo sin siquiera alzar la voz.

Cuando entra en el aula, todo sigue el guion habitual. Lleva el portátil bajo el brazo, la chaqueta doblada sobre el otro, la camisa blanca sin arrugas y el exclusivo y carísimo reloj con la esfera metálica que refleja el frío académico de este edificio. Su andar es firme, pero no acelerado, y muestra la misma seguridad con la que se ha movido desde el primer día y con la que me tuvo entre sus manos. Sin embargo, hoy no hay ni una grieta en ella. Ni siquiera un gesto, ni una mirada rápida, ni siquiera ese milímetro de tensión en la mandíbula que le delata cuando me ve.

Se sienta, abre el portátil, conecta el proyector y revisa unas notas antes de aclararse la garganta para empezar a hablar. Poco después, empieza a hablar, con voz profunda y pausada, pero no me nombra, ni dice nada que sugiera que sabe que estoy a tres filas de distancia de él con el estómago agarrotado y las uñas clavadas en la libreta.

Parece que me ha borrado. Como si no hubiera sido yo quien le dejó marcas en la espalda, ni recordara cómo me hizo gemir entre dientes la última vez que me tuvo en su despacho.

—Vamos a empezar con las presentaciones orales. Recordad que son parte de vuestra evaluación —dice sin mirar a nadie en concreto, mientras su dedo avanza por la lista de nombres proyectada.

No soy de las primeras en exponer, lo sé porque lo anoté mentalmente cuando colgaron los horarios. He ensayado esta exposición frente al espejo tantas veces que las frases deberían salir

solas de mis labios. Pero ahora tengo la garganta seca y un peso en el pecho que me cuesta disimular. Como si la ausencia de su mirada me dejara vacía.

Frank, que está sentado a dos asientos más allá, me lanza una sonrisa rápida. Siempre está atento y disponible para mí. Sin embargo, no me despierta nada.

Nolan prosigue con sus indicaciones. Escucho palabras como «estructura narrativa», «construcción de voz», «tempo emocional» ... Palabras que, en otras circunstancias, me habrían entusiasmado, pero que, en este momento, solo me hacen sentir lejos, como si me hubieran expulsado de un lugar que era mío o que quería hacer mío.

La primera alumna en hacer su presentación sube al frente y expone con soltura. Luego, un compañero y, después, otro. Todo fluye hasta que mi nombre sale de su boca.

—Freya Quinn.

Lo suelta sin la más mínima inflexión en su voz, sin hacer ninguna pausa y sin el matiz que solía tener cuando me hablaba directamente, como si mi nombre le supiera distinto en la lengua. Hoy suena neutral, como si decirlo fuera para él un trámite más de su trabajo.

Me levanto despacio y noto cómo se me contraen los músculos del abdomen. Camino hacia el atril como si el suelo resbalara. Me obligo a mantener el mentón erguido y los hombros rectos. La mano me tiembla al desplegar las hojas y noto cómo el corazón me martillea en la sien. Tomo aire lo más profundamente que puedo y empiezo a hablar.

—Mi exposición parte de la idea de que narrar no es solo contar una historia. Es también una forma de construirnos y de decidir qué partes dejamos fuera y cuáles convertimos en verdad...

La voz me suena extraña, como si no fuera mía. Sigo leyendo, pero mis palabras pierden sentido. Me salto una línea sin querer y vuelvo atrás. Intento recuperar el ritmo, pero el texto ya no fluye. La frase clave que tenía subrayada, la que marcaba el giro de mi argumento, se me ha escapado de la memoria. Trago saliva. Miro a los alumnos y veo que algunos toman notas y otros fingen hacerlo. Nolan se ha recostado ligeramente en su silla, pero no me mira, ni

me hace el más mínimo gesto de aliento, ni siquiera un leve movimiento de ceja. Nada.

Noto cómo una gota de sudor desciende por mi espalda y siento cómo la humedad me pega la blusa a la piel. Me salto una cita y me invento otra. Digo el nombre de un autor y, en el mismo instante, me doy cuenta de que lo he atribuido mal. Un error de principiante. Siento el corazón desbocado en el pecho. Podría corregirme, respirar hondo y remontar. Pero el pánico ya me ha agarrado con fuerza del cuello y soy incapaz de hacer nada de todo eso.

Termino antes de tiempo o eso creo, porque cuando me callo, Nolan asiente y dice:

—Gracias, Freya. Siguiente.

Así, simplemente dice eso. Ni una palabra más, ni una valoración, ni un puto gesto. Nada más.

Vuelvo a mi sitio con las piernas entumecidas. Me siento, pero no apoyo del todo la espalda. Me mantengo tensa, como si mi silla fuera un campo minado. Estoy tan nerviosa que me cuesta hasta respirar. Siento un hormigueo en las mejillas y una presión ardiente que me sube por el cuello. Vergüenza, eso es lo que siento. Aunque no tenga sentido, porque nadie me haya juzgado, pero ya lo he hecho yo. Porque sé lo que puedo dar de mí y lo que he hecho, ha sido nefasto.

Me paso el pulgar por la comisura del labio para disimular el temblor y me muerdo el interior de la mejilla. Me obligo a escribir una frase cualquiera en el cuaderno, cualquier cosa que me ancle. Pero lo único que puedo pensar es que, si Nolan quería anularme o hacer como que no existo, lo está consiguiendo. Y, la verdad, es que no sé cómo sobrevivir a eso.

Tal y como suena el timbre que marca el final de la clase, recojo mis cosas de cualquier manera con manos torpes, deseando salir de ahí antes de que alguien me mire con lástima o, peor, con indiferencia. Necesito aire y olvidarme de lo que ha pasado durante esta hora de clase. Pero en cuanto cruzo la puerta, Frank me alcanza.

—Ey —me dice con su habitual tono suave de voz.

—Hola —le digo apretando los labios.

—¿Y esa cara tan seria?

—Me ha salido fatal —le digo negando con la cabeza.

—Qué va, no ha estado tan mal. En serio —responde con una sonrisa.

Lo miro sin contestar. Él camina a mi lado, acompasando el paso al mío, como si supiera que estoy hecha un desastre por dentro pero no se atreviera a preguntar.

—Es normal tener un día torcido, Freya. Le pasa a todo el mundo —insiste.

Aprieto los labios de nuevo, aunque no porque no agradezca su apoyo, sino porque ahora mismo decir cualquier palabra me dolería en la garganta. Siento una presión absurda detrás de los ojos, como si estuviera conteniendo lágrimas que ni siquiera sé si se justifican. Pero no pienso llorar delante de Frank, ni delante de nadie.

—¿Quieres un café? Te invito — me lo dice con una media sonrisa que le he visto usar más de una vez, y con la que otras chicas caen sin pensarlo, pero yo no y menos hoy

—Tengo migraña —respondo con voz más débil de la que pretendía.

Frank frunce los labios, dudando si creerme, aunque no lo culpo, porque ni yo me lo creo.

—Bueno, entonces te acompaño un rato. Te irá bien que te dé el aire y una charla tonta. La mejor receta para esa migraña —añade, como si estuviera empeñado en salvarme de algo.

Me paro y él también. Es entonces cuando lo veo dar un paso más cerca de mí. Sus ojos bajan fugazmente a mi boca y sé lo que va a intentar. Lo sé por la forma en que ladea un poco la cabeza y por cómo relaja los hombros. Me quedo paralizada, aunque no por miedo, sino por agotamiento.

Frank se inclina, despacio, como si me diera tiempo para decidir, pero ni siquiera puedo pensar. Apenas sus labios están a medio camino, yo ya he girado la cara en un reflejo automático. Un muro invisible que no he levantado con intención, pero que está ahí.

—Lo siento —susurro, sin mirarle—. No debería haber venido hoy. Estoy… no sé, agotada.

—No pasa nada —responde al instante, aunque noto cómo cambia algo en su tono de voz. Un leve destello de incomodidad o decepción o, tal vez, ambas.

—No es por ti —añado con rapidez, sin saber muy bien por qué me esfuerzo en justificarme—. Solo que no estoy en el mejor momento ni para cafés, ni para besos.

Intento sonreír, aunque me sale una mueca tensa. Él asiente, pero ya no camina a mi lado, porque se queda parado. Me alejo de Frank con pasos largos, casi atropellados, mientras cruzo el pasillo sin mirar atrás. Tengo la respiración acelerada, como si acabara de salir de una pelea.

La verdad es que una parte de mí querría dejarse cuidar por alguien como Frank, alguien que no pone en riesgo nada, ni va a romperme en dos, porque no es Nolan Prescott.

Pero esa parte no tiene fuerza hoy, ni tiene voz.

Llego a la salida del edificio con el pecho ardiendo, no sé si por el frío que empieza a colarse entre las columnas de mármol o por todo lo que me está consumiendo hoy. Me siento como una olla a presión dentro de mis costillas, como si todo lo que he intentado contener se hubiera abierto por dentro, aunque por fuera intente seguir sonriendo, fingiendo y resistiendo.

Abrazo los libros contra el pecho, como si eso pudiera protegerme de algo, mientras en mi cabeza retumba: «Me estás haciendo polvo. Aunque ni te dignes a mirarme».

Porque hay formas de destruir y esta… esta es la más cruel de todas.

El apartamento huele a cartón de pizza y a incienso barato de vainilla. Candy ha vuelto a mezclar sus dos grandes talentos: procrastinar y justificarlo con espiritualidad. Está tirada en el sofá, con el portátil en el regazo, rodeada de hojas garabateadas y un bote de *noodles* medio abierto como única defensa alimenticia frente a todo lo que tiene pendiente por hacer.

Levanta la mirada en cuanto cierro la puerta tras de mí y la expresión de su cara cambia al instante.

—Hostia. ¿Te ha atropellado un autobús emocional o solo es que hoy tenías clase con el dios del distanciamiento afectivo?

Me dejo caer en la silla de la cocina sin quitarme ni la chaqueta. No me apetece reírme. Ni siquiera hacerme la fuerte y Candy lo nota, porque deja el portátil a un lado, se levanta sin decir ni una palabra y se apoya en el marco de la puerta para observarme.

—Ha sido un día de mierda —murmuro.

—¿Has tenido clase con Nolan?

Asiento y, en ese mismo instante ocurre algo que no esperaba, mis labios se abren para soltar alguna frase irónica, pero lo que sale es una confesión desnuda, sin filtro ni armadura.

—Siento que todo se está yendo a la mierda —digo con voz ronca—. Hoy me he equivocado en la exposición. He olvidado un nombre, una cita y me he saltado un ejemplo. No me ha salido nada como lo había preparado y él… —me detengo y trago saliva—. Él ni siquiera ha reaccionado.

Candy no habla, solo espera mientras me escucha y yo, por alguna razón, sigo hablando.

—No duermo bien, me levanto tarde y llego justa a todo. Estoy agotada. Como si todo lo que había conseguido construir aquí… se me estuviera resquebrajando y no sé cómo pararlo.

—No me digas que esto es por un tío —suelta Candy, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, como si estuviera dispuesta a darme una hostia emocional en nombre de todas las becas conseguidas con esfuerzo y cero ayuda masculina.

La miro y me muerdo el interior de la mejilla. Cuando abro la boca, la voz me sale más suave de lo que esperaba.

Ambas nos quedamos en silencio.

—No es un tío —suelto como una sentencia al fin.

Candy arquea una ceja.

—Es Nolan —sentencio con la voz tan firme como puedo.

Nos quedamos de nuevo en silencio, mientras ella me mira esperando a que continúe.

—Es todo —susurro.

Candy se acerca despacio. Se sienta en la mesa, frente a mí, con los pies apoyados en la silla y deja caer los hombros hacia

adelante.

—Vale. Entonces dímelo claro —me pide con suavidad—. ¿Te ha hecho daño?

—No... O sí. No lo sé. Es lo que no hace lo que más me duele —le respondo encogiéndome de hombros.

—¿Te ha ignorado?

—Hoy ha hecho… como si no existiera. Ha pronunciado mi nombre como si formara parte de la lista del supermercado.

Mi amiga me observa unos segundos, luego se levanta, abre la nevera, saca una cerveza y la deja frente a mí.

—No sé cómo ayudarte con esto —me suelta sin dramatismos —. Pero sé que tú no eres de las que se rompen por alguien que no lo merece.

—Ese es el problema —susurro mientras miro la lata sin tocarla—. Que creo que sí lo merece.

Candy apoya la mano sobre mi brazo y me aprieta con fuerza.

—Pues entonces, tía, no dejes que el miedo te haga comportarte como si no lo merecieras tú también.

No digo nada. No porque no tenga nada que contestar, sino porque ahora mismo, si lo hago, sé que me voy a romper y no quiero llorar aquí, ni delante de mi amiga, con la tele de fondo y el olor rancio de los *noodles* llenándome la nariz.

Me levanto despacio, con el estómago encogido y el corazón palpitando en las sienes.

—Voy a mi cuarto. Necesito… estar sola un rato.

—Vale —responde Candy sin insistir—. Pero si te da por hacer una lista de razones para odiar a Nolan Prescott, avísame. Tengo rotuladores de colores.

Me arranca una sonrisa cansada con su comentario.

—Gracias.

—Para eso estamos las amigas. Para recordarte que no estás loca… solo hormonalmente inestable.

—Genial —resoplo mientras salgo del salón—. Justo lo que necesitaba oír.

—¿Ves? Ya estás volviendo a ser tú.

No sé si es cierto, pero me aferro a esa frase como si fuera una cuerda que me impide caer del todo.

Cierro la puerta de mi cuarto sin encender la luz. No la necesito. Me basta con el resplandor que entra por la ventana desde la calle y dibuja manchas tenues en el suelo de madera. Me desabrocho el abrigo sin prisas, lo dejo caer sobre la silla y me quito los zapatos con torpeza. Tengo la sensación de que me pesa el cuerpo, aunque no es por cansancio físico, sino por desgaste, como si llevarme a mí misma encima se hubiera convertido en un esfuerzo inútil. Me paso las manos por la cara, el cuello y los hombros. Todo está tenso, cargado y crispado. Me saco el jersey por la cabeza y me quedo en sujetador y vaqueros. No tengo fuerza para más, ni siquiera para vestirme, ni para fingir que estoy entera.

Camino hasta el espejo del armario, el de cuerpo entero y me detengo frente a él sin acercarme del todo. La chica que me devuelve la mirada parece otra. Tiene las ojeras marcadas, los labios secos y los ojos húmedos, a pesar de que no ha llorado aún, y la máscara de pestañas corrida. Además, tiene la expresión de quien intenta mantenerse en pie en mitad de una tormenta emocional sin tener un paraguas a mano.

Me suelto el pelo, me abro el pantalón y lo dejo caer. Después, me quito el sujetador, la braguita negra que me puse esta mañana sin pensar en nada y que ahora me aprieta. Me quedo desnuda frente a mí y, por un segundo, tengo la tentación de abrazarme, pero esta vez no lo hago. Porque lo que siento por dentro no se calma con palabras bonitas ni abrazos. Porque se ha colado despacio dentro de mi cuerpo, me ha rodeado las piernas como una serpiente silenciosa y al descuidarme, me ha mordido por dentro.

Me siento en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, las palmas sobre la frente, y dejo que la primera lágrima cálida, silenciosa y torpe salga de mis ojos. Después vienen más. Cada vez más rápidas y desordenadas. Los sollozos me suben por la garganta, me hacen temblar el pecho y me sacuden sin permiso.

Lloro sin disimulo, sin contenerme y sin preocuparme de que Candy me pueda escuchar desde el otro lado del pasillo. Porque ya

no puedo más. Hay una parte de mí que se está rompiendo y ni siquiera sé cómo explicárselo a alguien, ni siquiera a mí misma.

Pensaba que lo había entendido todo y que lo de aquella noche en el hotel fue un accidente, un impulso, un momento de locura en una vida ordenada. Pensaba que el sexo brutal, el anonimato y el juego de no saber nombres ni razones… era solo una manera de vaciarme sin dar nada a cambio. Como un desahogo bien pactado. Pero no lo era, nunca lo fue.

Me echo hacia atrás y me tumbo sobre la cama sin subir la manta para taparme y sentir el frío de las sábanas contra mi espalda me hace estremecer. No por temperatura, sino por contraste.

Lo último que tengo grabado es su cuerpo encima del mío, su respiración caliente en mi oído, esa voz rota que me susurraba que no me escondiera… y sus manos, firmes, agarrándome como si estuviera hecha para él, como si fuera algo prohibido y suyo. Yo no sabía quién era. No tenía ni idea de que ese hombre… era Nolan Prescott, ni de que acabaría rompiéndome por completo.

Vuelvo a mirarme en el espejo. Mi cuerpo parece el mismo a pesar de que mis curvas siguen siendo las mismas, mi piel tiene la misma elasticidad y las marcas leves de las costuras del sujetador continúan en los mismos lugares. Pero yo ya no soy igual, porque ahora tengo cicatrices invisibles que no estaban ahí antes. Porque ese deseo que intenté esconder… no se ha ido. Sigue en mi vientre, en mi pecho y en el hueco que ha dejado su ausencia.

Me paso una mano por los labios y los noto secos, aunque juraría que aún conservan su sabor. Como si la memoria de sus besos tuviera vida propia y se resistiera a borrarse.

—No era una aventura —susurro, casi sin voz.

Cierro los ojos y otra lágrima desciende por mi mejilla.

—Era el principio.

Abro los ojos, vuelvo a mirarme y entonces lo admito.

—Y él lo ha dejado morir.

No sé cuánto tiempo paso tumbada así. Las lágrimas han cesado, pero la hinchazón de los párpados por tanto lloro hace que me ardan. Mi cuerpo se ha quedado inmóvil, como si se negara a

participar en nada más y esta fuera la única forma de resistir: no moviéndose, no sintiendo y no respirando del todo.

Miro al techo y, por un momento, me parece que está más lejos que nunca. Como si se hubiera alejado a propósito y él también quisiera poner distancia. Y esa sensación tonta, casi ridícula, me sacude más que cualquier frase hiriente. Porque Nolan tiene muchas formas de alejarse, pero esta es la peor de todas: no se va, simplemente deja de estar. No dice nada, ni hace ruido, solo baja la mirada y actúa como si no hubiera pasado nada. Pero mientras él finge que no duele… yo me ahogo y eso es lo que más duele y no el sexo sin promesas, ni la frialdad con la que me ha ignorado en clase. Lo que duele es su silencio y que actúe como si lo nuestro hubiese sido un descuido, un error puntual. Pero yo sé que no fue así. Porque mi cuerpo nunca me ha reaccionado así después de un polvo, ni después de una ruptura, ni siquiera después de decir adiós a alguien que quise. Esto es otra cosa. Esto es... un hueco en el pecho que no para de hacerse más grande, como si cada segundo sin su mirada fuese empujando hacia los costados las paredes por dentro.

Me siento otra vez en la cama, desnuda, con los pies fríos y las ideas rondando por mi cabeza. Me paso las manos por los muslos, por las caderas y por el vientre para comprobar que sigo aquí y que no me he evaporado con su indiferencia.

Me inclino hacia la mesilla y cojo la camiseta vieja que uso para dormir y me la paso por la cabeza sin ganas ni cuidado. El cuello se me cae por un hombro y luego me pongo el pantalón corto. Me levanto, camino hasta el espejo y me detengo. Me miro y la imagen que veo es de algo que ya no puedo seguir callando.

—No era una aventura —repito.

La frase se me escapa de entre los labios y noto cómo me tiembla en la garganta. Me acerco y apoyo la frente contra el espejo. El cristal está helado y mi reflejo, borroso, pero me da igual.

—Era el principio —susurro.

Cierro los ojos y dejo que la frase me atraviese.

—Y él lo ha dejado morir —susurro con los labios casi rozando el vidrio.

Apago la luz y me meto en la cama sin esperar consuelo. No lloro, pero me duermo con el pecho tan vacío que no sé si al despertar seguiré siendo yo.

Capítulo 23
Nolan

Traigo el regalo dentro de una bolsa de papel que cruje con cada paso que doy por el pasillo. No he querido envolverlo con papel de colores. El tren de madera merece verse tal cual: vagones lisos, imanes en las bocas, ruedas que ruedan sin esfuerzo sobre la palma y una locomotora roja con una estrella negra en el frontal. Le han puesto un nombre ridículo en la etiqueta del comercio, «Express Dream», pero lo he arrancado con la uña antes de llegar, porque Alistair se merece un juguete sin publicidad pegada. Toco el timbre y oigo unos pies menudos corretear al otro lado, después el arrastre de la cerradura y la voz de Alicia encajada en una media risa:

—Has tardado, señor director.

—El tráfico no perdona —respondo a mi hermana, y levanto la bolsa frente a sus ojos como quien presenta excusa.

Alicia abre del todo la puerta. Lleva una camiseta amplia y unos vaqueros oscuros, y el pelo sujeto con un lápiz en una especie de moño deshecho. Me besa la mejilla con una rapidez cariñosa y me aparta la solapa del abrigo con dos dedos.

—Vienes cargado. Ojalá trajeras también una pizza.

—Tranquila, el tren no mancha.

—Alistair, dile *hola* a tu tío.

Mi sobrino aparece en estampida por el pasillo con un dinosaurio de plástico bajo el brazo. Tiene los ojos de mi hermana y una expresión de concentración, que me recuerda a cuando ella recortaba fotografías para montar sus reportajes con veinte años y la casa se llenaba de trozos de papel y titulares en forma de parte de guerra. Se queda quieto cuando ve la bolsa y yo le señalo la mesa del salón.

—Esto tiene tu nombre —le digo con voz cantarina y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Mío? —pregunta, no muy seguro de merecerlo.

—¡Tuyo!

La casa de Alicia está llena de libros en pilas horizontales, otros en vertical y algunos con papeles asomando como banderitas. La alfombra muestra el mapa de una tarde: coches de colores sin conductor, bloques de construcción alrededor de una torre chata y una libreta abierta con dibujos hechos por mi sobrino. Alistair sube a una silla con la soltura de quien no teme las alturas y mete las manos en la bolsa con un respeto que me sorprende. Cuando saca la locomotora, su cara se ilumina. No necesita instrucciones, porque en seguida empieza a enganchar vagones con los imanes como un ingeniero en miniatura.

Alicia me mira de reojo mientras sirve café en dos tazas grandes.

—Podrías haber venido antes —dice sin acritud—. El niño preguntó por ti el domingo pasado.

—Tenía correcciones de trabajos finales.

—Y una cara que no te aguantas, por lo que veo.

—¿Tanto se me nota?

—Eres un poema sin metáforas, hermanito.

Deja mi taza en la mesa baja frente al sofá, aparta con el codo un coche patrulla que obstaculiza el posavasos y se deja caer en el sofá con la elegancia cansada de las madres, que han corrido tres maratones antes del mediodía. Yo me quito el abrigo y lo cuelgo en el respaldo de una silla y tomo asiento frente a ella. En la alfombra, Alistair prueba tramos de vía sobre la tela y decide que el tren puede entrar en un túnel que no existe.

—¿Cómo va el máster? —pregunta Alicia.

—Funciona. Mucho ego, mucho talento, los porcentajes habituales —le explico encogiéndome de hombros.

—Te conozco. Cuando respondes con el plural institucional es porque algo no te acaba de gustar…

—Estoy cansado —digo y lanzo un resoplido.

—No mientas, que no nos conocemos de ayer...

Se me tensa la mandíbula sola, porque no quiero abrir la caja de los truenos todavía. Me fijo en un póster de la pared, que

muestra una portada antigua de una revista con una fotógrafa en blanco y negro apuntando a cámara. Alicia siempre ha sabido elegir qué colgar para decorar las paredes. El niño, ajeno a cualquier tormenta, suelta un «chuuu» que le sale perfecto y empuja la locomotora con un dedo.

—Tu hijo tiene talento para el transporte —le suelto con una sonrisa sin dejar de mirar a mi sobrino.

—Su tren viene y va, no se atasca, ni pide permiso para cambiar de vía. Créeme, es una lección.

Bebe un sorbo de café y me atraviesa con la mirada como hace desde que éramos adolescentes. En aquella época yo me refugiaba en los libros y en las clases, ella en el primer trabajo que le ofrecía una redacción como reportera. Nuestro padre era ese tipo de hombre que siempre estaba lejos, incluso cuando cruzaba la puerta. Presente de cuerpo, pero con la cabeza a millas de distancia de nosotros. Alicia, desde niña, también aprendió a escapar como él y yo, a sobrevivir entre lo que se me rompía por dentro. En el fondo, seguimos igual.

—¿Cómo estás, Nolan? —pregunta al fin, no en plan ritual, sino como quien clava una bandera en la cima después de una dura ascensión.

—Es una pregunta amplia.

—Responde una parte entonces —me contesta encogiéndose de hombros.

—Duermo mal.

—¿Por trabajo?

—Por… otras cosas.

Alicia apoya la taza en el borde de la mesa y sus dedos golpean dos veces la porcelana. No presiona, aunque tampoco suelta la presa. Alistair nos mira un segundo, evalúa si estas frases de adultos le afectan de algún modo y decide que no con la cabeza y regresa a jugar con su tren.

—No te lo voy a sacar a pinzas —dice—. Lo harás tú cuando se te hinche la boca.

—Siempre tan poética.

—Trabajo con titulares cochambrosos ocho horas al día. Déjame la poesía para casa.

La miro, acerco la taza hasta mí y me la acerco sin beber. El café calienta la yema de mis dedos, lo justo para atreverme a decir una frase sin ceder en todas.

—He sido un gilipollas.

—Sigue.

—No me refiero a un mal día, ni a un mal gesto. Me refiero a una actitud cobarde.

—Te escucho.

Me humedezco los labios. No voy a nombrarla, al menos, no aquí, ni todavía, porque sé que, si digo su nombre, se me rompe algo que, por raro que suene, me ayuda a mantenerme de pie. Aun así, su imagen está presente en cada uno de mis músculos.

—Supón —digo después de aclararme la garganta— que un profesor ha tenido una relación con una mujer antes de ser alumna. Supón también que, al empezar el curso, descubre que esa mujer se sienta en primera fila. Supón ahora que el profesor decide actuar como si no hubiera pasado nada para no comprometerla, para proteger la institución y para conservar su puesto.

—Ya. En ese supuesto, el profesor piensa que es el héroe de una película triste, ¿no?

—No es un héroe. Es un idiota con traje.

—¿La quieres?

La pregunta no suena como un disparo ni como una caricia, sino es un bisturí que se me clava justo en medio del pecho.

—Lo que siento me ha cambiado el pulso —respondo.

—Eso es un sí, pero con literatura.

—No sé en qué momento pasó. Solo sé que desde aquella noche creo que me han cambiado de cuerpo. Todo me sienta distinto: el café, la ciudad, el trabajo… hasta mi casa.

—Cuidado con eso —dice Alicia—. Cuando el mundo cambia de sabor por una persona, o te alimentas bien o te intoxicas.

Alistair interrumpe su propia ruta y levanta la locomotora a la altura de la mesa y la gira para enseñármela, orgulloso.

—Mira, tío, ahora va marcha atrás.

—Eso también pasa —respondo—. A veces hay que ir hacia atrás para encontrar la vía buena.

El niño se ríe como si acabara de oír un chiste complicado y regresa la locomotora al suelo. Alicia sonríe ante la escena, aunque recupera el hilo al instante

—Dices que has actuado para protegerla, de acuerdo. Pero, la pregunta es: ¿la has escuchado? ¿Has preguntado qué quiere ella? ¿Has tenido en cuenta algo más que no sea el reglamento?

—He mirado. Demasiado. Y cuando no he mirado me ha bastado oler… —paro ahí. He estado a punto de decir una frase que no debo decir delante de un niño. Alicia lo capta y no me perdona el desliz con una ceja alzada.

—No necesito detalles —avisa—. Me basta con saber si te has comportado como un adulto o como el veinteañero, que se creía el salvador de una casa que ni siquiera pedía que la salvaran.

—He querido marcar distancia y que nadie pudiera señalarnos. Aunque también he querido volver a besarla contra una pared del campus. Las dos cosas a la vez.

—El corazón no sabe bailar sevillanas y tango al mismo tiempo. Decide la música que prefieres, Nolan.

—Si decido mal, la hundo.

—Si no decides, también.

Me echo hacia atrás en el sofá. Me paso una mano por la nuca.

—Te pasa algo más —dice—. No es solo miedo a un expediente disciplinario. Te conozco mejor que tú y sé que estás evitando una pregunta de fondo.

—¿Cuál?

—La más simple. ¿Estás enamorado de una alumna?

La palabra «enamorado» queda suspendida entre los dos como una prenda tendida que alguien se olvidó de recoger. Me sorprende no caer de inmediato en el lugar común de negarlo. Aun así, la boca se adelanta por vicio.

—No.

—Mientes fatal.

No hay reproche en su voz, solo un diagnóstico que no tiene miedo a equivocarse. Desplazo la mirada hacia el suelo y veo que Alistair ha unido las vías formando un óvalo irregular que invade medio salón. La locomotora da vueltas con una obstinación adorable y me pregunto cuántas veces aguantará sin descarrilar.

Alicia se inclina hacia mí.

—Si la pierdes por protegerla, ¿te quedarás en paz?

—No.

—Si la hundes por cobarde, ¿podrías dormir igual de tranquilo?

—Menos aún.

—Entonces suelta la cuerda y habla claro.

Aparto el café y me froto la cara con las dos manos. El cansancio no se parece al de otros años, porque este nace de otra parte. No lo arreglan ni los horarios ni un par de noches enteras corrigiendo, porque viene de ella y es un dolor nuevo que a ratos duele bien y a ratos quema.

—La voy a perder o a destruir… O ambas cosas.

Alicia no se sorprende. Deja la taza junto a la mía, junta las manos sobre las rodillas y se toma un segundo para escoger palabras. En eso se parece a mí. No dispara al primero que pasa; apunta, suelta, espera.

—Sabes que te quiero —me dice a media voz—. Por eso te lo voy a poner fácil. Deja de actuar como si el mundo te observara desde un palco. No eres tan interesante. Nadie te va a escribir una tragedia griega por elegir a la mujer a la que quieres. Lo que sí hará daño es seguir jugando a «no ha pasado nada».

—A veces tengo la sensación de que si la toco en público se acabará todo.

—Se acabará si lo haces mal. Si lo haces bien, empezará otra cosa.

Alistair frena el tren con la mano y lo vuelve a empujar con más fuerza. La locomotora arranca con un sonido leve de madera contra madera. Me gusta ese ruido, me recuerda a cuando Alicia y yo organizábamos carreras de coches en el pasillo con monedas apostadas que nunca pagábamos.

—¿Qué harías tú? —le pregunto mirándola a los ojos.

—Lo que harías si fueras valiente de verdad —responde—. Decírselo, pero sin excusas. Decirle directamente la verdad. «No fue una equivocación». A partir de ahí, que te diga si quiere compartir contigo lo que venga.

No respondo, aunque lo que no digo me pesa más que cualquier palabra. Me pesa su nombre en la garganta, su boca en mi memoria, esa mirada suya justo antes de llevarme la contraria en clase o la forma en que alza el mentón cuando se niega a ceder. Pero todo eso pesa menos que su risa

Alicia toca con el pie una pieza suelta del tren y la acerca al circuito.

—Mira al niño —dice—. Construye, prueba, se equivoca, corrige y no dramatiza. A lo mejor te conviene aprender de él —acaba encogiéndose de hombros.

—Tú sigue comparándome con un pequeño dictador del ferrocarril.

—Me encanta que te pique. Te mantiene vivo.

Alistair levanta la cabeza y busca mis ojos.

—Tío, ¿te gusta mi tren?

—Me encanta, cariño.

—Mañana haré otro más largo.

—Seguro que será muy chulo —añado.

Asiente convencido y retoma la marcha. Alicia sonríe y vuelve a mirarme. Me observa en silencio, con esa paciencia infinita, que siempre ha conseguido sacarme de quicio. No necesita hablar; basta con la forma en la que me mira para obligarme a soltar lo que llevo atascado en la garganta. Me paso la mano por la mandíbula, tenso como una barra de hierro.

—Hermano —añade Alicia, más suave ahora—, la vida no es un reglamento universitario ni una sala de juntas. Es esto. —Señala a Alistair, a la casa llena de caos, a la alfombra plagada de vías mal encajadas—. Es elegir todos los días, aunque no haya garantías.

La escucho y, por primera vez, lo acepto sin resistencia. No puedo seguir escondido detrás de un despacho, porque Freya no es

una alumna o no es solo una alumna. Ella es todo lo que no sabía que necesitaba.

Capítulo 24
Freya

El campus está más revuelto de lo habitual. Los pasillos están llenos de voces y los estudiantes van cargados de carpetas de un lado a otro, esquivándose sin mirarse. En las escaleras, alguien discute en voz alta sobre una entrega final y, a lo lejos, suena el pitido corto del ascensor y el zumbido de las impresoras. Todo vibra con la típica ansiedad académica de final de semestre.

Yo estoy en la biblioteca sentada frente a un manual abierto por la mitad y con la mirada clavada en una línea, que la llevo leyéndola desde hace cinco minutos sin entender una sola palabra. Siento la cabeza pesada, pero no de sueño, sino de pensar en Nolan, en la última vez que lo vi y en la última vez que fingimos que esto no nos estaba jodiendo vivos.

Justo en ese mismo momento y sin previo aviso, una sombra se planta frente a mí.

—Freya Quinn —me dice una voz firme y seca.

Levanto la mirada y veo que una de las asistentes de secretaría me observa desde el otro lado de la mesa, enfundada en un traje gris perla y tiene una carpeta sujeta contra el pecho.

—La secretaria de dirección académica quiere verla en su despacho. Ahora.

—¿Perdón? —pregunto, aunque he oído cada sílaba que ha dicho perfectamente.

—Ha dicho que inmediatamente —repite, sin variar el tono.

Noto como de repente, la sangre me baja a los tobillos. Alzo la mirada y veo que varios compañeros levantan la cabeza y me miran. Intento que mis gestos no me delaten, pero noto cómo las manos me tiemblan mientras cierro el manual. Recojo los papeles sin orden y los meto como puedo dentro del bolso y noto cómo el corazón me golpea con fuerza en medio del pecho.

La sigo hasta la salida de la biblioteca y al salir, el contraste con el bullicio del exterior me sacude como un cambio brusco de temperatura. Si embargo, cuando salimos del ascensor a los pasillos de las plantas superiores, donde están los despachos de los profesores se respira una calma tensa, como si alguien hubiese bajado el volumen del mundo para dejar espacio al juicio. Cada paso que doy retumba dentro de mí. Ella camina unos metros por delante y lo hace sin molestarse en darme una sola explicación, sus tacones resuenan contra el mármol, mientras yo la sigo en silencio, con las manos frías y el estómago encogido.

Cuando llegamos a la zona en la que están los despachos de dirección, noto cómo me sudan las axilas y la espalda se me humedece bajo la blusa. Siento cómo mis piernas avanzan por pura inercia, como si fuera otra persona y no yo la que acude al despacho de la secretaria de dirección académica sin saber por qué. El máster, que hasta ayer me parecía una oportunidad o una meta en, un lugar de prestigio… hoy me parece algo que viene a rendirme cuentas.

La asistente de dirección se detiene ante una puerta pulida con una pequeña placa dorada. Ni se gira para mirarme y la abre sin decir nada.

—Pase —me ordena.

Dentro, me encuentro con la secretaria principal, una mujer de unos cincuenta, con gafas de montura metálica, un moño estirado y unos labios delgados pintados de un rojo apagado, levanta la vista desde su escritorio. La miro y veo que no hay nada fuera de lugar en su mesa. Tiene las carpetas perfectamente alineadas y la agenda abierta con un bolígrafo centrado.

Me quedo quieta frente a ella y sin saber si debo sentarme a una de las sillas que tiene frente a ellas o esperar una orden que me diga qué tengo que hacer. Al final, avanzo un paso y ocupo una de las sillas frente a su escritorio. Al sentarme, la piel sintética cruje bajo mi peso y noto que el corazón me late tan fuerte que por un momento temo que se oiga en la sala.

—¿Freya Quinn? —me pregunta ella, clavándome la mirada.

—Sí —le respondo, con un hilo de voz que siento que apenas me pertenece.

Abre el primer cajón de su mesa. Saca un sobre blanco, lo sostiene unos segundos con la punta de los dedos, y lo deja sobre la superficie como si me estuviera entregando un arma descargada.

—Esto es para usted.

Lo miro, aunque no lo toco.

—¿De qué se trata? —le pregunto alzando la mirada a su cara.

Se acomoda las gafas sobre el puente de la nariz con un gesto medido.

—Es personal —me dice, separando lentamente las manos de la mesa como si acabara de quitarse de encima una responsabilidad que no le pertenece.

Alargo la mano y lo cojo con cuidado. Cuando lo tengo entre los dedos, lo miro y veo que está sellado. Mi nombre aparece escrito a mano. Reconozco la presión de la tinta en el papel y la letra, lo que hace que me eche a temblar.

—Gracias —acierto a decir, más por educación que por convicción.

Pero ella ya ha pasado página. Ha cogido otra carpeta y ha vuelto a su ritmo de trabajo, como si yo ya no estuviera en la sala.

Me levanto y salgo con el sobre entre los dedos, y por un segundo me parece que me arde la mano. Camino tan rápido como mis piernas temblorosas me lo permiten y busco el primer pasillo con la carta apretada contra el pecho. Dos puertas más allá del despacho encuentro el cartel metálico y entro sin pensármelo. Dentro encuentro unas paredes de azulejos blancos extremadamente brillantes, tres lavabos individuales, varios puntos de luces led de luz blanca y un secador de manos que se pone a funcionar de repente, lo que provoca que me sobresalte al escucharlo. No he querido abrir el sobre en medio del pasillo, porque no tengo ni idea de qué contiene, pero tampoco me apetece hacerlo en una cabina. Me quedo frente al espejo, apoyo el bolso en la encimera y respiro profundamente, en un intento de tranquilizarme. Giro el sobre y veo otra vez mi nombre escrito con una letra recta, firme y sin adornos. Paso la uña por el borde y la solapa cede. Dentro encuentro una hoja doblada en dos, el papel es de color

crema y tiene un gramaje grueso. Trago saliva y la abro despacio. En un primer vistazo, veo que empieza directamente con mi nombre. No usa fórmulas ni se esconde.

Freya:

No te escribo como tu profesor, sino como el hombre que desde aquel beso no ha vuelto a dormir una noche entera. He cogido papel y tinta, porque no quiero que esto sea un correo más en tu bandeja de entrada. Quiero que lo tengas entre las manos y que sientas que es real.

Sé que durante todo este tiempo no he estado a la altura. He sido frío cuando lo último que quería era alejarte de mí. He fingido distancia, porque pensaba que así te protegía, cuando en realidad solo te estaba haciendo daño y también me lo hacía a mí.

No quiero seguir escondiéndome detrás de excusas, porque lo que sucedió entre tú y yo no fue un error. Así que, si aún me dejas esperarte, haré lo que haga falta para estar a tu lado de la forma que mereces.
Nolan.

Las letras que conforman los renglones que tengo frente a mí parece que se mueven mientras las leo.

«No te escribo como tu profesor...»

Ahí es donde me desarmo, porque podría haber empezado como todos los demás, desde esa versión fría de sí mismo que lleva semanas usando para mantenerse distante de mí. Pero ha escrito «hombre» y no «profesor». Y en ese momento sé que no está fingiendo y que esto le duele.

Me agarro al borde del lavabo con ambas manos, porque siento que, si no me sujeto, me caeré al suelo. Sigo leyendo. «No he estado a la altura», «he fingido distancia», «no fue un error». Me cuesta procesarlo todo. La palabras se me emborrona delante de los ojos, y no por la luz, sino porque me han empezado a caer lágrimas sin pedirme permiso. Me arde la garganta y siento que me late el vientre como si algo se despertara dentro. Me río, incluso. Una risa rota y breve cuando leo lo del papel y la tinta. Es tan suyo… Tan de

alguien que lleva demasiado tiempo viviendo con miedo a romper las normas.

Levanto la carta y me la acerco un poco más para protegerla de las gotas. Justo en este momento, una chica entra en el baño. Veo que me mira a través del espejo y, al instante, capta la escena, la energía y el temblor. No dice nada. Se limita a lavarse las manos, se las seca y se va. Agradezco el silencio y que no intente suavizar nada.

Finalmente, decido meterme dentro de una de las cabinas y cierro la puerta. Bajo la tapa del váter. Me siento con las piernas temblando y la carta entre las manos. La extiendo sobre los muslos y la miro como si me hablara en voz baja.

«No fue un error».

Leo esas cuatro palabras en voz alta, como si necesitara escucharme decirlo para creérmelo. Las palabras flotan en el aire cerrado de este cubículo y se me cuelan por la boca. Me duele mucho más de lo que esperaba. Eso hace que me cabree, porque aunque ahora me haya escrito, durante estas últimas semanas me ha ignorado, bueno, mucho más que eso, me ha borrado, porque cada vez que se ha cruzado conmigo en el pasillo lo ha hecho como si no me conociera.

Aun así, me estremece imaginarlo escribiendo esto. Solo, con la chaqueta colgada en una silla, doblando el cuerpo sobre la mesa, pensando cada línea y luchando contra cada frase con el bolígrafo en la misma mano que me ha acariciado la espalda.

Me limpio la cara con la manga, porque un rastro de máscara de pestañas me ha manchado la cara, pero no me importa

Saco el móvil, lo enciendo y lo miro. Me hierve escribirle una respuesta cortante, rápida y afilada. Un mensaje que diga: «¿Y mientras tanto qué hago yo con todo lo que has callado?». Pero no lo escribo. Vuelvo a la última frase. «Si aún me dejas esperarte…». Y ahí sí que me cruza la dulzura, que me despierta, y la rabia, que me provoca, a la vez, porque no soy alguien que espera sentada mientras él decide si se queda o se va.

Pero ha escrito esta carta a mano y en cada palabra hay algo suyo que no me deja indiferente.

Cierro los ojos y siento el papel entre mis dedos y sé que, aunque me haya destrozado, todavía no quiero romper esto.

De repente, golpean la puerta de mi cabina con unos golpes tímidos.

—¿Está libre? —pregunta una voz.

—No —Carraspeo—. Perdona.

—Ah, disculpa, entro a la de al lado, no me había dado cuenta de que no estaba libre —me dice la misma voz de mujer desde el otro lado de la puerta.

Vuelvo a mí. Doblo la carta con cuidado y la apoyo un momento sobre el muslo para frotarme los ojos con las puntas de los dedos. Me limpio con papel, respiro hondo y salgo. Me acerco de nuevo al espejo y veo que tengo los ojos hinchados, el labio inferior hinchado por habérmelo mordido sin darme cuenta y el cuello rojo. Parezco la versión evidente de una mujer que ha perdido y recuperado el aire en cinco minutos.

Alguien entra y suelta un «joder, qué día». Me aparto a un extremo y dejo paso. Miro la carta, que conservo doblada en una de mis manos como si fuera un talismán y se me escapa una media sonrisa. Enciendo el aire del secador para estirar el tiempo y que nadie oiga cómo le hablo al papel.

—Vale —susurro—. Me has pedido que te espere y me has dicho que no fue un error. Gracias por llegar tarde. Ahora te toca correr.

Al mirar el papel en el espejo, arrugo el entrecejo a la vez que hay algo escrito en el reverso. Me había pasado totalmente desapercibido por las prisas. Giro el papel y veo que hay tres líneas más escritas, aunque estas, por lo que veo, no las ha escrito con la misma seguridad de las primeras. La letra se estrecha un poco, como si el pulso le hubiera temblado.

«No quiero que cargues con lo que todavía no he sabido gestionar por mí mismo. Voy a poner las cosas en su sitio y cuando lo haya hecho, volveré y te pediré perdón mirándote a los ojos. No pienso esconderme detrás de una carta para hacerlo».

Me muerdo el labio hasta notar el sabor del metal. Me pongo derecha, me aliso la falda con una mano, doblo la carta con la

precisión de quien cuida una reliquia y la guardo en el bolsillo interior del bolso, donde guardo lo que no quiero perder. En ese momento, veo que la puerta del baño se abre y entra una profesora que he visto un par de veces por los pasillos. Me mira de pasada, fija un segundo la vista en mis ojos hinchados y decide que no es asunto suyo. Baja la cabeza y se mete en una cabina. Aprovecho el momento para acercarme al espejo una última vez y recomponerme un poco: me pongo un poco de brillo de labios, me peino con una coleta firme y me meto la blusa dentro de la falda. No puedo borrar el rastro de las lágrimas en mis ojos hinchados, pero me da igual.

Cojo el bolso y abro la puerta. Cuando salgo, el pasillo me recibe con el mismo rumor de pasos y voces, pero ahora tengo la sensación de que ya no me retumba igual. Camino hacia la salida del edificio con la carta en mi bolso y al doblar la esquina del pasillo alguien me roza el brazo. Es la misma asistente que ha venido a buscarme en la biblioteca.

—¿Todo bien? —me pregunta sin mucha curiosidad.

—Sí. Gracias.

—De acuerdo.

Se va con su carpeta y su paso rápido, mientras yo bajo las escaleras con una ligereza rara que no había sentido desde hace semanas. La barandilla metálica está fría, por lo que aparto la mano de ella. Cuando llego al vestíbulo, cruzo el arco grande que da a la explanada central y respiro. Mientras camino, noto que el móvil me vibra.

Candy:
¿Comemos juntas o estás a punto de incendiar el campus?

Su humor acertado me atraviesa y tecleo una respuesta corta:

Freya:
Te cuento en casa.

No doy más detalles porque contarle todo con la carta delante.

Me siento un minuto en un banco de piedra bajo la cornisa del edificio y saco el folio de nuevo. Lo leo por tercera vez y ahora

cada línea me suena distinta: «hombre», «no fue un error», «de pie». Me levanto y guardo la carta. No pienso dejar que esta hoja sea un recuerdo bonito que yo me trago para que a él se le pase el susto. No va de eso sino de salir del escondite ambos.

Cruzo la explanada con paso decidido. La biblioteca queda a mi izquierda y el edificio de dirección a mi derecha, los árboles del patio con ese verde cansado de final de semestre me rodea. Un grupo discute sobre la evaluación, una pareja se besa cerca de la estatua central y un chico toca la guitarra sin pedir permiso. El mundo sigue y el mío también, pero con la brújula al fin señalando un destino claro.

Saco el bono del metro del bolsillo superior del bolso y bajo a la estación. Quiero llegar a casa cuanto antes. Quiero abrir la puerta, enseñarle la carta a Candy, escucharla gruñir un «ya era hora».

El tren tarda un par de minutos y me quedo de pie junto a la columna rayada de rojo y blanco. Dos estudiantes cuentan chistes malos a mi lado, una mujer mayor mira la pantalla de su teléfono y frunce el ceño, quizá por una factura, o quizá por si hijo que no la ha llamado. Mientras noto una energía en mis muslos, que me deja entrever las ganas de ir a por Nolan y decirle a la cara todo lo que guardo dentro.

El convoy del metro entra con su rugido metálico en la estación. Subo, busco un hueco junto a la puerta y apoyo la espalda en el cristal. La vibración de la marcha me sacude el esternón, mientras pienso en Nolan recibiendo como una mujer que ya no tiembla por miedo, sino por hambre de verdad. Aprieto el bolso contra el costado como si fuera un escudo y cierro los ojos un segundo y me digo que aunque, por ahora, me conformo con su carta, ya he empezado a ir a por él.

El metro me escupe en Harlem con el cuerpo todavía en tensión. La carta va en el interior de mi bolso, protegida como si llevara dentro una bomba que puede estallar en cualquier momento. La acaricio con los nudillos al subir las escaleras hacia el exterior, como si así me asegurara de que sigue ahí. El aire del barrio me envuelve con el ruido habitual y desordenado de coches, conversaciones en la acera

y música que se filtra desde una ventana abierta. Todo suena más vivo que cuando he salido esta mañana, como si el papel doblado que llevo en mi bolso hubiera cambiado la frecuencia con la que yo ahora recibo el mundo que me rodea.

Camino hasta el edificio con paso rápido y subo los peldaños de dos en dos, empujo la puerta y me encuentro a Candy en el salón, tirada en el sofá con una camiseta enorme, las gafas de pasta torcidas y una bolsa de patatas abiertas a su lado. En la tele, un programa de esos de juicios absurdos.

Levanta la cabeza en cuanto me ve entrar.

—¿Y esa cara?

Me quedo en el marco de la puerta, demasiado nerviosa como para fingir normalidad.

—He tenido un día largo.

—No te creo. —Entrecierra los ojos—. ¿Ha pasado algo?

Me acerco para besarle la frente.

—Luego hablamos. Necesito estar sola un rato.

—Vale, tortuga. —Levanta la bolsa de patatas a modo de brindis—. Aquí estaré, con la justicia americana.

Sonrío un segundo, lo justo para que no se preocupe más de la cuenta. Cruzo el pasillo, entro en mi cuarto cerrando la puerta tras de mí con suavidad y apoyo la espalda contra la madera.

Mi habitación es la misma de siempre: mi cama individual, el escritorio con apuntes desperdigados, los post-its en la pared que parecen pedirme que no los abandone. Pero hoy todo me parece distingo, porque hoy tengo un sobre escondido en el bolso que lo ha cambiado todo. Lo saco, lo coloco sobre la colcha y me siento frente a él.

Doblo las piernas, apoyo los codos en las rodillas y vuelvo a desplegar la carta. La tinta sigue fresca y las palabras en pie. Leo otra vez cada línea, y siento que se me abre una herida nueva y, al mismo tiempo, un refugio en medio del pecho. Lloro en silencio y dejando que las lágrimas recorran la piel hasta caer sobre el edredón.

Pienso en todo lo que me ha hecho pasar: sus miradas evitadas en clase, su frialdad, la manera en que me ignoraba delante

de todos… Y siento rabia, pero también pienso en la noche en que me sostuvo la cara entre las manos como si fuera lo único que importaba y esa contradicción me rompe y me enciende a la vez.

Me pongo en pie, voy hasta el espejo del armario y me miro con los ojos rojos, el pelo encrespado y la boca mordida. No soy la misma que entró en ese baño del campus temblando de miedo. Ahora soy otra.

Apoyo la carta contra el cristal y digo en voz alta y firme:

«No sé si voy a perdonarte, Nolan Prescott. Pero pienso ir a buscarte y, esta vez… no me vas a cerrar la puerta».

Mi reflejo me devuelve una sonrisa torcida, agotada pero decidida. Pliego el papel con cuidado, lo guardo de nuevo en el bolso y me dejo caer sobre la cama con la sensación de que, por primera vez, el tablero se inclina hacia mi lado.

Capítulo 25
Nolan

Siento que este despacho ya no me pertenece. Incluso la lámpara del rincón, que apenas ilumina toda la estancia, me resulta ajena. Igual que la butaca vacía, donde a veces me sentaba a leer expedientes, o la estantería, donde he guardado mis cosas; o la mesa que he utilizado mil veces para encarar una decisión incómoda, para mantener una conversación tensa o para recibir a un alumno con talento o con miedo.

Ahora tengo la sensación de que ya no queda nada de eso, sino solo el recuerdo de lo que fue. Respiro hondo mientras me subo las mangas de la camisa hasta los codos y cuelgo la chaqueta en el respaldo, como si fuera a volver a ponérmela, pero no lo haré. De mi vida en la universidad solo me queda esta caja que he llenado durante la última hora sin pensar demasiado y tengo la sensación de que cada objeto que he guardado dentro tuviera el poder de cerrar una puerta, aunque por dentro aún siga abierta.

Los cuadernos que usaba para preparar los seminarios, con páginas dobladas y apuntes al margen que solo yo entiendo están al fondo. Encima he puesto un par de carpetas con informes que ya nadie leerá. Luego el reloj viejo, ese que nunca me he atrevido a tirar. Y, entre todo eso, la pluma que me regaló Alicia cuando me publicaron por primera vez y que es lo único de todo esto que me ha acompañado de verdad siempre. Incluso más que muchos colegas, algunas relaciones y que esta universidad.

Junto a la caja queda un marco con una fotografía de mi madre con Alicia en una playa del norte. Mi madre sonríe junto a mi hermana, que debería tener unos seis años. No es una imagen que mire a menudo, pero hoy me ha costado dejar de hacerlo. Observo a mi alrededor y tengo la sensación de que ahora el despacho se parece a una habitación de hotel después de haberla vaciado. Es un

espacio limpio y vacío, pero no neutro, porque todavía quedan mis huellas en él: marcas de libros en las baldas, manchas suaves en la pared donde estuvieron los cuadros y una línea de polvo más clara sobre la mesa, que dibuja el lugar exacto donde solía dejar el portátil.

Durante los últimos años, he pasado más horas aquí que en casa. En este lugar, he tomado decisiones, he creído tener el control de todo, he callado verdades y he fingido estar bien muchas veces. Lanzo un hondo suspiro y me acerco al ventanal, la ciudad empieza a cambiar. La línea del cielo se oscurece mientras las luces de Manhattan se encienden poco a poco. Veo taxis cruzando las calles con los faros encendidos, peatones con las cabezas gachas y los abrigos abiertos, y ventanas de oficinas, donde todavía queda alguien, como yo resisten el final del día.

Cuando me observo en el reflejo de ese cristal, no me reconozco del todo. Veo a un hombre que parece perdido sin todo eso que lo ha sostenido durante años: el cargo, las normas y el control. Tengo la sensación de que al quedarme sin ese escudo, ya no sé ni quién soy. Tengo la camisa arrugada, la corbata suelta y la mirada perdida. No estoy bien desde hace tiempo, pero hay algo en mi reflejo que ya no quiero ocultar. Algo que se ha roto poco a poco y sin hacer mucho ruido con cada gesto que Freya ha dejado de hacer, o cada vez que no me ha mirado, cada vez que no ha estado… Lo peor de todo es que eso que se ha roto, ahora no sé cómo repararlo.

El cargo, las reuniones, todo el andamiaje que he mantenido durante años ha dejado de ser importante desde que entró en mi vida. La verdad es que creo que no lo ha roto, sino que lo ha dejado al desnudo y me ha mostrado lo que había detrás de todo mi control. Ahora que he firmado la renuncia de mi puesto y he metido mis cosas en esta caja de cartón, no siento liberado de nada, lo único que noto es un gran vacío en medio del pecho, que no tengo ni idea de cómo lo voy a llenar.

Pensé que renunciar a mi cargo sería suficiente y que el sacrificio limpiaría la culpa y que con mi adiós estaría protegiéndola

a ella. Me autoconvencí y la carta que le escribí ha sido lo más honesto que he sabido hacer en semanas. Pero, ¿y ahora?

Resoplo y apoyo la palma de las manos contra la superficie fría del cristal. Me obligo a quedarme quieto, pero en esa quietud me golpea la idea de que quizá me he equivocado, porque tal vez lo que ella necesitaba no era que me apartara, sino que me quedara y peleara por los dos. Pero ya no tengo manera de saberlo. Ahora solo tengo esta ciudad al otro lado del vidrio, este despacho que ya no es mío, esta caja a medio cerrar con las cuatro cosas que siempre me han pertenecido, y el nombre de Freya atascado en la garganta.

Mientras sigo apoyado en el cristal, escucho cómo el pomo de la puerta giro. Arrugo el entrecejo extrañado y me doy la vuelta con el pulso acelerado, sin saber si estoy esperando a Freya… o temiendo que sea ella. La puerta se abre despacio y tras ella aparece. Se queda en el umbral sin moverse y con una mano apoyada en el marco, como si no estuviera del todo segura de cruzarlo. Durante unos segundos no se oye nada, ni siquiera el reloj del despacho, ni el tráfico que retumba más allá de los ventanales. Solo se escuchan nuestras respiraciones, mientras seguimos el uno frente al otro sin dejar de mirarnos.

Tengo la sensación de que en este momento podría caerse el techo o arder media ciudad ahí fuera, y yo seguiría mirándola del mismo modo en que lo hago en este momento. Observo cómo lleva el pelo y el pequeño temblor de su mentón, aunque apriete la mandíbula para disimularlo. También me fijo en el brillo de los ojos, que creo que no es rabia sino algo mucho más difícil de encajar. Veo dolor en su mirada, de ese que anida dentro del pecho.

Cuando por fin habla, lo hace sin titubear y sin que le tiemble la voz.

—¿Pensabas marcharte sin decirme nada?

Trago saliva antes de responder.

—Te lo dije en la carta. No puedo quedarme sin hacerte daño.

Cierra la puerta detrás de sí sin apartar la vista de mí y da un paso hacia donde estoy.

—¿Y quién te ha dicho que eso me importa más que te vayas?

Algo es su pregunta me deja sin aire. No por lo que insinúa, sino porque lo ha dicho como si lo hubiera tenido claro desde el principio. Como si todo esto, todo lo que yo me he esforzado en controlar, ya estuviera decidido mucho antes.

Me cuesta sostenerle la mirada. Pero no la aparto. No puedo hacerlo, porque sé que, si lo hago, si bajo los ojos, pensará que me he rendido y tendrá razón.

—Freya… —le digo con voz baja y áspera, como si llevara días sin pronunciarlo y mi cuerpo tuviera que volver a aprender a decirlo.

No sé si tengo derecho a acercarme, pero lo hago despacio. Al llegar hasta ella, levanto una mano, dudando durante una fracción de segundo antes de tocarla. Hasta que las yemas de mis dedos rozan su mejilla. Cuando nota mi roce cierra los ojos y deja caer un poco su cara hacia mi palma, como si, pese a todo, aún encontrara refugio en mí.

Siento su respiración rozándome la muñeca y su piel caliente. En este momento, querría decirle muchas cosas. Que me ha desmontado, que no soy el mismo desde que apareció y que la echo de menos incluso cuando está delante. Pero no me sale nada que no suene a excusa.

Solo alcanzo a murmurar lo que siento ahora.

—Si me quedo... te arrastro.

Sé que mi frase debería alejarla, porque si tiene algo de sentido común, giraría sobre sus talones y se marcharía de aquí sin mirar atrás.

—Y si me voy... —añado— te pierdo.

Mis palabras cuelgan entre los dos como un hilo que nadie sabe cómo cortar sin acabar desangrado. Ella abre los ojos y me sostiene la mirada. Lo que veo en sus ojos no es resignación, sino coraje, deseo, pero también, algo más fuerte aún: elección.

—Entonces cállate y fóllame.

Su frase me revienta por dentro. No me excita, sino que me desarma, me arranca la culpa de cuajo, me agarra del cuello y me obliga a respirar. La miro como si no pudiera creer lo que acaba de decirme, pero lo ha dicho y no hay marcha atrás.

Le rodeo la cintura sin pensar si debería hacerlo y la acerco a mí con una urgencia que me cruje en las costillas. Su cuerpo encaja con el mío como si siempre hubiera sido mío. Cuando la beso lo hago sin contenerme. Ella me besa sin resistirse y se cuelga de mi cuello como si acabara de saltar al abismo conmigo. Me muerde el labio inferior y se deja hacer.

Le recorro la espalda con mis manos y bajo hasta sus caderas. La levanto del suelo y ella aprieta las piernas contra mis caderas sin dejar de besarme. Camino con ella en brazos hasta la mesa. La apoyo con cuidado, pero con desesperación, porque no puedo creer que la tengo entre mis brazos, porque pensaba que la había perdido por completo.

—No quiero que pienses —me dice con la voz ronca—. Solo tócame.

Le arranco la blusa con una torpeza, aunque a Freya no parece importarle. Ahora mismo, solo me busca con la boca mientras se desabrocha el sujetador. Le beso el cuello, los hombros, los pechos, y me detengo un segundo en la curva de su omóplato, donde sé que se encoge cuando la toco. Se lo beso y ella se revuelve. Me quita la camisa con fuerza. M clava las uñas en mi pecho.

—Más —me exige—. Más, Nolan.

Le desabrocho el pantalón sin dejar de besarla y me arrodillo frente a ella. Se apoya en mis hombros para mantener el equilibrio, mientras le quito la ropa interior de un tirón. Cuando la tengo desnuda, me paro a observarla y la veo abierta para mí, sobre la mesa donde antes firmaba contratos y corregía ejercicios.

Me coloco entre sus piernas y vuelvo a besarla, mientras con las manos acaricio sus pechos llenos y turgentes. Sus pezones erectos y rosados me piden atención, por lo que desciendo hasta ellos dejando un reguero de besos a mi paso. Los lamo con ansia y los aprieto con suavidad con el pulgar y el índice de mi mano derecha. Después sigo descendiendo hasta sus ingles que las beso con deseo. Llevo mi mano hasta sus pliegues y los encuentro húmedos, listos para mí. Sonrío y la miro desde mi posición. Ella me mira mordiéndose el labio inferior, sin apartar mis ojos de los suyos

desciendo hasta llegar a su clítoris. Lo beso de forma lenta. Abro la boca sobre ella y saboreo lo que jamás he olvidado durante todo este tiempo. Su cuerpo tiembla y se le escapa un gemido bajo al introducir un dedo entre sus pliegues, mientras mi lengua traza círculos suaves y después más intensos. Me muevo con ritmo y me dejo guiar por la música que suelta desde el fondo de su garganta.

Freya arquea la espalda, me agarra de la nuca con fuerza, para acercarme más, como si tuviera miedo de que me detuviera, aunque no pienso hacerlo. La sostengo por los muslos, apretando los dedos contra su piel mientras acelero y adapto cada movimiento de mi lengua sobre su clítoris según su respiración. Ella me ofrece su cuerpo abierto y sin defensas, me acaricia el pelo, susurra mi nombre con la voz rota y se deja llevar.

Cuando se corre, lo hace sin contención con la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta y los dedos aferrados a mi cabeza como si el mundo se deshiciera bajo sus pies. Se tapa los labios con la mano, pero su cuerpo no sabe mentir y vibra, palpita y se rinde al placer, mientras yo lo escucho todo.

Cuando me incorporo, ella levanta la espalda de la mesa y la beso con la cara todavía húmeda de ella.

—Ahora —me ordena mirándome a los ojos.

La tumbo otra vez sobre la mesa sin apartar la vista de la suya, como si todo lo demás pudiera esperar y el mundo se hubiera reducido a este instante. Me desabrocho el pantalón con los dedos temblando. Ella me observa desde abajo, con la espalda ligeramente arqueada y los labios entreabiertos, mordiéndose el inferior. La penetro despacio, con los ojos anclados a los suyos, y siento ese primer estremecimiento que recorre su columna y me alcanza de lleno. Su cuerpo me acoge, me reconoce y me rodea con un calor húmedo y tenso que me arrastra hasta el fondo de ella. Me aferro a sus caderas mientras empujo con un ritmo que no busca devorarla, sino disfrutara de ella ahora que volvemos a perdernos el uno en el otro.

Ella se agarra a mi cuello y levanta la espalda para besarme, y en su beso no hay urgencia sino hambre de todo lo que no nos habíamos permitido hasta ahora.

La mesa cruje bajo nuestros cuerpos, pero ni siquiera eso nos saca de esta intensidad que lo borra todo. Me hundo una y otra vez en ella, sintiendo cómo se aprieta y se rompe un poco con cada gemido que lanza junto a mi oído. Su cuerpo y el mío encajan de una forma tan natural que duele por lo que hemos tardado y por lo fácil que podría haber sido.

—Estoy aquí —le murmuro, acariciándole la cara con los dedos, mientras sigo dentro, empujando con más fuerza y más profundo.

Ella me mira con los ojos húmedos, abiertos como si ya no quisiera esconderse más.

—Ahora sí —susurra, y en su voz hay una ternura tan brutal que me hace temblar.

Nos corremos casi al mismo tiempo. No como una explosión rápida, sino como una ola que lo arrasa todo. Con los cuerpos encajados, la respiración desbordada y temblando. Me vacío dentro de ella mientras su cuerpo tiembla en torno al mío y, en ese momento, lo juro, no hay culpa, ni pasado, ni miedo. Solo esto que es nuestro.

Nos quedamos sin movernos, respirando el mismo aire, aún con la piel vibrando por dentro, como si nuestros cuerpos no supieran muy bien qué hacer después de haberse dicho tanto sin una sola palabra. El despacho entero se ha quedado en suspenso. Ni el zumbido del tráfico al otro lado del cristal, ni la penumbra que avanza poco a poco por las esquinas consigue romper este momento que no es silencio, ni tregua, ni calma, sino algo que empieza cuando se ha roto todo lo demás.

Ella no se ha soltado de mí del todo. Me roza con la frente el lateral del cuello y respira justo ahí, donde el pulso me martillea cada vez que intento recomponerme. Su aliento aún me quema, pero no es deseo, sino algo mucho más jodido: ternura y la sensación de que lo que acaba de pasar entre nosotros no ha sido un arrebato de pasión, sino un principio que no estaba escrito en ninguno de mis planes.

Desciendo la mano por su espalda desnuda y suave, con los dedos abiertos, como si necesitara asegurarme de que está aquí de

verdad y no se ha esfumado justo cuando por fin la he tocado con todo lo que soy. Permanecemos así hasta que la noto moverse muy despacio. Se separa lo justo y alza la mirada. Tiene los ojos ligeramente entornados, el pelo despeinado y los labios aún húmedos e hinchados por los besos. Me observa como si estuviera viendo una parte de mí que no había querido mostrarle nunca y no parece asustada, sino tranquila.

No me atrevo a decir nada, porque cualquier frase que diga sería un ruido innecesario. Ella, en cambio, sí habla.

—¿Estás bien? —me pregunta a media voz.

Asiento. Me humedezco los labios, no porque los tenga secos, sino porque me cuesta devolverle una respuesta sin quedarme corto.

—Sí, pero solo porque estás aquí.

Ella se incorpora, sin soltarse de mí del todo y se baja de la mesa con un gesto casi torpe, porque aún le tiemblan las piernas, aunque no se queja. Solo recoge su ropa del suelo mientras yo busco la mía. Me vuelvo a poner la camisa sin abrocharla y me acerco a ella cuando la veo recoger su sujetador sin intención de ponérselo. Se lo quito de las manos y lo dejo sobre la silla. Freya respira hondo y me da la espalda por un instante. Ve la caja de cartón que aún sigue abierta sobre la mesita auxiliar, aunque no toca nada. Solo observa el contenido como si acabara de descubrir que todo lo que soy cabe dentro de ese contenedor sin historia.

—¿Esto era una despedida? —me pregunta girándose hacia mí y alzando una ceja.

No hay reproche en su tono, solo curiosidad. Como si necesitara saber si ha llegado tarde o si todavía hay algo que se pueda salvar.

Doy un paso hacia ella. La rodeo con mis brazos y le acaricio la cintura con las dos manos despacio.

—Lo era —le susurro cerca de su oído.

Ella se gira y me mira. En sus ojos ya no hay batalla. Ni acusación. Ni miedo. Solo esa mezcla peligrosa de lucidez y emoción que siempre me ha desarmado.

—Entonces no la cierres del todo —murmura, sin apartar los ojos de los míos—. Si aún hay una puerta entre tú y yo… déjala

entreabierta.

Y con eso basta, porque esa frase tan sencilla contiene lo que yo nunca he sabido pedir: el permiso para quedarme y no desaparecer.

No nos besamos, no porque no queramos, sino porque no hace falta. Nos quedamos uno frente al otro, inmóviles pero conectados por todo lo que no decimos en ese espacio entre lo que fuimos y lo que ahora empieza a abrirse paso, torpe y valiente, pero real. Tan real que casi asusta.

Llevo la mano a su cara y dejo que mis nudillos acaricien su piel con lentitud. Trazo el camino desde el pómulo hasta el borde firme de su mandíbula. Me detengo justo ahí, donde el temblor es más sutil, y la sujeto con la yema de los dedos. Freya cierra los ojos un instante cuando los abre de nuevo, su mirada tiene el peso exacto de todo lo que hemos callado durante semanas. No hay reproches, ni exigencias, solo verdad. Una verdad limpia, incómoda e inevitable.

No le digo que la quiero con palabras, pero sí lo hago con la forma en que la toco, cómo la miro, en la manera en que mi cuerpo se ha rendido y en cada cosa que he soltado para poder estar aquí con ella. Freya alarga el brazo sin apartarse de mí y apaga la lámpara. El clic casi no se oye, pero cuando nos quedamos a oscuras, todo cobra otra dimensión. La ciudad, más viva que nunca al otro lado del ventanal, inunda el despacho con su luz fría y distante. Las siluetas de los edificios proyectan sombras contra el cristal y el despacho pierde su historia. Ya no quedan títulos en las paredes, ni papeles que marquen distancias, ni normas que lo controlen todo. El aire se vacía de autoridad, de pasado, de miedo y solo quedamos ella y yo y esto que no sé ponerle un nombre, pero que ya no se parece a nada de lo anterior y que no estoy dispuesto a dejar escapar.

Capítulo 26
Freya

La puerta del *loft* de Nolan se cierra a mi espalda y, en el mismo instante, siento cómo tiembla el suelo bajo mis pies, aunque no por el ruido, ni por la altura del edificio, ni siquiera por el ruido del ascensor que todavía está bajando hacia el vestíbulo. Tiembla porque Nolan está tan cerca que no hay espacio entre su cuerpo y el mío.

Ni siquiera ha encendido la luz. Me tiene contra la pared, con una mano apoyada junto a mi cabeza y la otra en la base de mi cuello, como si necesitara comprobar que sigo aquí, que no me he evaporado y que no lo he soñado. Su pulgar roza mi clavícula con la misma delicadeza con la que se sostienen las cosas que más miedo te da perder.

Me mira como si quisiera quedarse a vivir en mis pupilas y cuando por fin me besa. Su beso es los que dicen: ya está, me rindo, no quiero nada más que no sea esto.

—No pienso contenerme —me susurra, y noto cómo se me encoge el estómago, porque yo tampoco voy a hacerlo. A pesar de lo que acaba de pasar en el despacho del Instituto, ninguno de los dos hemos tenido suficiente, ansiamos más. Estamos hambrientos el uno del otro.

Su boca es un vendaval y su lengua entra sin pedir permiso. Me sujeta del muslo y lo alza con fuerza, como si todo el cuerpo necesitara decirle que lo quiero, que lo elijo y que ya no dudo. Me dejo, me arqueo, me pierdo en el sabor de su boca, en la forma en que me devora sin prisa, como si el tiempo fuera distinto desde que he entrado en su despacho y le he dicho que no se callara, que no se fuera y que me follara.

La chaqueta de su traje acaba en el suelo y la mía también. No sé quién le ha desabrochado la camisa, si él o yo, pero tengo los

dedos perdidos en su pecho y los labios empapados de saliva y deseo. Se inclina sobre mí, se quita la camisa, y no tengo claro si estoy jadeando o ya he empezado a suplicar que entre en mí y me haga enloquecer de nuevo. Sigo recorriendo con mis dedos los músculos tensos y la piel caliente de su pecho, el mismo que, desde aquella primera noche, he recordado tantas veces y que, ahora, tengo bajo mis yemas. Me muerde el labio inferior con rabia. Se separa solo para coger aire, como si el cuerpo también le pidiera una tregua, y entonces me agarra de la cintura y me lleva hacia el sofá sin decir nada, aunque no hace falta.

Nos caemos sobre el cuero oscuro y frío, y el contraste con el calor de nuestras bocas me sacude entera. Sus manos me recorren como si supieran el camino de memoria. Me arranca la falda como si le estorbara y a mí me parece bien, porque lo único que quiero ahora es quedarme desnuda para él.

—Quítate esto —me ordena con la voz ronca mientras tira de mi blusa, y obedezco, porque nunca antes una orden me había excitado tanto.

Estoy en ropa interior, sentada sobre sus piernas, con las piernas abiertas, y él me mira como si acabara de descubrir un templo sagrado.

—Estás preciosa —murmura con los labios en mi cuello—. Joder, Freya… no sabes lo que me cuesta clavarme dentro de ti ahora mismo.

Me río y le bajo la cremallera del pantalón, le toco por encima del calzoncillo, y noto su tremenda erección bajo mis dedos. Pero no se apresura. Me agarra de la cintura, me tumba y se arrodilla en el suelo entre mis piernas. Me mira desde abajo como si fuera a rezarme y me baja las bragas con los dientes y con hambre. Me deja expuesta, temblando y húmeda. Me mira y se pasa la lengua por los labios, como si supiera que ese gesto va a hacerme perder el control.

—Quiero saborearte hasta que digas mi nombre como si fuera lo único que supieras decir —me advierte con la voz rota.

Empieza a lamerme con la lengua plana y movimientos alrededor de mi clítoris que me vuelven loca. Lo hace a la

perfección, como si supiera dónde tengo el deseo atrincherado. Me agarra de los muslos con fuerza y me mantiene sujeta como si fuera a huir, aunque lo único que quiero es quedarme ahí, con las piernas abiertas para él, los ojos cerrados, y el placer subiéndome por la columna vertebral como una oleada incontrolable.

Gimo. Me agarro a su nuca y le marco el ritmo con las caderas.

—No pares… —le suplico entre dientes, y lo oigo reír.

Sus labios me buscan con más hambre y su lengua entra más profunda. Siento que me voy, que no puedo contenerlo más y me corro con la espalda arqueada, el cuello echado hacia atrás, los labios apretados para no gritar. Pero lo hago. Grito su nombre y él no se detiene. Me deja temblando y me lame con suavidad hasta que mi cuerpo se rinde, se queda en calma y se abandona como si ya no pudiera con nada más.

Me apoyo en sus hombros para recuperar el aliento, aún con las piernas abiertas y el pulso desbocado. Él me mira desde abajo, con la cara húmeda y los ojos oscuros, cargados de deseo.

—Sube —le digo sin voz, y me acomodo sobre él, sintiendo cómo su respiración se acelera en cuanto mis muslos lo rodean.

Nolan se recuesta en el sofá, con las manos en mis caderas. Yo me inclino sobre su pecho, le beso el cuello, la clavícula y cada trozo de piel que tengo cerca. Bajo la mano y termino lo que empecé antes: abro su pantalón, lo bajo hasta sus muslos y, cuando lo libero, lo envuelvo con la mano. Está duro, caliente y palpitando entre mis dedos. Lo miro mientras lo acaricio, y sus labios se entreabren.

—¿Sabes lo que me haces? —le susurro, bajando la voz hasta que es apenas un hilo—. ¿Tienes idea de cómo te pienso cuando estoy sola?

Él aprieta los dientes y sus manos se clavan un poco más en mis caderas.

—Freya…

—No. Hoy no me llames así —lo interrumpo con la boca sobre su oído—. Dime cosas sucias y dímelas como si fueran verdad.

Sus ojos se clavan en los míos. Me agarra con fuerza. Me alza lo justo para colocarme encima de él y clavármela despacio, centímetro a centímetro, hasta que lo siento entero dentro. El gemido que se me escapa desde lo más profundo de mi garganta es por la plenitud que me provoca notarlo entero dentro de mí. Él apoya la frente contra mi pecho. Yo le paso los brazos por los hombros y empiezo a moverme. Primero lento lo hago lento y, poco a poco, empiezo a moverme más rápido. Marco el ritmo con las caderas y con la boca, porque no dejo de hablarle y de decirle lo que me hace y lo que me provoca.

—Tú tampoco has dormido, ¿verdad? —le pregunto mientras me muevo sobre él con los labios pegados a su mandíbula—. Dime que también te has tocado pensando en mí.

—Joder… —gruñe, y me embiste desde abajo, con fuerza—. Me corro solo de verte encima. No te hagas la inocente.

Me agarro a sus hombros. Me inclino hacia atrás, apoyando las manos en sus muslos, y cabalgo sobre él con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. El sofá cruje con nuestros movimientos. Mis pechos suben y bajan con cada embestida, y sus manos suben por mi vientre y mis costados, hasta aferrarse a mis tetas.

—Ahora no eres mi alumna—me dice entre jadeos—. Eres todo lo que quiero.

La frase me cala hasta lo más hondo. No por lo que dice, sino por cómo la dice. Por la forma en que me mira mientras la pronuncia.

Me inclino hacia delante y le beso la boca con toda la rabia de estas semanas sin poder tocarlo. Me clavo en él con más ansia, sintiendo cómo me penetra y mi cuerpo se abre y se adapta a su tamaño. Me corro encima de él con la espalda arqueada, el cuello sudado y los muslos tensos, gritando y casi llorando casi con los labios en su oído.

—Nolan… —susurro, y él se corre conmigo. Gime bajo mi cuerpo mientras me rodea con los brazos y se vacía dentro de mí.

Nos quedamos abarazados y respirando como si acabáramos de cruzar una tormenta. Yo, con la cabeza apoyada en su hombro y

él, con la cara hundida en mi cuello. No hablamos, porque lo que acaba de pasar no es solo sexo. Ha sido una confesión sin palabras.

Nos quedamos unos minutos así, sin decir nada, con el cuerpo aún latiendo, como si el orgasmo siguiera vibrando entre nosotros.

—Ven —murmura, y su voz ya no suena como antes, sino más grave y baja, como si el deseo se le hubiera instalado en la garganta y no pensara moverse de ahí.

Le acaricio la mandíbula mientras me incorporo despacio, todavía desnuda, con la piel sensible y las piernas como si no fueran del todo mías. Él se levanta conmigo, me sujeta con una mano en la cadera y la otra en la nuca, y me besa otra vez.

—¿Dónde? —pregunto, sin aliento.

—Al baño —responde, con una sonrisa pícara y una mirada que me deja sin oxígeno—. Aún no hemos terminado.

Lo sigo y Nolan me agarra por la cintura cuando intento huir con una carcajada, y me estampa contra la pared como si supiera que no quiero escaparme sino provocarlo y sentir que puede atraparme cuando quiera.

Cuando llegamos, me da la vuelta con un solo gesto, abre la mampara, abre el agua y deja que el vapor nos envuelva. Entramos y el agua nos cae encima y la tensión vuelve a instalarse en nuestros músculos. Nolan me apoya contra el cristal y siento su respiración en el cuello, noto cómo me busca con la boca y me lame la clavícula con desesperación. Me agarro a sus hombros, él me sujeta las piernas con firmeza y me alza hasta dejarme apoyada contra la pared, con el agua resbalando entre los dos.

—No he acabado contigo —susurra.

No necesito que lo jure, porque me lo está diciendo con los dedos, con la lengua, con la forma en que me abre y me lame como si quisiera memorizarme desde dentro. Las piernas se me aflojan, me agarro con fuerza a su cuello, a su pelo mojado, a la única ancla que tengo ahora mismo mientras me retuerzo con un gemido que se me escapa entre las comisuras.

Cuando me baja, lo hace con cuidado. Me gira de nuevo y nos besamos como si nos estuviéramos bebiendo. Me lanzo sobre él, le

muerdo la mandíbula, le chupo el cuello, le marco con los dientes como si necesitara recordarle que esta vez… no voy a frenar.

— Dime que me querías antes de esta noche —le pido entre jadeos.

Nolan me rodea con los brazos, me atrapa con fuerza por la cintura y me responde con la voz ronca y la frente pegada a la mía:

—Te he querido desde el primer día. Pero no sabía que estaba tan jodido hasta que te tuve lejos.

El beso que me da cuando acaba de hablar no tiene nada de casto. Es húmedo, intenso ysalvaje. Me mete la mano entre las piernas y me acaricia con los dedos mientras susurra palabras que me empujan más que cualquiera de sus embestidas. Me derrito contra él, me arqueo para recibirlo y noto cómo entra con un empuje lento y firme, mientras el agua cae sobre nuestras espaldas y el mundo entero desaparece detrás del vapor.

Nos movemos juntos, sin prisas. Esta vez no hay ansia, sino necesidad, conexión y entrega.

—Más —le ruego—. Más.

Y me lo da todo. Cada centímetro de su cuerpo, cada palabra que no había dicho, cada mirada clavada en la mía mientras me embiste hasta que no me queda aire. Me agarra fuerte, me besa, me abraza y me folla como si fuera la única manera que tiene de quedarse. Nos corremos al mismo tiempo. Apoyados contra el cristal, con los cuerpos empapados, resbalándonos de placer y de emoción. Mis uñas le marcan la espalda y sus manos tiemblan al aferrarme. El agua sigue cayendo, pero lo único que se oye es nuestra respiración, entrecortada y viva.

Nos dejamos caer al suelo de la ducha. Él me rodea con los brazos y yo escondo la cara en su pecho. Nos quedamos con el agua caliente cayéndonos encima como si alguien nos estuviera bautizando de nuevo.

Nos tambaleamos hasta el dormitorio envueltos en toallas que apenas nos cubre, aunque no nos importa, porque aquí solo estamos nosotros dos, con el cuerpo exhausto y la piel aún ardiendo de deseo.

La habitación es amplia y sobria. La cama, de sábanas oscuras y edredón mullido, se convierte en refugio cuando caemos sobre ella con alivio. Nolan se tumba a mi lado, con un brazo detrás de la cabeza y el pecho subiendo y bajando todavía. Yo apoyo la mejilla en su costado, justo donde puedo sentir el eco de su corazón contra mi oreja. No hablamos, porque no hace falta. Nos quedamos así un rato largo, sin movernos y con las piernas entrelazadas bajo la sábana arrugada, y las respiraciones acompasadas como si por fin hubiéramos alcanzado una tregua.

Cierro los ojos y, por un instante, no pienso en lo que hemos sido, ni en lo que puede pasar. Solo pienso en ahora donde no hay más reglas que las que escribamos nosotros.

—¿Qué somos ahora? —pregunto con la voz suave.

Nolan se gira hacia mí y me acaricia la mandíbula con los nudillos despacio.

—Lo que tú quieras que seamos —me responde mirándome a los ojos.

No sonrío, pero me tiembla algo por dentro, porque no es una respuesta bonita sino una rendición. Le acaricio el pecho con los dedos, sin rumbo, solo por notar que sigue bajo mi mano y pienso en todo lo que hemos vivido para llegar a este punto. Las discusiones, las huidas, el deseo mal contenido, el miedo y las veces que pensé que esto era solo una locura pasajera y en lo mucho que me equivocaba.

No necesito promesas ni nada más. Solo necesito esto: su piel bajo la mía, su cuerpo rendido al mío, y esa forma que tiene de mirarme como si acabara de entender lo que significa quedarse.

Apago la luz de la mesilla y observo cómo la ciudad sigue brillando tras los ventanales, pero ya no importa. Me doy la vuelta en la cama, él me abraza por la cintura y se acomoda detrás de mí, con la nariz en mi cuello y la respiración tranquila. No digo nada, porque no me hace falta un nombre para esto. Me basta con sentir su respiración en mi cuello y la certeza de que, esta vez, no piensa soltarme.

Capítulo 27
Nolan

El auditorio está lleno, pero lo único que noto al subir al escenario es la forma en que las luces me señalan. No me deslumbran, ni me abruman, pero me dejan expuesto ante los cientos de ojos que me miran con atención. He estado aquí antes y sé lo que se espera de mí, pero hoy ya no puedo fingir nada de eso. Porque no soy el mismo que ocupó este atril el año pasado.

Me ajusto la chaqueta con una calma que no siento. El nudo de la corbata está impecable, como mi traje, el orden de las sillas de este lugar o los ramos de flores discretos colocados junto al atril y que decoran este escenario. Todo en este lugar transmite que el curso ha llegado a su fin. La pulcritud de las filas, los rostros serios, los trajes bien planchados… Hay un orden casi calculado en cada gesto y en cada palabra dicha a media voz. Pero bajo esa capa de formalidad impecable, hay una tensión que se palpa en los cuerpos rectos y en los silencios que duran un segundo más de lo necesario.

Subo los escalones del escenario sin mirar a nadie, aunque sé que todas las miradas están puestas en mí. Las de los profesores, las del rector, las de los alumnos. Incluso las de algunos periodistas, aunque hayan venido más por cortesía que por interés. Lo que no sé, y no me atrevo a buscar todavía, es si ella está entre el público. Si ha venido.

Mis zapatos pisan la tarima y camino hasta estar frente al atril, apoyo ambas manos sobre la madera pulida y dejo que el murmullo del público se apague. No hace falta pedir silencio, porque ellos mismo me lo conceden.

Tomo aire. No para calmarme, sino para vaciar lo que ya no quiero seguir guardando dentro de mí.

—Gracias —empiezo con voz firme—. Gracias por estar aquí. Hoy cerramos una etapa y no hablo solo de este curso, ni del

máster. Hablo de los procesos que hemos vivido cada uno de nosotros durante este tiempo. De lo que hemos perdido, pero también de lo que hemos encontrado por el camino.

El auditorio entero parece contener la respiración mientras me escuchan.

—No suelo hablar en primera persona en estos discursos, porque siempre he creído que el protagonismo debe estar en los alumnos, en el trabajo colectivo y en la institución. Pero hoy voy a romper esa norma por primera vez, porque no puedo hablar de aprendizaje sin hablar del error, ni de éxito sin hablar de miedo.

En este punto de mi discurso, hago una pausa. Solo lo justo, aunque no busco aplausos, ni empatía.

—A lo largo de este año he cometido errores. Algunos pequeños y otros… imperdonables. Pero lo más importante es que he aprendido que el mayor de todos fue intentar mantener intacta una estructura mientras todo dentro de mí se venía abajo. He sostenido un sistema con tanta fuerza que olvidé mirar lo que se agrietaba por dentro. Lo personal, lo humano, en definitiva, lo real.

Mi voz suena firme, pero siento que cada palabra que digo me arranca algo del pecho, aunque no me importa. Porque este es mi modo de decir que ya no quiero vivir escondido tras un título que ya no me representa.

—Este será mi último discurso como director de este máster. Mi renuncia ya es oficial. No obstante, no lo anuncio aquí para buscar comprensión. Lo hago porque creo que uno debe aprender a irse cuando ha cumplido su ciclo. Y porque hay momentos en la vida en los que quedarse también puede ser una forma de huir.

Siento un leve cambio en la atmósfera según hablo. El tipo de reacción que no se expresa con palabras, sino con miradas rápidas, gestos tensos y cruces de piernas. Pero no me detengo, porque este discurso no está escrito para ellos, sino para Freya.

—Lo que no puede enseñarse en un aula es lo que marca la diferencia: el deseo, la lealtad y el coraje de mirar a alguien y elegir quedarse. Incluso cuando la lógica te empuja a correr. Lo que no puede enseñarse es justo lo que transforma y salva.

Levanto la vista y esta vez sí la busco y, poco después, la encuentro. Está en las gradas, a tres filas del final, con el vestido rojo que le hace estar aún más espectacular que de costumbre. No sonríe, ni desvía la mirada. Me está escuchando como si supiera que cada una de mis frases lleva su nombre grabado.

Nuestras miradas se encuentran solo un segundo y ese segundo basta.

Sigo hablando, aunque ya no me oigo, porque todo dentro de mí se ha desplazado un poco. Ya no me siento juzgado, ni en deuda. Me siento en paz, como si el paso más importante no fuera renunciar… sino quedarme después. Elegir lo que quiero cuando nadie me obliga a elegir.

—Gracias a todos por este tiempo, por lo aprendido, por lo vivido y, sobre todo, por las segundas oportunidades. Aunque no siempre sepamos que las necesitamos hasta que nos las ofrecen.

El último aplauso no es estruendoso. Pero lo siento atravesarme como si me despegara la piel de algo que ya no me pertenece y permito que se vaya.

No bajo la vista mientras me alejo del atril. Camino sin prisa, como si cada uno de mis pasos formara parte también de esta despedida. No miro a nadie, pero lo veo todo. Las manos que aplauden con cortesía, las cabezas que asienten, los labios que murmuran entre sí y, en medio de todo eso, ella. Sentada al fondo con las piernas cruzadas, las manos apoyadas en los muslos y esa expresión entre contenida y desafiante, que hace que todo lo que hay debajo de mi ropa se tense.

No quiero perderla de vista. Pero sé que, si me quedo mirándola más de la cuenta, voy a acabar besándola delante de todos y todavía no puedo hacerlo.

Saludo con una inclinación leve de cabeza al rector cuando paso por su lado y él me aprieta el brazo con gesto solemne, como si no supiera si felicitarme o lamentar mi decisión. No digo nada. Ni gracias ni adiós. Porque no quiero que este día huela a cierre sino a principio.

Me cruzo con varios profesores y todos repiten la misma fórmula: «Ha sido un placer trabajar contigo», «Nos vas a hacer

falta», «Espero que no sea un adiós definitivo». Frases que suenan correctas y que acepto con un apretón de manos firme y educado. Pero no me detengo. Avanzo entre alumnos que ahora me miran distinto. Como si el discurso me hubiera convertido en otra cosa. Como si, al hablar de error, me hubiera bajado de ese pedestal que nunca pedí, pero que me impusieron desde que pisé esta tarima como director. No sé si es respeto o compasión. Me da igual, porque lo único que quiero ahora es encontrarla.

Doblo por uno de los pasillos laterales del auditorio, justo cuando la mayoría se agolpa para las fotos y los abrazos. Las voces se diluyen a medida que avanzo. El eco de mis pasos me acompaña, seco y limpio, como una cadencia que me lleva hacia ella. No necesito que nadie me diga dónde está, porque lo sé. La veo antes de que me vea.

Está de pie, con la espalda apoyada contra la pared, las manos cruzadas a la altura del vientre y los ojos fijos en mí. No dice nada, solo me observa. Me detengo a dos pasos de distancia frente a ella y, durante un instante, todo desparece y solo soy existe el puto pasillo, su vestido rojo, mi garganta apretada y todo lo que no nos hemos dicho.

—¿Lo has escuchado todo? —pregunto sin moverme.

—Cada palabra —responde, sin parpadear.

No hay reproche ni sarcasmo en su respuesta, sino emoción y lucidez. Levanto la mano y la extiendo hacia ella, con la palma abierta.

—¿Vienes?

Sus labios se curvan apenas en una media sonrisa, cargada de ironía, de ternura y de esa chispa que siempre aparece cuando está a punto de lanzarse al vacío.

—¿A dónde? —me pregunta, en voz tan baja que tengo, que inclinarme un poco para oírla.

La miro sin apartarme ni un centímetro de ella.

—A la vida real, sin reglas ni excusas, pero contigo.

Entonces coloca la mano sobre la mía y me mira como si, desde el principio, hubiera tenido claro que acabaríamos aquí. Tengo la sensación de que ponga su mano en la mía, no es solo un gesto,

sino una decisión, que no expresa con palabras, ni con promesas, sino con la yema de los dedos y con la forma en que su pulso se altera justo al tocarme.

Le aprieto la mano un poco y lo entiendo todo. El cargo, el despacho, las normas, el pasado… Todo ha quedado atrás, porque ahora ella avanza conmigo y ya no me importa no saber a dónde nos lleva esto.

Capítulo 28
Tres meses después
Freya

Las puertas del ascensor se abren con el habitual sonido suave que tienen los edificios donde todo parece funcionar. Avanzo con paso firme sobre el mármol pulido y al cruzar el *hall*, una chica de seguridad, rubia con gafas de pasta de color rojo, levanta la mirada y asiente con un gesto rápido, como si ya supiera que vengo a quedarme.

La entrada de la editorial parece un escaparate de todo lo que una vez pensé que me quedaba grande: columnas de acero, escaleras con pasamanos de vidrio, arte moderno en las paredes y un ritmo de fondo que no da tregua. Gente que entra hablando por teléfono, que sale con el abrigo en un brazo y el portátil en el otro, que revisa notas mentales mientras las puertas metálicas del ascensor se cierran.

—Buenos días, Freya —me saluda la recepcionista sin apartar la vista de la pantalla.

—Buenos días —respondo con voz firme y segura.

Subo en el ascensor junto a una mujer con auriculares que no me dedica ni una mirada, y un hombre con traje que huele a *aftershave* caro y revisa la pantalla de su teléfono, mientras el número de planta parpadea en la pantalla, que hay sobre la puerta. Me miro en el espejo del fondo del habitáculo y sonrío. El pelo lo llevo suelto y el conjunto que elegí esta mañana al salir de la ducha: una falda de tubo negra, una blusa de seda gris humo y zapatos de tacón cuadrado.

Cuando las puertas se abren en la planta nueve, salgo la primera. Cruzo un pasillo amplio con suelo de madera clara y paredes forradas de estanterías, que contienen cientos de títulos que

ha publicado esta editorial a lo largo de los años. Algunos los he leído, otros los he subrayado y algunos más… los he envidiado.

Hoy empiezo a trabajar como editora junior aquí, uno de los sellos más potentes del país. No he conseguido este trabajo porque alguien me haya hecho un favor, sino por méritos propios. Por todas las noches que he pasado sin dormir estudiando, por cada texto que he corregido hasta el delirio y por todas las veces que me he planteado si todo este esfuerzo valía la pena.

—Buenos días, Freya.

Me giro y reconozco a Judith, la editora senior que me entrevistó. Lleva el pelo recogido en un moño alto y las gafas descansan sobre su cabeza como si solo las usara cuando necesita leer algo con lupa. Sonríe a medias, como si supiera algo que yo no.

—¡Buenos días!

—Ven. Te presento al equipo. Ya verás que aquí nadie muerde… de momento.

Me río con una risa cómplice al escuchar lo que me dice. Cruzamos un espacio amplio con mesas compartidas, ordenadores encendidos, pantallas con cubiertas en proceso de diseño, y una cafetera encendida en un rincón. Judith señala un escritorio libre junto a una ventana con vistas al parque. Encima, hay una pila de manuscritos, un portátil corporativo y una taza vacía con una pegatina que dice: «*Read. Edit. Repeat*».

—Este es tu sitio. Al fondo tienes el baño y la zona de descanso. A las diez hacemos una reunión informal de bienvenida con café y donuts. Así que puedes empezar leyendo esto —señala el manuscrito, que está encima de la torre— y después vienes.

—Perfecto. Gracias.

—Ah, y siéntete libre de proponer cambios, incluso en ese borrador. Aquí no estamos para obedecer, sino para mejorar.

La observo alejarse con el aplomo de quien lleva años aquí. Lanzo un suspiro, me siento a mi nueva mesa y abro el manuscrito. Me recojo el pelo en una coleta y me coloco bien la blusa consciente de que este es el principio de una nueva etapa en mi vida que, al fin, la estoy escribiendo yo.

La reunión no parece una reunión, sino más bien, una especie de corrillo informal frente a una cafetera industrial con olor a café recién hecho y una caja de donuts variados, que alguien ha abierto como si supiera que el azúcar es el lubricante social más eficaz.

Hay nombres que aún no retengo y otros que me suenan de haberlos leído. Algunos me saludan con sonrisas educadas y otros me hacen preguntas rápidas mientras llenan sus tazas de café.

—¿Freya, no? ¿Eres la nueva editora junior?

—Sí, justo empiezo hoy.

—¿De qué máster vienes?

—Del Manhattan Writing Institute —respondo, y una de las chicas alza las cejas con aprobación—. Especialidad en narrativa contemporánea y edición de manuscritos.

—Eso suena a que no vas a tener piedad con nuestros textos.

—Solo con los que lo merezcan —le respondo guiñando un ojo de forma simpática.

Ríen y yo también lo hago, aunque no como quien intenta encajar, sino como quien sabe que ha llegado a donde quería.

Judith aparece con su propia taza y se apoya en la encimera metálica, observando la escena con el gesto tranquilo de quien ya ha visto demasiados primeros días como este. Cuando se dirige a mí, su voz baja lo suficiente como para que los demás no escuchen.

—No todo el mundo empieza con tanto aplomo.

—Bueno, son muchos años de preparación—respondo y me encojo de hombros sin falsa modestia.

Asiente una sola vez, pero su mirada dice más que sus palabras.

Cuando acaba la reunión, regreso a mi mesa con una caja de lápices de colores que alguien me ha dejado como broma de bienvenida y un donut de chocolate, que intento comer sin mancharme, mientras reviso las primeras páginas del manuscrito. Afuera, el sol empieza a inclinarse y las sombras en el suelo se alargan, pero no tengo prisa por marcharme. Me siento cómoda, pero no por el lugar, ni porque mi escritorio esté junto a la ventana. Estoy cómoda en mí y en esta versión de mí que ya no espera aprobación ni permiso de nadie.

Recuerdo la primera vez que puse un pie en Manhattan. Aquel septiembre caluroso en el que las calles me tragaban viva y el campus me parecía un mundo paralelo, lleno de códigos secretos que yo no sabía descifrar. Recuerdo las noches sin dormir, los textos reescritos hasta la extenuación y la idea absurda de que para llegar lejos tenía que cambiar muchas cosas de mí. Recuerdo también la noche que lo cambió todo. La habitación de hotel. Las sábanas revueltas. Ese cuerpo sobre el mío que aún no sabía que se llamaba Nolan. Después de aquello, la caída… El deseo, la culpa, el miedo a haber jodido todo antes siquiera de empezar, la certeza de que lo que sentía por él era todo lo que había jurado evitar y el tiempo que tardé en entender que amar a alguien no significa renunciar a mí misma.

He llorado por él. He querido huir de él y he deseado olvidarlo. Cuando por fin me rendí, cuando dejé de pelear contra lo inevitable… me elegí a mí, y al hacerlo, lo elegí también a él. Pero de otra manera, ya no desde la carencia, ni desde el miedo, ni desde la necesidad, sino desde la libertad.

Miro el móvil, tentada de escribirle algo, pero no lo hago. No hace falta, porque lo que tenemos no se alimenta del control, sino de la presencia y sé que está ahí, esperándome.

El sonido del móvil no me sobresalta, pero sí me saca de la última corrección que estoy revisando. Lo cojo sin prisa, pensando que será algún aviso de la plataforma de autores o, como mucho, un grupo de WhatsApp de esos que no sabes muy bien cómo silenciar sin quedar mal. Pero no, es él.

Nolan:
Paso a recogerte.
Cena…
y lo que surja después…

Me muerdo el labio, aunque no lo hago por coquetería sino por el simple placer de saborearlo. De sentir cómo su voz se mete entre las palabras escritas y me habla como si tuviera la boca pegada a mi cuello.

No le contesto, porque no hace falta. Él sabe que mi respuesta es sí.

Guardo los documentos en la carpeta, recojo el portátil con calma y me coloco la chaqueta con un gesto rápido antes de salir al pasillo. Algunos compañeros aún siguen enfrascados en llamadas o revisiones de textos. Judith me lanza una mirada cómplice desde su despacho.

—¿Primer día superado? —me pregunta al pasar.

—Con nota —le sonrío.

—Pues ya puedes ir celebrándolo.

No pregunto cómo lo sabe. Solo sonrío, le guiño un ojo. El ascensor baja rápido, como si la ciudad también tuviera prisa por empujarme hacia él. Cuando salgo a la calle, la tarde se ha rendido a la noche, dejando que las luces de los escaparates y los semáforos hagan el trabajo de iluminar lo que el sol ha dejado atrás. No obstante, Nueva York está en plena ebullición a estas horas. Hay taxis que pitan por todos lados, gente que camina sin mirar, ejecutivos que salen del trabajo con cara de no querer volver mañana, turistas que hacen fotos en cada esquina y en medio de todo eso, él.

Nolan está apoyado con una pierna estirada sobre la acera y la otra flexionada contra el lateral de un coche negro esperándome. Lleva una camisa remangada hasta los antebrazos, un reloj metálico que brilla bajo el neón de un cartel, y una expresión que no busca llamar la atención, pero lo hace.

Se gira cuando me ve y me sonríe. Me dedica una sonrisa corta, ladeada y cargada de calma. Yo camino hacia él sin vacilar y sin necesidad de fingir otra cosa que no sea yo.

Cuando llego, me besa y abre la puerta del coche y espera. Me inclino, entro en el asiento del copiloto, y cuando me acomodo, él la cierra con cuidado. Rodea el coche con pasos firmes y se sienta al volante, aunque aún no arranca. Solo gira la cara y me mira. Entonces levanta la mano, me busca los dedos y los coge con fuerza suave. Se los lleva a los labios y me besa los nudillos. Un beso corto y silencioso, pero que me toca el corazón.

No hay palabras, solo ese gesto y con eso basta.

Me recuesto en el asiento, me descalzo y subo los pies al asiento. Nolan arranca el motor y se lanza a la avenida con el tráfico de fondo y justo cuando se para en el primer semáforo lo pienso: «¿Volvería a repetir con él?». Por supuesto que sí. Repetiría cada noche y cada vida.

El restaurante está en una esquina que no conocía. Es un lugar elegante, pero sin llegar a ser pretencioso. Dentro la luz es tenue y las mesas están separadas por biombos de madera tallada que invitan al silencio, aunque no lo imponen.

—¿Vienes mucho aquí? —pregunto mientras me acomodo en la silla, cruzando las piernas.

—Solo cuando quiero impresionar —responde Nolan sin mirarme, con los dedos sobre la carta y ese tono bajo que ya no busca seducirme, pero lo consigue igual.

—¿Y hoy quieres impresionarme?

Levanta la mirada hasta encontrarse con la mía.

—Hoy quiero que tengas hambre y que no me mires como si ya supieras lo que va a pasar.

La camarera interrumpe el momento con la copa de vino que pedimos al entrar. Nolan toma la suya y la alza para brindar con la mía.

—Por los comienzos que no lo parecen.

Chocamos las copas y doy un pequeño trago de mi tinto. El vino me acaricia la garganta con calidez y, de pronto, todo fluye. Hablamos de libros, de manías y de la primera vez que nos vimos o creímos vernos en aquel baño de mármol sin nombres ni contexto.

Nolan se ríe con una risa breve y masculina, que solo me deja que la vez cuando deja de protegerse.

—No pensaba volver a verte —me dice, sin dramatismos.

—Yo sí —le respondo—. Aunque no sabía en qué escenario.

—¿Y este encaja?

—¿Lo dudas?

Cuando terminamos el postre compartido, salimos del restaurante tomados de la mano. El aire en la calle es fresco, casi frío y yo me cruzo los brazos bajo la americana mientras bajamos

por la acera entre taxis que pitan y farolas que parpadean como si Nueva York también se estuviera despidiendo del día.

—¿Te llevo a casa? —me pregunta Nolan mientras abre la puerta del coche.

—No.

—¿No?

—Llévame a la tuya.

No hay titubeo, ni siquiera una sonrisa, sino solo una mirada cargada de todo lo que no estamos diciendo, pero ambos sabemos.

Cuando llegamos a su *loft*, Nolan me ayuda a quitarme la chaqueta. Él se afloja el primer botón de su camisa mientras me observa desde el otro lado del salón. Yo me quito los tacones sin apartar la mirada de él, dejo el bolso sobre la silla y me acerco despacio.

—¿Tienes algo que decir antes de que esto ocurra otra vez? —pregunto con la voz suave, como si todavía pudiera evitar que se me desborde el pecho.

Él niega.

—Solo tengo algo que darte.

—¿Qué?

—Esto.

Entonces se inclina hacia mí y me besa. Pero esta vez sin prisa, porque ahora no hay heridas abiertas ni ganas de vencer nada. Solo labios que se buscan con calma. Un beso sin prisa, sin defensa ni subterfugios. Como si su boca dijera lo que su voz ya no necesita explicar.

«Estoy aquí. Ya no me escondo ni de ti ni de mí».

Después, me permite desabotonarle la camisa con los dedos aún temblorosos por todo lo que hemos recorrido para llegar hasta aquí. Cada botón que se abre es como un nudo que se deshace. Uno de esos que se formaron hace meses, cuando todo era imposible y estaba prohibido incluso pensarnos. Él se concentra en mi blusa, la desabrocha con cuidado, sin dejar de mirarme a los ojos, como si no le importara tanto llegar a mi piel como ver cómo me tiembla la respiración cuando lo hace.

No tenemos prisa, ni hambre sucia. Solo esta calma extraña, tan cargada de deseo que parece sagrada. Nos vamos quitando la ropa sin romper el ritmo ni la conexión, como si nos estuviéramos desvistiendo también de todo lo que fuimos, de todo lo que dolió y de todo lo que ya no queremos cargar. Cuando por fin caemos en la cama, con las sábanas revueltas y los cuerpos encendidos, ya no somos los mismos de aquella primera vez sin nombres ni certezas. Ni siquiera los que esta mañana salieron a comerse el mundo con su miedo disfrazado de valentía.

Él entra en mí despacio, muy despacio, como si entendiera que este no es un polvo más, sino que esto va de algo que se está construyendo mientras se derrumba todo lo que ya no nos sirve. Lo siento adentrarse dentro de mí con una firmeza suave y yo lo recibo entera y abierta para él. Siento cómo se me llena el pecho al mismo tiempo que se abren mis paredes para adaptarse a él. Cómo mi cuerpo se acomoda, se rinde y se entrega.

Nos movemos al ritmo exacto de lo que no se dice. Como si cada empuje fuera una declaración que no necesita palabras y cada jadeo fuera una forma distinta de decir: me quedo.

No hablamos, porque no hace falta. Porque ahora el lenguaje es el roce de su nariz contra mi cuello mientras sus embestidas entran más profundas en mí. Es el gemido bajo que se me escapa cuando roza justo en mi clítoris con uno de sus dedos. Es su mano subiéndome por la espalda, buscándome el alma con la yema de los dedos. Es la manera en que su cuerpo me cubre entera, como si no quisiera que ni el aire se interpusiera entre nosotros.

No sé si me estoy corriendo o si me estoy rompiendo. Solo sé que hay un momento, un instante suspendido en el que el mundo desaparece y todo lo que queda es su cuerpo dentro del mío y su boca en mi clavícula. Nos corremos juntos, con un suspiro largo, profundo y húmedo, que se queda flotando entre los dos como si no quisiera irse. Sus labios tocan los míos, sin besarlos del todo. Mis piernas siguen rodeando sus caderas cuando me abraza. Me recoge entera entre sus brazos, me acuna como si yo fuera su casa. Me tapa el cuerpo con el suyo y me deja respirar tranquila, con la cara hundida en su cuello y la piel aún temblando.

Cierro los ojos y ya no pienso en lo que fuimos ni en lo que podríamos ser. Pienso en esto y en lo que somos cuando ya no hay reglas, ni miedos, ni excusas. Solo carne, deseo y verdad.

Pienso que ya no tengo que pelear por ser, porque ahora ya no tengo que demostrarle nada a nadie. Porque ya lo soy y él lo sabe. Todo lo demás no nos importa.

Capítulo 29
Un año después
Nolan

La lluvia cae con ritmo constante sobre los cristales del ventanal, sin prisa y sin fuerza, como si no quisiera molestar. Afuera, Brooklyn parpadea entre semáforos, sirenas lejanas y el rumor apagado del tráfico que se aleja por la avenida. Dentro, el mundo es otro, más pequeño y más nuestro.

El salón está en silencio, salvo por el golpeteo de las teclas y el repiqueteo suave de una cuchara olvidada dentro de una taza medio vacía. Ella trabaja en la esquina derecha de la mesa y yo en la izquierda. Estamos uno frente al otro.

La mesa, aquella que hace un año era solo mía, fría, perfectamente ordenada y funcional, ya no es solo un escritorio, ahora también es una zona franca. Hay subrayadores verdes y rosas, post-its con notas escritas con su letra redonda, que se pegan a mis cuadernos de cuero. Hay dos portátiles abiertos, dos tazas de café distintas. Un bol con trozos de chocolate negro y al fondo, sobre la estantería baja, una pila de libros que no terminamos nunca porque preferimos leernos a nosotros.

Miro la pantalla de mi ordenador e intento escribir una frase que no me convence. La borro. Tecleo otra y la dejo, pero no me atrapa.

Levanto la mirada y veo que Freya lleva puesta una camiseta ancha de manga larga que se ha quedado con ella desde la última vez que lavamos ropa juntos. Va sin sujetador, con el pelo recogido con un lápiz sin punta y una expresión de concentración en la cara que me resulta más adictiva que cualquier orgasmo. Se muerde el labio inferior mientras pasa las páginas del manuscrito que corrige con un boli azul en la mano y las piernas cruzadas sobre la silla.

Podría decir algo, pero me quedo en silencio y me quedo mirándola, porque me gusta mirarla. Porque, aunque la tengo todos los días a mi lado, aún hay momentos en los que me cuesta creer que se haya quedado.

Me recuesto un poco y siento cómo me afloja el pecho solo con observarla.

Hace un año ya desde todo se derrumbó para que pudiera empezar de nuevo y de verdad. Desde que dejé el despacho, el título, la puta compostura… para quedarme con ella y con esta vida que construimos en zapatillas, entre montones de libros, domingos sin despertador y discusiones por el espacio en mueble del baño.

La observo girar otra página, trazar una anotación en el margen y soplarse los dedos manchados de tinta. Entonces, sin pensarlo, me levanto. Rodeo la mesa despacio. Ella me ve, pero no dice nada, aunque noto cómo su espalda se tensa apenas un segundo, como si mi cercanía activara algo que no se duerme nunca del todo dentro de ella.

Me detengo a su espalda, aunque no la toco aún. Solo respiro y escucho cómo el mundo se vuelve más claro cuando la tengo cerca.

Extiendo la mano y dejo que mis dedos recorran su espalda con lentitud. Desde la base del cuello hasta su cintura, siguiendo el recorrido de su columna como quien relee su frase favorita sin miedo a desgastarla. Ella se estremece, pero no se aparta.

—¿Qué haces ahí parado? —no se gira para mirarme, pero sé que sonríe.

Apoyo los dedos sobre sus hombros y los presiono con cariño. Bajo la voz, no porque quiera sonar íntimo, sino porque se me ha quedado dentro la ternura.

—Mirando a la mujer que cambió todo lo que creía que sabía.

Ella deja el boli, gira despacio la cabeza hacia mí y me busca con los ojos.

—¿Y qué creías que sabías?

—Que no necesitaba a nadie.

Nos quedamos mirándonos y con la certeza de quien ya no juega al escondite.

Se inclina hacia mí y la beso. Nuestros labios se reconocen. Ella suspira y yo también. Vuelve al manuscrito., pero antes de que empiece a escribir otra vez, dejo mi mano sobre su nuca solo un segundo para recordarle que sigo aquí y que no hace falta que me hable para saber que me oye.

Vuelvo a mi sitio con la sensación de haber dejado algo pendiente en sus labios. Me siento frente a mi portátil y apoyo los antebrazos sobre la mesa, repaso las esquinas llenas de nuestras cosas, las suyas, las mías, las que ya no distinguimos de quién son, y mis ojos se detienen en ese montón de folios impresos que lleva días trabajando en ellos. Ella lo ha titulado *Prohibido repetir con el jefe*.

El borrador tiene marcas de corrección por todas partes, tachones, notas con interrogaciones en rojo, propuestas de frases alternativas, algunas son mías, aunque la mayoría son suyas, aunque el origen es compartido.

La observo concentrada sobre el texto y no puedo evitar sonreír. Porque si alguien me hubiera dicho hace dos años que iba a acabar ayudando a corregir una novela sobre un polvo anónimo entre un profesor y una alumna, me habría reído en su cara. Habría dicho que es una fantasía irresponsable, un argumento imposible y una locura de esas que solo funcionan en la ficción, sin embargo, aquí estamos. Viviéndola.

Ella vuelve a alzar la vista un momento, como si notara que estoy observándola otra vez.

—¿Qué?

—Nada —respondo—. Solo estaba pensando que hemos sobrevivido a la peor sinopsis de la historia editorial.

Ella se ríe por lo bajo.

—¿La peor?

—Hombre… Alumnos. Profesores. Jefes. Prohibiciones. Sexo en habitaciones de hotel sin nombres… —Sacudo la cabeza y me dejo caer un poco sobre la silla—. Nos habría vetado cualquier comité de ética.

—Y, sin embargo… —me responde, inclinando la cabeza hacia un lado, con una sonrisa torcida—, aquí estamos.

—Aquí estamos.

Echo la silla hacia atrás y estiro las piernas bajo la mesa. Las mías rozan las suyas, aunque ella no se aparta. Solo me lanza esa mirada de medio lado que aún consigue desarmarme como el primer día. Aunque no fue un día, sino una noche. Un viernes cualquiera. Un ascensor, una copa de más, una conversación que no pasó de las dos frases. Después, el sexo: crudo, intenso, salvaje, sin promesas ni nombres. Y luego el vacío. Y luego… ella, entrando en mi clase el primer día de clase.

Me dejo caer contra el respaldo y miro el techo como si pudiera encontrar alguna explicación ahí arriba. A veces, pienso en todo lo que pudo salir mal. En cómo se habría contado nuestra historia si no hubiéramos tenido el valor de parar o de continuar o de destruir lo que no funcionaba antes de construir lo que somos ahora. Lanzo un hondo suspiro.

—¿Te acuerdas de aquella noche?

—Claro —me responde, sin dudar—. Fue el principio de todo.

—¿Incluso del desastre?

Ella cierra su bolígrafo con un clic y lo deja sobre el papel. Luego me mira y en su expresión no hay duda, ni reproche.

—Sobre todo del principio.

Me quedo en silencio, porque en eso tiene razón. No fue perfecto, ni limpio, pero fue real. Ahora, un año después, hay algo en esa historia que ya no se parece a lo que fue. Porque ahora ya no se trata de lo que no debíamos hacer sino de todo lo que hemos decidido hacer juntos.

El ruido de las teclas vuelve a llenar el espacio en cuanto ella retoma la corrección, ahora en su portátil. Sus ojos recorren las líneas con una concentración que me fascina. Tiene una pierna cruzada sobre la otra y el boli se le escapa entre los dedos cuando algo la desconcentra. Lo recoge al vuelo y vuelve al texto como si nada, con esa mezcla de intensidad y ligereza que me tiene enamorado desde el primer día. Me levanto y me apoyo con una mano en el respaldo de su silla y con la otra hojeo los papeles que tiene junto al portátil.

Releo el título que aparece en negrita y centrado en la primera página, pero ahora en voz alta.

—*Prohibido repetir con el jefe* —y sonrío.

Ella me mira de reojo sin levantar la cabeza.

—¿Te hace gracia el título?

—Me hace gracia lo que hemos sobrevivido para llegar a poder escribirlo —respondo mientras me inclino sobre su cuello y la beso con calma—. Aunque, si dependiera de mí, lo cambiaría.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo titularías tú?

—«La historia de la mujer que me enseñó a no cagarla dos veces con la misma persona».

Ella se ríe y apoya el bolígrafo sobre el escritorio y se gira un poco hacia mí, solo lo justo para que nuestras rodillas se toquen. Me acaricia la mano sin apartarla de la suya y sin decir nada. No necesito más. La miro y le acaricio la mano. Y me quedo con la certeza de que, aunque nunca planeé nada de esto, no cambiaría ni uno solo de los pasos torpes que me han traído hasta aquí.

Se levanta, apoya la cabeza contra mi pecho mientras yo la rodeo con mis brazos y respiramos juntos un instante y vuelve a observar el título de su manuscrito. Yo la observo y tengo la sensación de estar viendo el mejor final que podría haber escrito.

Una historia que empezó como una locura sin nombre y que ahora, por fin, puedo llamar vida.

Epílogo
Un año después
Freya

La mesa está decorada con gusto: mantel negro, un jarrón con rosas blancas y una pequeña torre de mis libros recién impresos, con la sobrecubierta en tonos crema y letras doradas que brillan bajo los focos. Alrededor, el murmullo de las lectoras suena como música de fondo. Algunas se hacen fotos frente al escaparate. Otras se detienen junto a la mesa de *merchandising* y se ríen al ver los marcapáginas con frases del libro. Una dice en voz alta: «No pienso volver a acostarme con mi jefe, salvo que me corrija las comas como este».

Yo firmo un ejemplar más con una sonrisa que no se me va de la cara desde que he llegado. Mi rotulador de tinta dorada se desliza sobre la primera página con una dedicatoria que ya he escrito tantas veces, que empiezo a improvisar variaciones.

—¿Puedes ponerle algo picante? —me pide una mujer que no debe tener más de treinta años, con las mejillas encendidas y un ejemplar apretado contra el pecho como si fuera un amuleto.

—¿Quieres una dedicatoria provocadora… o directamente indecente? —le pregunto alzando una ceja.

Se ríe y asiente sin dudar.

—Tú misma, pero que me dé calor de piernas cada vez que lo relea.

Obedezco encantada.

—Aquí tienes —le digo al entregarle el libro—, y si tu jefe lleva gafas, sal corriendo. Créeme.

Ambas estallamos en carcajadas, y cuando se aleja aún sigue riendo por lo bajo.

Respiro hondo, pero no por cansancio, porque, pesar de que estoy sentada, de que llevo más de dos horas firmando y de que

tengo una barriga de ocho meses y medio que no deja lugar a dudas… me siento bien.

El vestido negro que llevo es sencillo, ajustado en la parte superior, con escote de pico y manga francesa. Me realza el pecho, oculta mis tobillos hinchados y deja ver solo lo justo para sentirme profesional y sexy a la vez.

Candy se ha encargado del estilismo. También de diseñar las chapas con frases del libro, de las velas en la mesa de *merchandising* y de preparar las tote bag con la cubierta del libro, que han volado en media hora. Me ha prometido que no va a llorar hasta que empiece la firma de verdad. Por ahora solo me ha guiñado el ojo desde su rincón, mientras vende una taza con la frase: «Prohibido repetir… pero qué coño».

Una nueva lectora se acerca. Morena, gafas grandes y con una carpeta en la mano. Me tiende el libro con una mezcla de nervios y entusiasmo que me hace querer abrazarla.

—No me puedo creer que esté aquí. Me leí tu libro en una noche. Creo que lloré, me reí, me masturbé y me volví a enamorar. Todo en seis horas —me suelta de carrerilla y sin dejar de sonreír.

—Ese debería ser el resumen que debería aparecer en la contraportada —le digo mientras le firmo—. Gracias por venir, de verdad.

Ella sonríe, saca el móvil y me pregunta si puede hacerse una foto conmigo. Asiento, y me inclino un poco hacia un lado. La tripa con mi bebé dentro ocupa el centro de la imagen, pero no me importa. De hecho, me encanta.

Cuando vuelve a sentarse y me despido de la lectora de las gafas grandes, aparece una nueva lectora que con una voz dulce me pregunta con picardía:

—¿Cuánto hay de verdad en esta historia?

Levanto la mirada y veo que es una mujer de unos cincuenta años, con pelo rizado, labios pintados de rojo y mirada aguda.

—Lo suficiente para que no me detengan —respondo sin perder la sonrisa.

La mujer asiente, como si esa respuesta le sirviera, y se marcha tan rápido como ha venido después de que le dedique su

ejemplar. Otra se queda junto a la mesa con una sonrisa maliciosa.

—¿Tu editor es tan sexy como el del libro?

Mis ojos vuelan hacia el fondo de la librería sin pensarlo y lo veo de pie, discreto, con una camisa blanca remangada hasta los codos, vaqueros oscuros y un reloj con correo de cuero marrón, que le regalé el día que cumplimos un año. No necesita hacer nada más. Solo estar ahí, con los brazos cruzados y mirándome como si aún no entendiera del todo cómo ha acabado aquí.

Vuelvo la vista a la lectora, que me observa con atención.

—Más —le respondo, y lo digo con todas las letras.

Ella suelta una carcajada y se va, mientras yo vuelvo a centrarme en los libros.

Lo que me sorprende es que no siento pudor, ni prisa, ni inseguridad mientras hablo con mis lectoras, sino esta mezcla de plenitud y euforia que me ha acompañado todo el día. Como si la que firmara ahora no fuera aquella Freya que llegó a Nueva York con miedo a equivocarse, sino una versión nueva de mí misma con cicatrices, con preguntas sin resolver, pero también con espacio para reír, follar, amar, escribir… y parir.

Aunque aún no sé que eso último va a empezar… ¡justo ahora!

Mi pluma dorada resbala de nuevo sobre el papel, pero esta vez mi mano se detiene antes de firmar. Una presión extraña me recorre el vientre desde la parte baja de la espalda, como si alguien hubiera pulsado un botón interior que no estaba previsto. Me recoloco en la silla. Respiro, disimulo e intento centrarme en el nombre que iba a escribir, pero una nueva punzada, esta vez más clara, firme y más… húmeda, me obliga a dejar el rotulador encima de la mesa. Levanto la vista hacia la lectora que tengo delante. Es joven, lleva un pañuelo con estampado de flamencos atado al bolso y me sonríe con emoción contenida.

—¿Todo bien? —me pregunta.

Yo también le sonrío, pero la mía es otro tipo de sonrisa.

—¿Te puedes creer que acabo de romper aguas?

Mi frase queda suspendida en el aire. La joven parpadea varias veces, una mujer del fondo se lleva las manos a la boca y otra suelta un gritito. Al escuchar el revuelo, Candy se levanta tan rápido de su mesa que varias de las chapas salen volando y caen al suelo.

—¿Qué? —pregunta acercándose hasta mi mesa con paso firme, los ojos desorbitados y el móvil ya en la mano—. ¿Has dicho que…?

—Que sí, tía —le respondo con calma, mientras me inclino hacia un lado para evitar manchar la silla—. Que el bebé ha decidido que esta firma necesitaba fuegos artificiales.

Ella suelta una carcajada que mezcla nervios, incredulidad y una pizca de histeria.

—¡Joder, Freya, no puedes darme estos sustos así!

—Me lo apunto para la próxima.

Veo cómo saca el móvil y escucho que pide un taxi, mientras empieza a decir cosas que no entiendo, entre frases atropelladas y «vale, vale, vale» sucesivos.

Entonces veo a Nolan, que atraviesa el local sin necesidad de que nadie le diga nada, ni lo detenga, aunque dudo que alguien se atreviera. Se acerca sin perder la compostura. Me mira y me toma de la mano.

—¿Cómo estás?

—Mojada. Literalmente.

Asiente, sin soltarme.

—¿Fuerte?

—Fuerte.

No hace falta decir más. Me ayuda a ponerme en pie con cuidado y veo cómo la gente se aparta con un murmullo de fondo, pero solo veo su cara.

—Firmarás los últimos después del parto —me dice en voz baja, muy cerca del oído.

—Solo si tú editas el segundo.

El comentario me sale entre jadeos, medio riendo, medio intentando respirar como me enseñaron en el curso preparto.

—Ya sabes que soy un editor exigente.

—Y yo una autora reincidente.

Mis lectoras, que se han arremolinado a nuestro alrededor, se ríen, incluso alguna aplaude y otra grita desde el fondo:

—¡Esto sí que es un final feliz!

Y juro que no hay mejor resumen para esta escena.

El local entero entra en una especie de caos entrañable. Candy intenta organizar una salida digna. Alguien abre la puerta y la mayoría de las lectoras me hacen un pasillo como si fuera una novia y no una mujer que acaba de ponerse de parto en el momento más glorioso de su carrera literaria.

Mientras, trato de respirar apoyada en Nolan.

—Cuando esto acabe, te voy a pedir que firmes el contrato de nuestra vida —me susurra al oído.

—¿Incluye exclusividad?

—Incluye todo.

Lo miro y lo beso, mientras Candy nos sigue con una bolsa llena de cosas absurdas, que está convencida que pueden hacerme falta en un parto. Una lectora me da un pañuelo por si necesito secarme el sudor y otra me ofrece su agua. Todas quieren ayudarme y yo solo puedo pensar en lo irónica y perfecta que es la vida a veces.

Me giro un instante antes de cruzar la puerta. Lo hago por puro instinto, como si algo dentro de mí necesitara guardar una última imagen. Veo la mesa, las flores, las frases impresas en los marcapáginas, mis libros colocados en forma de torre y el cartel donde mi nombre brilla con tipografía limpia, junto a las palabras que nunca me atreví a imaginar en voz alta.

«*Prohibido repetir con el jefe* de Freya Quinn».

Y de pronto lo entiendo todo. Aquella noche anónima, el polvo salvaje sin nombre, las veces que quise irme, las que quise quedarme, cada página que escribí sin saber si alguien iba a leerla, cada decisión que tomé con miedo, pero también con hambre… Sin duda, mi historia no empezó cuando me enamoré sino cuando me elegí. Respiro hondo y una contracción se me clava en el vientre como un navajazo, pero no me asusto. Solo aprieto más fuerte la mano de Nolan, que sigue pegado a mí, sin decir nada.

—¿Estás bien? —quiere saber.

—Sí. Pero necesito salir de aquí antes de que Candy me obligue a parir entre velas.

—Lo harías con estilo —me asegura mi amiga que me ha escuchado.

—Tú calla y abre esa puerta.

Me río y ellos también. Nolan suelta mi mano solo para empujar la hoja de cristal. La ciudad estalla al otro lado y, por suerte, la lluvia se ha detenido. En la acera, el taxi que ha pedido Candy nos espera con el motor encendido. Me ayudan a subir con cuidado, Nolan lo hace detrás de mí y cierra la puerta. El conductor arranca y la librería queda atrás, pero no la olvido, ni mi nombre en el cartel, ni los ojos de las lectoras que han hecho fila para que les firmara un pedazo de algo que, durante mucho tiempo, ha sido solo mío.

Miro por la ventana. Las luces de los edificios se reflejan sobre el cristal. Hay tráfico, ruido y una ciudad que no se detiene, pero en este coche, entre los brazos de Nolan, todo va en otra velocidad.

Cierro los ojos un instante y me viene una frase a la cabeza

«Una historia que empezó sin nombres… y terminó dándome la mejor que podría haber imaginado».

Lo susurro sin pensar.

—¿Qué has dicho? —pregunta Nolan.

—Nada. Solo que esto… esto sí que es una buena historia.

Él me besa la sien y su reloj roza mi muñeca.

—Entonces prepárate, porque la segunda parte empieza esta noche.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si nos dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, nos ayudas mucho a que podamos seguir publicando.

¡Muchas gracias!

Sarah Valentine y Rosie Promise

Nota de las autoras

Querida lectora (sí, tú, la que ha llegado hasta aquí con el corazón latiendo un poco más deprisa y una media sonrisa en los labios):
Antes de que cierres este libro, quiero darte las gracias por haberte atrevido a entrar en esta historia.

Si te has reído, si has suspirado o si has querido abofetear a Nolan y abrazarlo después… entonces hemos conectado más de lo que crees. Porque esta historia no está hecha para ser perfecta sino para ser real como tú y como nosotras.

Freya y Nolan han recorrido un camino que, en el fondo, es el de muchas: el de aprender a quererse sin renunciar a desear y el de perder el miedo a repetir… cuando lo que se repite te hace sentir viva.

Si esta historia te ha tocado, si te ha removido por dentro o te ha hecho compañía en un día difícil, si te ha regalado un rato solo para ti… nos encantaría que nos dejaras tu opinión en Amazon. Es un gesto pequeñito por tu parte, pero para nosotras lo es todo. También puedes hablar de esta novela en redes sociales, recomendarla a una amiga, a tu vecina o a esa compañera del trabajo que lleva semanas sin leer algo que le acelere el pulso.

Porque gracias a todo eso, a ti y a cada persona que recomienda una historia que le ha hecho sentir… podemos seguir escribiendo. Y créenos, tenemos muchas más historias en nuestras cabezas por escribir.

Con mucho cariño,

Sarah Valentine y Rosie Promise

¿Dónde puedes encontrarnos?

Sarah Valentine

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Rosie Promise

Instagram: @rosiepromise.escritora
TikTok: @rosiepromise.escritora
Facebook: Rosie Promise
En mi mail: rosiepromise.escritora@gmail.com

Tenemos un regalo para ti

Si te ha gustado esta historia, te animamos a que conozcas **Prohibido fantasear con el jefe**, la tercera entrega de esta serie**.** Esta es su sinopsis:

Prohibido fantasear con el jefe

Una comedia romántica enemies to lovers, apasionada y divertida en Nueva York

Soñar con tu jefe es gratis.
El problema empieza cuando lo pones por escrito… y él lo lee.

Trabajo en la recepción del rascacielos más imponente de Manhattan y, aunque debería limitarme a sonreír y atender llamadas, llevo dos años **discutiendo con mi jefe: Logan Kingsley**. Él me considera insolente, yo lo veo como un arrogante con traje caro. Y, aun así, cuando me aburro en la oficina, **me desahogo escribiendo correos que nunca envío**. Correos donde confieso, con todo lujo de detalles, **lo que fantaseo hacerle a mi jefe**.
Spoiler: esos textos no son precisamente inocentes.
Lo que jamás podría haber imaginado es que una copa de más y un dedo torpe acaben mandando **uno de esos correos directos a la bandeja de entrada del señor Kingsley**.
Al día siguiente me llama a su despacho, me enseña el correo impreso y, en vez de despedirme, me lanza un desafío: **si he tenido el valor de escribirlo, ahora tendré que cumplirlo.**

Lo que empieza como un **juego prohibido se convierte en una guerra cargada de tensión**. Porque **Logan sigue siendo insoportable, yo sigo odiando su arrogancia**, y cada pulla que

nos lanzamos acaba demasiado cerca de su mesa de despacho. Y porque **lo más peligroso no es que haya leído mis fantasías… sino que ahora quiera convertirlas en realidad.**

Una **comedia romántica sexy, divertida y explosiva**, con un **jefe alfa** que no entiende de límites y una heroína que descubrirá que lo prohibido, cuando se mezcla con un enemigo, es todavía más irresistible.

Tropes presentes en esta novela:

- ***Enemies to lovers***
- **Romance de oficina**
- **Jefe y empleada**
- **Diferencia de poder**
- ***Dirty talk***
- **Proximidad forzada**
- **Atracción contenida**

Y ahora empieza a leerla aquí.